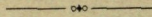
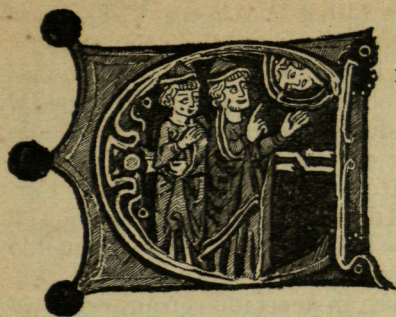


CAPÍTULO TERCERO. - CISTERCIENSES



ARTÍCULO PRIMERO

SANTA MARÍA DE POBLET



L pueblo catalán, para levantar al grado sumo la grandeza ó poder del

objeto de su conversación, lo apellida Poblet y Santas Creus. Nombre mágico el primero para todo amante de las Bellas Artes, de la Patria y de la Religión; centro de regalada satisfacción ayer, hoy de negra pena para los corazones noblemente sensibles á cuanto se levanta sobre la vil materia. Vivían allí, en fácil abrazo hermanados con el amor puro á Dios, el justo respeto á la veneranda antigüedad y la debida admiración del talento y el genio, ya que en aquel monasterio el Señor tenía su templo suntuoso, las pasadas edades sus testigos elocuentes, los reyes de nuestra casa su palacio, sus sepulcros, sus huesos y personas, y el genio sus mejores obras.

El origen de la primitiva ermita y del nombre se pierde en las nieblas de la dominación mahometana y de sus reencontros con las armas patrias. Se aclara la cerrazón histórica en varios documentos del *santo* conde de Barcelona, Príncipe de Aragón, D. Ramón Berenguer IV. Tomada de los moros Lérida en 1149, y allí mismo celebrado el matrimonio del príncipe con Petronila de Aragón, enderezóse éste á sus provincias de Provenza para reducir á obediencia revoltosos que la negaban. El trato que allí tuvo con los monjes del Císter, y el olor de las virtudes de aquellos coetáneos y discípulos de San Bernardo, acrecentaron la devoción del Príncipe por la Orden, de modo que en los siguientes años fundó varios

monasterios cistercienses (1). Por escritura de 18 de enero de 1149 cede al abad de Santa María de Fuenfría, diócesis de Narbona, *el huerto de Poblet* para que construya éste aquí un monasterio (2); en cumplimiento de cuyo encargo, designados por el mismo San Bernardo, algunos religiosos del indicado cenobio estableciéronse en Poblet. Repite al de Fuenfría Berenguer su donación en 18 de agosto de 1150, concediéndole ya entonces y deslindándole las tierras del abadiato, que hasta la extinción poseyó el monasterio (3). Y como del mismo día del siguiente año de 1151 leemos otra donación, no ya á favor del monasterio fundador, Fuenfría, sino del de «Santa María de Poblet», de Esteban, su abad, y de los hermanos «que allí mismo sirven á Dios», resulta evidente que en tal data existía ya la familia cisterciense de Poblet (4). La cual fundación confirma el Papa, también monje bernardo, Eugenio III, por bula de 30 de noviembre de 1152 (5).

Casi por completo faltan las noticias de la reducida iglesia y habitación en que estos primitivos monjes se consagraban al Señor. Sabemos sí que la presente «comenzóla el conde de Barcelona, príncipe de Aragón: pero *que* al entrar á reinar su hijo el rey D. Alonso, la amplió, y mejoró de forma que apenas quedaron vestigios de lo que poco antes había sido» (6).

De día en día, ante propios y extraños, pecheros, magnates y reyes, el nombre y la fama de Poblet se acrecentó, tanto por la justa devoción á la Virgen Madre de

(1) *Historia del real monasterio de Poblet... su autor, el R. P. M. D. Jaime Finestres y de Monsalvo*. Editada en Cervera, en los años de 1753 á 1765. Libro I. Disertación 4, n.º 7, ó sea: tomo I, pág. 40.

(2) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 12, n.º 4, ó sea: tomo I, pág. 121, inserta íntegro el documento.

(3) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 12, n.º 6, ó sea: tomo I, pág. 127, la inserta íntegra.

(4) La inserta íntegra Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 19, n.º 4, ó sea: tomo I, pág. 205.

(5) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 20, n.º 1, ó sea: tomo I, pág. 213. La inserta íntegra.

(6) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22. § 4, n.º 1, ó sea: tomo I, pág. 273.

NOTA.— La inicial de arriba procede del capítulo primero del libro de Josué, de la célebre Biblia de *Scala Dei*, ya en el capítulo anterior nombrada.

Dios, su titular, y las virtudes y luces de la comunidad, cuanto por el respeto y amor á nuestros reyes, allí con sus magnates depositados, la magnificencia del cenobio, su culto, su poder y autoridad. Así continuas fueron las romerías y ofrendas á Poblet; como continuas en cambio se sucedían las limosnas del monasterio á favor de cuantos ó alargaban su mano suplicante ó acudían á guarecerse del desabrigo y la enfermedad en su bien provisto y piadoso hospital.

Mil veces los reyes corrieron á postrarse ante aquellos altares, ya para venerar las tumbas de sus mayores, ya para preparar las propias; de suerte que la relación de todas sus visitas haríase aquí inconveniente por prolija y enojosa. Recordemos, sin embargo, algunas. En 1190 y 1191 estuvo allí D. Alfonso II con su hijo y corte (1). D. Jaime I en 1229, antes de emprender la legendaria campaña de Mallorca, que debía agregar á la Iglesia un pueblo y á la patria una nación, acudió para implorar los auxilios de María á Poblet, bendiciéndose bajo aquellas bóvedas las banderas de la Cruz (2). Y al regresar triunfante acudió allá presuroso para dar gracias de las victorias á Dios y á su Sagrada Madre. En 1313 y otros siguientes lo imitó D. Jaime II (3). Muchas veces albergó el monasterio á don Pedro IV (4), quien en 1341 reunió en él á los grandes de Aragón para dilucidar altas cuestiones de Estado, suscitadas con motivo de las diferencias entre los soberanos de Francia y Mallorca, ésta entonces por breve espacio separada de Aragón (5). En 1383 (6) y 1394 (7) á don

Juan I. En 1416 á D. Alfonso V (8). En el mismo año á D. Carlos II de Navarra (9). En 1493 á Fernando é Isabel (10). En 1564 y 1585 á Felipe II (11), en 1638 á Felipe IV y al archiduque Carlos, más tarde proclamado rey en Cataluña en frente de Felipe V, el francés (12). Y al regresar Fernando VII de la cautividad napoleónica en 1814, entre las aclamaciones de un pueblo ebrio de entusiasmo, visitó á Poblet (13). Y como, según acertado refrán, *regis ad exemplum totus componitur orbis*, continuas se sucedieron las visitas y concesiones de los grandes á Poblet, mientras la menuda y devota plebe acudía á satisfacer allí su piedad hacia el Cielo y hacia los despojos de los representantes que plugo á éste darle en lo terreno.

Los papas emularon á los reyes en el afecto á Poblet, y deseando favorecer á monasterio de tanta religiosidad, fortalecieronle con el poderoso auxilio de su apostólica protección, concediéndole mil exenciones, gracias y privilegios. Ya cité antes á Eugenio III en la bula de 1152, y podría, á ser prolijo, enumerar muchísimos más, tales como Alejandro III en bulas de 1162 y 1171, Inocencio III en bula de 1201, y otros y otros, cuyas bulas y breves llenaron aquel archivo (14), los que sin embargo omito en gracia de la brevedad.

Los abades de Poblet tuvieron su natural asiento en Concilios y Cortes, y por ende su parte en la resolución de los públicos negocios de la Iglesia y del Estado,

(1) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 1. Disertación 6, n.º 3, ó sea: tomo II, págs. 123 y 124.

(2) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 1. Disertación 10, n.º 7, ó sea: tomo II, pág. 245.

(3) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 2. Disertación 4, n.º 36, ó sea: tomo III, pág. 130.

(4) Finestres. Obra citada. Las describe libro II, Centuria 2. Disertación 5, n.º 23 y siguientes, ó sea: tomo III, págs. 147 y siguientes.

(5) D. Eduardo Toda. *Poblet. Barcelona, 1883*, p. 110.

(6) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 3. Disertación 2, n.º 29, ó sea: tomo III, pág. 208.

(7) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 3. Disertación 3, n.º 4, ó sea: tomo III, pág. 216.

(8) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 3. Disertación 4, n.º 21, ó sea: tomo III, pág. 248.

(9) Toda. Obra citada, pág. 111.

(10) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 4. Disertación 2, n.º 41 y siguientes, ó sea: tomo IV, pág. 65 y siguientes.

(11) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 4. Disertación 5, n.º 23 y siguientes, ó sea: tomo IV, pág. 141 y siguientes.—Libro II. Cent. 5. Disertación 2, n.º 20, ó sea: tomo IV, pág. 196.—*Relación del viaje hecho por D. Felipe II en 1585, por Henrique Cock*, págs. 110 y siguientes.—Madrid, 1876.

(12) Toda. Obra citada, pág. 111.

(13) D. Víctor Gebhardt. *Historia general de España*. Tomo IV, pág. 655.

(14) Finestres. Obra citada. Libro II. Cent. 1. Disertación 7, n.º 24, ó sea: tomo II, pág. 193.

y algunos entre ellos no pusieron poca mano en la gestión de los postreros. Desde 1375 el Abad de Poblet tuvo el cargo de limosnero mayor del Rey y real familia, con facultad de mandar á la Corte dos monjes para que ejerciesen este oficio en su lugar, los cuales edificaron con su ejemplar conducta á los servidores del soberano (1).

Honraron al Abad comisiones del Papa y del Rey. Y si tal estima mereció á los extraños, no debió gozarla menor entre los propios, en cuya razón los siglos viéronle adornado por regla común con el cargo de vicario general de los cistercienses de estos reinos, en el que, según expresión del moribundo general D. Edmundo de Cruz, no poco el de Poblet había ampliado el servicio de Dios y de la Religión (2).

Por otro lado la Comunidad, siempre numerosa, ya que en el siglo xiv la hallamos de 100 monjes y 40 conversos y en el xvii de 50 de éstos y 120 profesos (3), brilló por la virtud y saber, pues hubo ocasión en que contó hasta 36 graduados en Sagrada Teología, y entre los de sus monjes descollaron nombres de ilustres letrados y de observantísimos religiosos (4). Esto dió pie á que no pocos saliesen de aquel claustro para ocupar sillas abaciales, episcopales y hasta alguno llegara á la dignidad cardenalicia (5).

De Poblet partió la fundación de los monasterios de Santa María de Piedra en Aragón, la del de Benifasá en Valencia, y del Real en Mallorca (6). En fin, los fastos de Poblet ocupan buen lugar en las crónicas del Císter y su nombre llena la

historia y los ámbitos de Cataluña y Aragón.

Asentado Poblet en el valle *Conca de Barberá*, sobre el último declive de las montañas que desde Prades corren hasta el río Gayá, entre frondosos viñedos, bosques y olivos, levántase suntuoso con sus almenadas y éxtensas murallas, sus grandes edificios y techumbres y sus elevados cimborios, más como escogido barrio de rica y añeja capital que como edificación de comarca tan solitaria. Divísalo desde lejos el viajero, á cuyos ojos paulatinamente crece cada vez que, cruzando con el serpentear del camino los altos del terreno, aprecia más distintamente la multitud y grandeza de aquellas construcciones. A un tiro de fusil de sus cercas hallábase, como centinela avanzado en el camino, una espaciosa plaza de álamos y olmos, en cuyo centro se levantaba una glorieta, y en ella, sobre sendos pedestales, tres imágenes de piedra, que representaban la Virgen María en su Asunción y dos santos monjes (7).

Los constructores de Poblet defendieron allí con tres distintos recintos preciosidades religiosas y patrias y la clausura monacal, recatadamente retirada al último de ellos. El muro exterior, que, coronado de almenas, ceñía todo el monasterio, medía 2154 varas de á cuatro palmos una (1674'73 metros), y 6 (4'66 metros) en su elevación (8). Una sola puerta, hacia Poniente, franqueaba el paso al interior, adornada en su parte alta con una imagen de la Virgen. Cruzado el umbral, un paseo con sendas hileras de árboles á cada lado, tras los cuales se levantaban las habitaciones de los carpinteros, herreros, carreteros, agricultores y demás dependientes de la casa, conducía en línea recta á la magnífica puerta del segundo recinto, la que, ennoblecida con los escudos de Aragón, Sicilia, Castilla y los de dos abades, recibió por los años de 1564,

(7) Vi allí los restos que quedaban en pie en 15 de junio de 1894.

(8) Finestres. Libro I. Disertación 22. § 2, n.º 2, ó sea: tomo I, pág. 260.

(1) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, número 12, ó sea: tomo I, pág. 340.

(2) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, n.ºs 8 y 9, ó sea: tomo I, pág. 338.

(3) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 10, número 2, ó sea: tomo I, pág. 101.

(4) Finestres. Obra citada. Cita los nombres de los sabios y de los ejemplares. Libro I. Disertación 23, números 3, 4 y 5, ó sea: tomo I, págs. 334 á 336.

(5) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, número 6, ó sea: tomo I, pág. 337.

(6) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, número 1, ó sea: tomo I, pág. 333.

con el dorado de las grandes y labradas planchas de bronce que la cubren, el nombre de puerta Dorada (1). Junto á esta entrada, mas antes de pisarla y á su derecha, arrímase al muro una preciosa capilla de piedra, del gusto del último período ojival, dedicada á la Virgen del Rosario y á San Jorge, construida por Don Alfonso V de Aragón, quien en 1442 mandó desde Nápoles un primoroso retablo, del cual no quedan hoy (1898) ni miserables astillas (2). Abierta modernamente al culto, gocé la satisfacción de celebrar el Santo Sacrificio en ella en mi postrera visita al inolvidable cenobio. Ante esta capilla apeábanse en sus visitas á Poblet los reyes y altos personajes, esperados allí procesionalmente por la Comunidad (3).

Tras puerta tan monumental ábrese extensa plaza, á cuya derecha, aislados paredones, trepados de graciosas entradas y ventanas góticas, dan testimonio de que allí existió la gran hospedería. La izquierda ocúpala en parte la bolsería y la histórica capilla románica, consagrada á Santa Catalina y edificada por Don Ramón Berenguer IV. Sencilla ésta y severa, la forman desnudos muros de pulidos sillares, conservándose en su presbiterio el ara de piedra sostenida por cuatro columnas. Tras ella, en la plaza, y pasada la otra capilla de la Virgen de los cipreses, hallábase el hospital de los enfermos pobres, «en donde así á los pasajeros como á los criados del monasterio se les asiste con toda caridad,» decía de su tiempo Finestres (4). En el fondo de la plaza, flanqueados por el palacio abacial, obra moderna y exterior á la clausura, se levantan imponentes los edificios monacales; cuyo aspecto por este lado, entre santos en los nichos de la fachada de la iglesia y robustos torreones en la sólida

muralla, presenta extraña mezcla de sagrado y militar, si nueva á nuestra vista, muy propia de los edificios de los tiempos medios. Porque en éstos, como acertadamente dice Piferrer (5), llevaron las abadías «en su frente las señales de tan agitados tiempos, y sus muros y torreones claro dicen que ni el signo de mansedumbre y redención veíase siempre exento de profanaciones cuando no lo protegían sendas ballestas desde las almenas levantadas. Nuestras buenas abadías catalanas aun conservan restos de sus venerables fortificaciones; y en verdad iglesias hay que castillos creyera el viajero si no le guiase en su extravío el son lento de la campana, que tristemente se quiebra en las honduras. Poblet, tal vez más que ninguno, ofrece un ejemplo de esta verdad; y en el recinto de que hablamos aparece como un fuerte castillo, cuyos cuatro lienzos guarnecen doce torres, coronando todo el muro almenas y ladroneras. Fabricóse desde el año 1367 hasta el 1377; y el rey D. Pedro IV *el Ceremonioso*, bien conoció la riqueza y preciosidad del santuario, ya que de semejante fortaleza mandó rodearlo.»

Conforme con este doble carácter, dos solas puertas cortaban este recinto. La de la derecha del espectador da acceso al templo. Es rica, adornada de mármoles y jaspes, pero de estilo barroco, con columnas salomónicas y nichos, en los que se cobijan las imágenes de la Virgen en manos de ángeles en su Ascensión, las de San Benito y San Bernardo. La de la izquierda abríase bajo espacioso arco de piedra, ostentando en el muro, sobre sus dovelas, dos preciosos escudos de Aragón, en losanje, bajo la histórica cimera-grifo del *Ceremonioso*. Defendíanla dos grandes torreones, de sección octogonal, coronados de almenas, y cobijábala robusta barbacana. Se la llamaba «Puerta real.»

Ella cruzada, y á la derecha mano, sor-

(1) Finestres. Libro I. Disertación 22, § 2, n.º 3, 4 y 5, ó sea: tomo I, págs. 261 y 262.

(2) Finestres. Obra y lugar citados.

(3) Finestres. Obra y lugar citados.

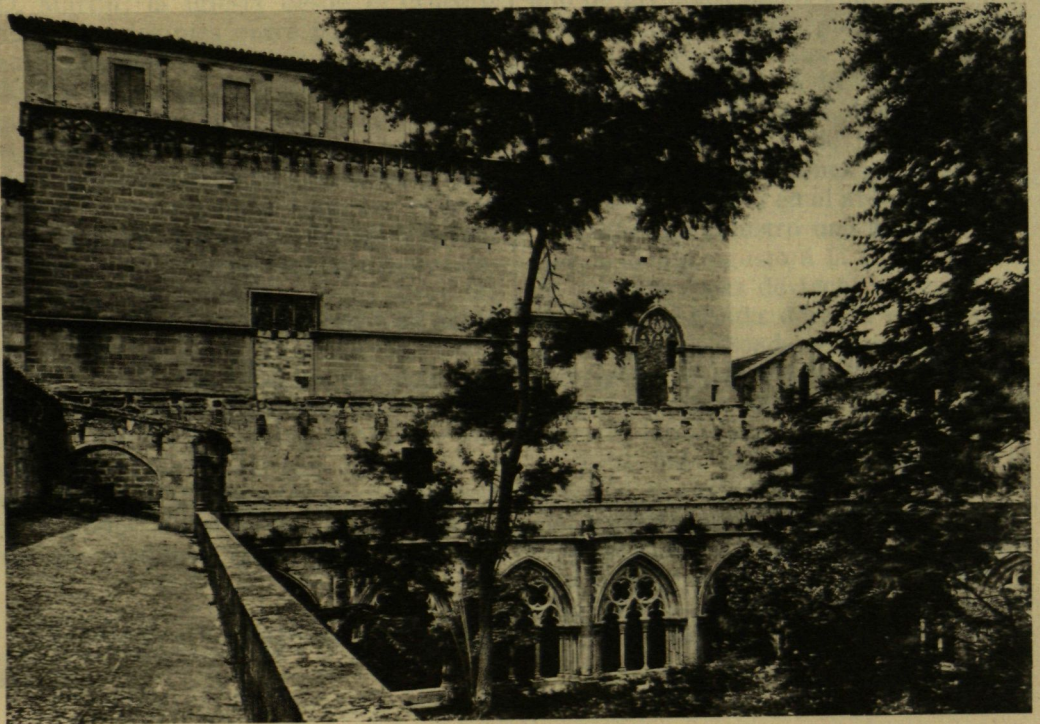
(4) Libro I. Disertación 22, § 2. n.º 8, ó sea: tomo I, pág. 264.

(5) *Recuerdos y bellezas de España.—Principado de Cataluña*, pág. 244.—Barcelona, 1839.



FRÓNTIS DE SANTA MARÍA, DE POBLET.—1894

(Fotografía del autor).



CLAUSTRO Y PALACIO DE D. MARTÍN, DE POBLET.—1894

(Fotografía del autor).

prenden al curioso, en un zaguán la escalera y puerta de hermosísima labor gótica del palacio de D. Martín; dejadas á un lado tales preciosidades, ingresa el visitante en el severo atrio ojival, de piedra, que directamente une dicha puerta con el claustro. El atrio, á uno y otro lado, abre paso á dos piezas que, no por tener bajo destino, dejaron en nada la grandeza y suntuosidad que reviste á todo Poblet. Caballerizas fué antes la de la derecha, lagares después, de donde, por ancho caño de piedra manaba el mosto cual agua, atravesando el atrio, á la de enfrente, la bodega. A cuyas dos espaciosas naves, de bóvedas ojivales, á cuyas columnas, sostén y separación de aquéllas, á cuya magnificencia y grandiosidad han de tener justa envidia millares de históricos salones é iglesias que no carecen de nombre y extensión.

Penetremos en el claustro, en torno del cual gira todo Poblet; condición general del plan de los edificios monásticos. En el lado occidental, ó de la entrada, lo embellecen el palacio ya nombrado de D. Martín; la iglesia desde el crucero hasta casi los pies corre por el meridional; la sacristía antigua y el aula capitular en los bajos y el dormitorio en el piso alto forman el de Levante; mientras el noviciado, el refectorio y la cocina ciérranlo en el lado de Cierzo (1). Grandiosa puerta románica franquea el paso del atrio á este claustro, llamado el mayor; cuyo lado meridional pertenece también al estilo románico, y los restantes al tránsito de éste al ojival. Los arcos de aquél son semicirculares, de corto radio, y vienen sostenidos por columnitas pareadas; mientras, más atrevidos los de los demás, elevan la altura de sus ojivas, las que se apoyan en pilares de sección angular cubiertos de columnitas y capiteles historiados. Otras columnitas que sostienen robustos calados pris-

máticos adornan y rompen el espacio de sus aberturas ó vanos. Descríbelo pluma mejor cortada que la mía, la de D. Eduardo Toda, en los términos que, traducidos de nuestro idioma catalán al de Castilla, dicen así: «El claustro mayor es sin contradicción la obra de arte más acabada que existe en Poblet, si á ella se juntan las construcciones que rodean sus galerías, ó sea la sala capitular, el refectorio y el palacio real. El terreno cerrado por sus arcos tiene 216 palmos de largo por 176 de ancho». Según el plano levantado por los alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona en la excursión de abril de 1884, las dimensiones del claustro son las siguientes:

Lado oriental: 35'50 metros.

Lado meridional: 40'35.

Lado septentrional: 40'75.

Lado occidental: 34'25.

«Toda la obra, que fué construída en el siglo XIII, es notable por la elegancia de los pilares y de las ojivas que sostienen, siendo especialmente digno de atención uno de los lados mejor concebido y trabajado que los demás, pues el arco está roto en el medio por dos esbeltas columnas que suben hasta la altura de los capiteles de las pilastras, desde donde se extienden los dibujos de la piedra formando delicados rosetones y caprichosos calados que acaban en el arco.

»Tenía este claustro una galería superior de idéntico gusto á la que acabamos de describir, mas de fecha superior, ya que fué construída durante el gobierno de los abades Boada y Porta, ó sea á principios del siglo XVI. Toda ella está destruída, sólo conservándose los cuatro arcos de las esquinas.

»A un lado del patio cerrado por el claustro, y comunicando con él por una corta galería abierta frente la puerta del refectorio, hay una glorieta de gusto igual al de los arcos, cubriendo una fuente hoy seca. Había allí un hermoso surtidor que tiraba el agua á gran altura, y además saltaba ésta por treinta y una fuentes, á

(1) Lo vi por mis ojos; y además así lo explica Fines-tres. Libro 1. Disertación 22, § 3, n.º 7, ó sea: tomo I, pág. 270.

una pila de piedra, cuyos restos aún yacen por el suelo.

»En las paredes del claustro vense suspendidas antiguas sepulturas, unas en forma de urnas, que bien dejan adivinar su destino de osarios, y otras en la de anchos panteones de piedra que sirvieron en añejas épocas para los entierros que se hacían en el monasterio. Todos han sido violados: abriólos la mano profana que dentro buscaba tesoros, como si alguna vez á la muerte se le hubiese confiado la custodia de riquezas. Alguna de estas sepulturas fué enteramente destruída, mas en general se conservan y guardan los despojos de las personas que allí fueron depositadas.

»En el lado de claustro, que se halla á mano derecha al salir de la iglesia por la puerta del lado del crucero (*es el lado oriental*), existe sólo un sepulcro, en el cual la piedad del abad Poncio de Copons hizo reunir á mitad del siglo xiv los huesos de algunos individuos de su familia enterrados en diferentes partes del monasterio.

»En la galería del lado en el cual se abre el refectorio (*la de N.*) se veían seis sepulcros que contenían los siguientes personajes, según nota Finestres en su crónica de Poblet. El primero á la Vizcondesa de Ages, Doña Sibila Folch, enterrada en 1300. El segundo á Don Martín de Vallebrera, señor de Castellserá, sepultado en 1208. El tercero á Don Arnaldo de Sanahuja, señor de Sanahuja, allá llevado en 1216. El cuarto á Doña Leonor de Anglesola, enterrada en 1348. El quinto á Don Tomás Marta, paje del Rey Don Juan I. Y el sexto á los esposos Don Bernardo de Anglesola, señor de Miralcamp, y Doña Beatriz de Pinós, sepultados en 1357.

»La tercera ala del claustro que comunica con la puerta de entrada al monasterio (*es la occidental*), tenía siete sepulcros, en los cuales reposaban los siguientes nobles. En el primero Don Gombau de Ribelles con su mujer Doña Violante de Cabrera, enterrados en 1345. En el segun-

do Don Ramon de Anglesola, sepultado en 1292, junto con su hijo Don Guillermo enterrado en 1325. El tercero encerraba varios individuos de la familia Boxadós, señores de Seballá, allí depositados en el siglo xiii. El cuarto guardaba los restos del señor de Montblanquet y Albi Don Arnaldo de Timor, enterrado en 1281. El quinto contenía á Don Arnaldo de Cervera señor de Grañanella, junto con su esposa Doña María de Cervelló, sepultados en 1250. El sexto encerraba á Don Ramón de Montpalau, señor de Belltall. Y el último á Don Bernardo de Montpahó, carlán de Valls. Estos dos sepulcros daban igualmente del siglo xiii.

»Finalmente, en la parte del claustro formada por la pared de la iglesia había seis sepulcros pertenecientes: el primero á Don Bernardo de Ayala (1), enterrado en 1348; el segundo á Don Martín de Vallebrera; el tercero á Don Blas Morell, enterrado en 1348; el cuarto á Don Bernardo de Rocafort; el quinto á los esposos Don Francisco y Doña Brindis de Guimerá; y el sexto á Doña Arembaix, hija del octavo conde Armengol de Urgel.

»Ninguno de los anteriores sepulcros es posterior al año 1400, época en la cual se dejó de enterrar en el claustro á personas extrañas á Poblet» (2).

Tan preciosos claustro, por sus elevadas y esbeltas naves, sus adornos profusos, sus célebres sarcófagos, junto con la grandiosidad, hermosura y severidad de los edificios que lo rodean y como dominan, produce en el alma del espectador dulce sentimiento de grata admiración.

Del mismo poco ha citado autor tomo las exactas descripciones de la graciosísima al par que grave sala capitular y monumental refectorio:

«Una de las construcciones anejas al claustro que más llama la atención es sin duda la sala capitular, cuya obra de piedra se halla en perfecto estado de conserva-

(1) Es Alayá y no Ayala, según demuestra D. Angel del Arco en la *Revista de la Asociación artístico-arqueológica barcelonesa*. Año I, pág. 313.

(2) *Poblet*. Págs. 78, 79, 80 y 81. Barcelona, 1883.



ALA S. DEL CLAUSTRO DE POBLET.—1902

(Fotografia de D. Francisco Brunet).



SALA CAPITULAR DE POBLET.—1902

(Fotografia de D. Francisco Brunet).

ción. Dale entrada una puerta de arco semicircular, ricamente decorada por nueve molduras parecidas á otros tantos delgados arcos (*ó sea arcos en degradación*); los que cargan sobre los correspondientes pilares que se juntan en los lados formando dos grupos de nueve esbeltas columnas (*por lado*). Cerca de la puerta se abren dos ventanas (*una á cada lado*), partidas por un pilar que sostiene dos graciosas ojivas guarnecidas de un sencillo calado y formando en el medio un pequeño rosetón. *Dentro de la sala*, en el muro opuesto á la puerta, tres anchas ventanas góticas ayudan á llevar luz á aquel sitio.

»La sala es un cuadrado perfecto compuesto de tres naves, separadas por cuatro esbeltos pilares octogonales (*de sección octogonal*), de sobre cuyos capiteles arrancan los arcos, primero levandándose rectos cual si fuesen continuación de la pilastra, y repartiéndose en seguida en bellísima proporción á uno y otro lado de las bóvedas.

»Rodean la sala tres gradas de piedra, antes revestidas de asientos de nogal, como también lo era un magnífico respaldo adosado á la pared y coronado de una faja de delicado trabajo. En las dos paredes laterales había doce retratos pintados al óleo, y en ricos marcos dorados, de otros tantos hijos del monasterio distinguidos en su carrera eclesiástica hasta cubrir su cabeza con la mitra de obispo ó el birrete de cardenal. Estos y un crucifijo de plata sostenido por un pedestal de piedra situado delante de la puerta, eran los únicos adornos de aquella sala capitular fría y severa, donde la rígida comunidad de monjes blancos se reunía para sus deliberaciones más graves y para sus asuntos más importantes...

»Por los estatutos era también la sala capitular el lugar del entierro de los frailes que morían ejerciendo la dignidad abacial. En un principio los abades eran perpetuos, con lo que se supone que todos fueron enterrados en aquel lugar, como bien lo indican las once piedras fu-

nerarias que cubren el pavimento... Después, cuando los abades fueron cuadranales, sólo se enterraban allí los que morían durante el ejercicio de aquel cargo. Sube á más de cuarenta el número de abades sepultados en aquella sala» (1). Todas estas losas sepulcrales, notables por más de un concepto, tienen de tamaño natural la figura del primero allí sepultado, con el báculo al lado, su escudo de armas y una inscripción. Abarcan desde el siglo XIV al XVII, y en ellas la Arqueología y la Indumentaria hallan campo de observación.

»En la vecina galería del claustro», la N., «se halla el refectorio, espaciosa sala que mide 132 palmos de longitud por 48 de anchura. Según el plano arriba indicado, 32'60 metros de longitud por 8 de anchura. Toda es de piedra», del mismo estilo arquitectónico del templo mayor, «y aunque sus puertas y ventanas son irregulares, ofrece un golpe de vista suntuoso. Un banco de piedra, antes forrado de madera tallada, corre por su derredor, y en el centro de la pared del fondo levantábase el sillón del Abad, raras veces ocupado por éste...» (2). El púlpito, cuya desahogada y graciosa escalera cavada en la pared se conserva hoy, brotaba del vano de una ventana, apoyado sobre rica ménsula de piedra. En medio del salón un severo surtidor, de sección octogonal, arrojaba por varios caños el agua, cuyo dulce murmurar, en la presencia de la Comunidad, acompañaba la lectura semitonada de la regla de San Bernardo, con que se sazónaba el manjar ó regalaba los oídos en los ratos de quietud y silencio.

Forma el ala occidental del claustro, como dijimos atrás, el palacio «empezado á fabricar en 1397 por el Rey D. Martín el Humano, pacífico y sabio monarca, no muy venturoso ciertamente, que había manifestado el deseo de acabar sus días en la paz del claustro, escogiendo el mo-

(1) *Poblet*. Págs. 81 y 82.

(2) D. Eduardo Toda. *Poblet*. Pág. 83.—Finestres. Lit. bro I. Disertación 22, § 3, n.º 7, ó sea: tomo I, pág. 271.

nasterio de Poblet para esta resolución, que no le permitieron cumplir las circunstancias.

»La idea del monarca pudo ser, en efecto, la de retirarse al claustro; pero, en verdad sea dicho, la fábrica, que para su retiro mandó levantar, no tenía nada de celda; por el contrario, todas sus trazas eran las de un suntuoso palacio.

»Hay quien dice, y no va errado ciertamente, que el palacio del Rey Don Martín es la joya más rica y esbelta de cuanto en Poblet existe. No parece sino que los artífices, que la construían, trabajaban más para su gloria que para su lucro: tan admirables son las labores que se ven en sus portadas y ventanas, en sus frisos y en sus ménsulas. Verdadera joya de arquitectura y escultura ojivales, asombra por la riqueza de sus detalles, por la perfección de sus líneas, por el gusto de sus molduras, por la delicadeza de sus trabajos, por la grandiosidad, en fin, de sus suntuosas bóvedas en los salones y departamentos. No sé si es Piferrer ó el P. Llanas quien ha dicho, y ha dicho bien, que las piedras están trabajadas con más arte y delicadeza de lo que en orfebrería pueden trabajarse los metales. Es un edificio de tan bellas y correctas líneas, de tan armónico conjunto y de tan artística estructura, que parece pintado. Las ventanas del palacio que dan al claustro, y también las que se abren sobre la derruida escalera, hallarán pocas que rivalizar puedan con ellas en elegancia y gusto, en perfección y riqueza.

»A juzgar por los anchurosos salones y grandes departamentos que aun hoy existen, restaurados en parte algunos, se comprende que el artífice encargado de la ejecución de la obra la construía obedeciendo á un vasto plan. ¡Lástima grande que la fábrica no se terminara, si terminarse debía con el esplendor y grandeza comenzados!

»La muerte del Rey vino á suspender los trabajos, y el interregno que sucedió á su fallecimiento, tan fecundo en agitadas revueltas y en grandes sucesos para

la Corona de Aragón, no permitió continuar la obra. El palacio quedó inacabado é inhabitable, y aun cuando en tiempo de Felipe II y del abad Tarros se proyectó continuar sus obras, y hasta llegaron á comenzarse, fortuna fué la de su nueva suspensión á buen tiempo, pues por lo poco que se hizo puede juzgarse del mal gusto y mala dirección con que hubieran proseguido» (1).

En el paso del claustro mayor al de San Esteban, ó sea en el vértice de su ángulo Norte, se admira aún hoy la severa suntuosidad de las dos piezas destinadas á biblioteca, góticas ambas, de piedra, cada una de ellas partida en el centro en dos naves por airoas columnas, que más allá de los capiteles se extienden en hermosas bóvedas. Mas si estas piezas se admiran aún en el día, no puede por desgracia decirse otro tanto de su antiguo contenido, el cual describe Finestres en los siguientes términos: «Entre los cuadros, que adornan las paredes, se miran los retratos del Exmo. Sor. D. Pedro Antonio de Aragón y de su esposa D.^a Ana Catalina de Lacerda, duques de Segorbe y Cardona y singulares bienhechores del monasterio, que entre otras memorias dieron los tomos de dicha librería, que son en numero de 3.750 (2), todos de rica encuadernación uniforme de un cordovancillo encarnado muy fino, con perfiles, rosetas, hojas, títulos del libro, escudo de armas, y nombre de Su Excelencia dorados. Están los tomos repartidos en treinta estantes grandes de ébano sentados sobre pedestales de la misma madera con sus puertas y cerrajas, dádiva también de Sus Excelencias; y aunque los libros están encerrados en los estantes, pero como las puertas son de vidrios cristalinos de Venecia, permiten verlos, y aun leer con distinción sus títulos. En medio del frontis de las dos naves se mira una devota imagen de Cristo crucificado, puesta den-

(1) *Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer. Madrid, 1885, págs. 109 y 111.

(2) D. Eduardo Toda, en la obra citada, pág. 88, los eleva, ignoro con qué fundamento, al número de 4322.



BIBLIOTECA DE POBLET.—1890

(Fotografía de D. Francisco Brunet).



DORMITORIO DE POBLET.—1890

(Fotografía de D. Francisco Brunet).

tro de un escaparate parecido á los estantes, y á sus dos lados las dos esferas en dos globos sentados sobre pedestales, y estos sobre dos bufetillos» (1) Fué regalada esta biblioteca en 1673. «A la preciosidad de la estantería, toda de ébano, cerrada con cristales, añade Villanueva, y á la uniformidad de las buenas encuadernaciones corresponde la importancia de los códices que contiene, los cuales no son de gran antigüedad, aun los Padres y poetas griegos y latinos é historiadores, que por lo común son manuscritos del siglo xiv y xv; mas con todo merecen particular memoria los siguientes» (2). El erudito autor enumera á seguida treinta y tres volúmenes, cuya reseña omito por harto prolija para la condición de este trabajo, no sin mencionar, sin embargo, entre los dichos manuscritos, la crónica en catalán de Montaner y Desclot, escrita en 1353, y el libro doctrinal, también catalán, dirigido á la reina Doña María de Aragón, por Fr. Francisco Eximenis. Alguno de estos códices brillaba por la hermosura de sus miniaturas. Tejida la reseña, continúa Villanueva: «Corto aquí mi enumeración, y basta por remate decir que la mayor parte de mss. pertenecen á asuntos políticos y noticias de sucesos particulares de Nápoles en los virreinos de los españoles. Son muchos los volúmenes de diarios ó efemérides de los tiempos en que gobernaron aquellos reinos D. Pedro de Toledo, D. Fadrique de Toledo y el duque de Monteleón. Hay muchos tomos de historias de cónclaves, vidas de cardenales, y relaciones de embajadores de vuelta á su corte: todo perteneciente al siglo xvi y principios del xvii» (3). He visto procedentes del naufragio de esta biblioteca algunos ricos atlas geográficos del dicho siglo xvii.

(1) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22. § 3, n.º 4 y 5, ó sea: tomo I, pág. 269.

(2) *Viaje literario á las iglesias de España*. Tomo XX, pág. 149 y siguientes, ó sea: carta 141, edición de 1851.

(3) Obra citada. Tomo XX, pág. 153.

Pasemos á la segunda biblioteca y restituyamos la palabra á Finestres: «A la mano derecha hay otra puerta muy capaz para entrar en otra librería contigua, que llamamos *librería antigua*; la cual, aunque años atrás contenía solos 3.680 tomos, pero como en tiempos modernos (*repito que escribía en 1753*) se han añadido muchísimos á expensas del monasterio, y se van añadiendo de continuo algunos otros de los despojos de los religiosos, va creciendo de cada día el número de los tomos» (4). Respecto á las preciosidades de ésta replica Villanueva: «En otra biblioteca interior, que es la primitiva del monasterio, hay también una buena porción de códices eclesiásticos, señaladamente obras de Santos Padres, que, aunque son preciosos, no lo parecen comparados con una biblia del siglo xi, y acaso anterior. Es un vol. fol. max. vitela de 218 hojas escrito á dos columnas... El principio de cada libro está iluminado con lujo; de lo cual, para formar una idea completa, basta decir que la primera plana de los salmos ocupan estas solas palabras: *Beatus vir*. Es inútil cuanto quiera añadir para describir un códice cuya exactitud, limpieza y hermosura nadie puede conocer sino viéndolo. Nadie ha podido rastrear acerca de su origen por donde vino acá. Sólo he observado que perteneció á alguno de los reyes de Aragón. . . . Dígame con verdad que me separé con dolor de estos tesoros» (5). ¡Cuánto le causara su posterior destrucción á los pocos lustros perpetrada!

En la biblioteca provincial-universitaria de esta ciudad se guarda una copia de la Crónica del Rey Don Jaime el Conquistador, cuyo colofón, ó nota final, dice así: «*Aquest libre feu escriure lonrat en Ponç de Copons per la gracia de Deu abbat del honrat Monestir de santa Maria de Poblet... E fo escrit en lo dit Monestir de Poblet de la ma den Celesti*

(4) Obra citada. Lib. 1. Diser. 22 § 3. núm. 5, ó sea tomo I, pág. 269.

(5) Obra citada. Tomo XX, págs. 154, 155 y 156.

Destorrens, e fo acabat lo dia de Sent Lambert a. XVIII. dies del mes de setembre, en lany de MCCCXLIII.» El muy autorizado sentir del archivero de la Corona de Aragón D. Francisco de Bofarull y Sans califica de «modelos de las obras iluminadas en Cataluña algunas de la Biblioteca de Ripoll, Poblet y San Cugat...» (1).

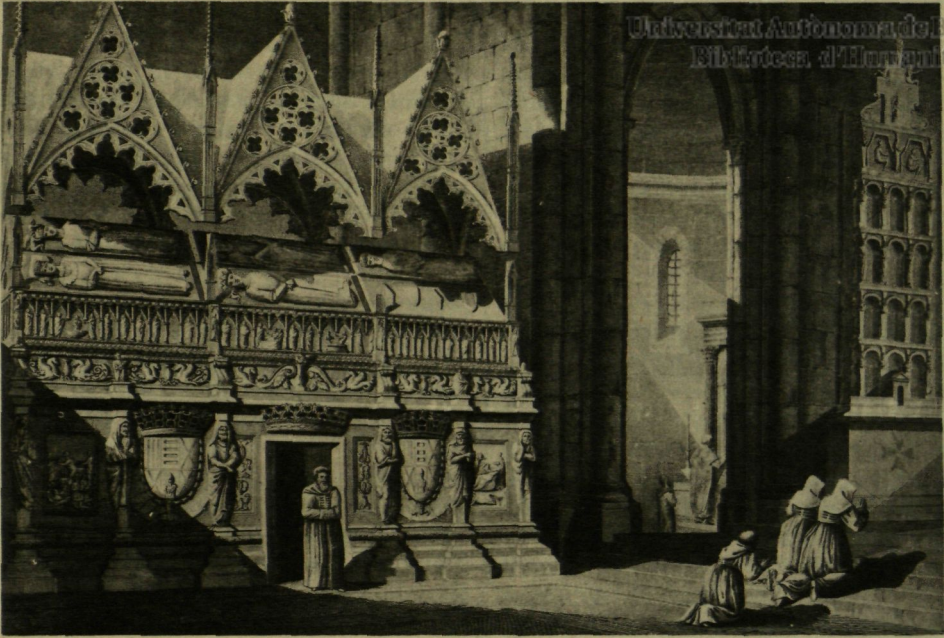
Dejemos ya las preciosidades bibliográficas, pero sin despedirnos aún del claustro grande, cuya pieza primordial, el templo mayor, aquí al fin vamos á describir, que en todo concurso religioso lo más digno marcha postrero; pero no por un costado hemos de penetrar en él, sino por la puerta principal. Barroco y apocado, el frontis mejor oculta que descubre la grandeza de la fábrica adosada á sus espaldas. «Las puertas que cerraban la entrada eran de nogal, cubiertas de planchas de bronce esculpido, sostenidas por filetes y florones de igual metal, prendidos en forma de clavos: inútil es añadir que desaparecieron en la destrucción del monasterio» (2). Cruzada esta puerta, hállase el visitante en el atrio, «conocido por el nombre de *la Galilea*, en cuyos extremos existían dos altares, dedicados á la Virgen de los Angeles y al Santo Sepulcro de Jesucristo. El último, que era de mármol en su totalidad, fué construído en 1576 por el abad D. Juan de Guimerá; y de él quedan aún la guarnición del retablo y fragmentos de las imágenes dispersadas en el nicho del altar» (3). En el opuesto lado vi grandes sarcófagos de piedra, abiertos, en los que entre polvos y telarañas existen huesos de los que allí pensaron descansar. A quién pertenecieron tales despojos y bajo qué grado de suntuosidad dormían en aquel lugar, nos lo cuenta D. Pablo Piferrer, quien visitó el monasterio antes de la destruc-

ción. «Inmediato, dice, al altar del Sepulcro, y sostenido por seis columnas, mírase un bello sepulcro de alabastro, lleno de relieves y pequeñas imágenes, esculpidos unos y otras con perfección; y una estatua echada, revestida de los hábitos pontificales, corona majestuosamente la urna. Yace allí Don Jaime Zarroca, obispo de Huesca y canciller del rey D. Jaime I, que, viniendo á Poblet por noviembre de 1289 con D. Alfonso II *el Liberal*, enfermó en el monasterio, y murió á 12 del siguiente diciembre. Al lado de éste, y también sostenido por seis columnas, hay otro sarcófago de alabastro, que así en buena ejecución como en riqueza de detalles y figuras corre parejas con el mencionado, y lo mismo que él tiene estatua echada. Consérvanse en él (*habla del tiempo anterior á la quema*), desde el año 1280, los restos de D. Berenguer de Puigvert, señor de Prenafeta, Belcayre, Montsuar, Figarola, Miramar, Montornés y de otros lugares, con los de su esposa y dos hijos. Al otro lado del altar aparecen dos elegantes urnas casi iguales; apóyase cada una en dos pilares, y en su frente hay perfectamente entalladas las armas y divisas de la casa de Urgel y de Moncada. Yace en la una D.^a Arembaix de Moncada, esposa del conde de Urgel y vizconde de Cabrera y de Ager, é hija del famoso D. Ramón de Moncada; y falleció por 1239. Contiene la otra los despojos de D.^a María de Moncada, que murió en 1352, y estuvo casada con Don Pedro de Aragón, también conde de Urgel, é hijo del infante D. Jaime, nieto del rey Alfonso III, y padre del último conde de aquella casa D. Jaime *el Desdichado*, á quien hubo en su segunda mujer. Los demás sepulcros de esta capilla, que ninguna particularidad ofrecen, conservan aún los nombres de los Cervera y de los Grañena, nombres célebres en nuestra antigua historia, y cuyos títulos recuerdan la restauracion de Cataluña, que llevaron á cabo aquellos caballeros con la ayuda de Dios y de su buena lanza... Seis sarcófagos adornan las paredes

(1) *Los códices, diplomas é impresos en la Exposición universal de Barcelona de 1888*. Barcelona, 1890, pág. 60.

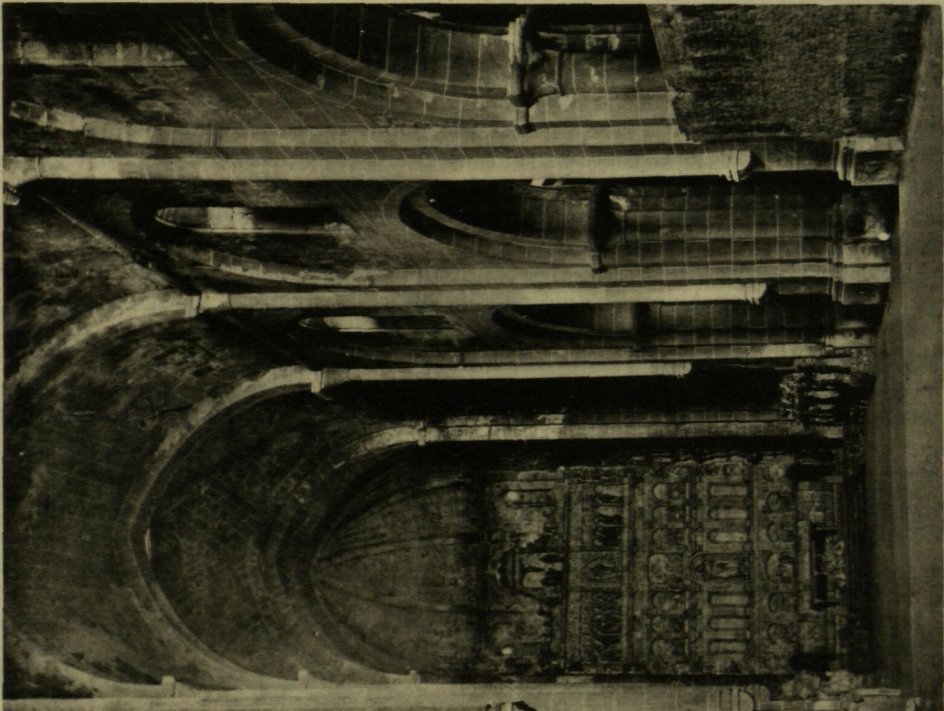
(2) D. Eduardo Toda. Obra citada, págs. 44 y 45.—Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22. § 3, n.º 1, ó sea: tomo I, pág. 266.

(3) D. Eduardo Toda. Obra citada, pág. 45.



PANTEÓN REAL

(De un grabado de Laborde, dibujado á principios del siglo XIX).



IGLESIA DE POBLET

(Fotografía del autor).

de la otra capilla (*del dicho atrio*), titulada de Nuestra Señora, y todos tienen la configuración de urna común á los entierros góticos, con más ó menos adornos. Ocupan el más inmediato al altar por la parte de la Epístola D. Hugón de Anglesola, Señor de Miralcamp, y D. Berenguer de Anglesola, que murieron por 1265 el primero, y en 1291 el otro. En la urna siguiente, adornada con dos escudos, cuyas armas son dos grandes puentes, yace D. Ramón Pons de Ribelles, que falleció en 1228, y la tercera, ó la más distante del altar, contiene los despojos de D. Gerardo Jorba, señor de Jorba, Montmaneu, Odena, Rubinat y otros lugares, y de su esposa D.^a Saurina. En las de la parte del Evangelio hay enterrados D. Bernardo de Alañá, difunto en el año 1382, con su esposa é hijos, D. Guillén de Alcarraz, así llamado porque ganó á los moros el lugar y castillo del mismo nombre, y el noble Ramón Senhero, ciudadano de Lérida, que falleció por marzo de 1257» (1).

Magnífica perspectiva sorprende al que, abandonando este atrio, penetra en la iglesia, la que de pronto se abre ante los ojos con toda su inesperada grandeza y su románica severidad, hábilmente hermanada con la gótica esbeltez. La forman tres naves de inmensa longitud, de atrevida elevación la central; tras cuyo ábside y altar mayor se unen, coronadas allí de capillas góticas y ventanas, las laterales. Llegamos allá después de haber atravesado el ancho crucero que corre al pie del presbiterio. Mide este templo en su longitud 408 palmos (*79 metros*), 46 $\frac{1}{2}$ (*9 metros*) de anchura la nave principal, 23 (*4'50 metros*) cada una de las laterales, 176 (*36 metros*) la longitud del crucero, 103 (*20'10 metro*) la altura de la nave central (2); dimensiones poco comunes aun en nuestras más famosas catedrales. En cada lado

siete macizos pilares de sección cuadrada, adornados de una media columna en cada cara y algunas superficies en ángulos entrantes y salientes en las aristas, separan de las laterales la nave central, dejando abiertos entre ellas ocho anchos arcos por lado. Su estilo arquitectónico marca la transición del románico al ojival, que al fin fué el siglo XIII quien la fabricó. Revelan el primero el extraordinario espesor de los muros, pilares y arcos, la cobardía y sencillez de las ventanas, la severidad y desnudez de los baquetones ó columnas y sus capiteles, adosados ambos á los pilares, la bóveda de cañón recta bien que ligeramente apuntada, los sencillísimos arcos transversales que á ésta sostienen, y finalmente el severo ábside, formado de un segmento de esfera sólo partido triangularmente por seis primitivas baquetas ó nervios cilíndricos, que subiendo desde el pavimento van á juntarse en el vértice, donde en el gótico pendiera una clave. Mas por opuesta parte brota el gótico en la osada elevación de la gran nave y en las graciosísimas bóvedas de las laterales, rudimento del ojival en la del Evangelio, perfección y gusto acabado en la contraria. A ésta en tiempos posteriores se le abrieron capillas laterales, imposibles en la primera por correr el claustro á sus espaldas. En el centro del templo, tres de los anchurosos pasos de la nave central á las laterales hallábanse hasta cierta altura tapiados por el coro que ocupaba lugar de la nave central, á cuyo rededor se extendían en dos órdenes 104 magníficas sillas de nogal, cobijadas bajo primorosos doseletes, sostenidos en respaldares, á los que adornaban imágenes en relieve. En 1835 la tea incendiaria vino á terminar súbitamente el cometido de los escultores, que aun entonces trabajaban para acabarlas. Bajo el rosetón de cristales de colores de la fachada asentábase el órgano, levantado sobre un arco y una bóveda.

La testera del templo, vista desde el exterior, presenta también riquísimo as-

(1) *Recuerdos y bellezas de España. Cataluña.* Por D. Pablo Piferrer. Tomo I, págs. 247 y 250.

(2) Estas dimensiones por metros las saqué del plano arriba indicado. Las por palmos, de otros autores.

pecto. En la región baja aparecen en semicírculo alrededor del mayor los ábsides de las capillas absidicales. Sobre de éstos se levanta el mayor, dividido en compartimientos verticales por columnitas románicas con sus capiteles. Y por sobre de todo se yergue el hermoso cimborio puramente ojival, de sección octogonal, con sendas ventanas en sus caras y otra fila de otras menores en lo alto.

El riquísimo y primoroso retablo mayor, todo de alabastro, siguiendo la disposición de las tablas góticas, cuyo uso fenecía en la época de la construcción de el de Poblet, se componía de un ordenado conjunto de preciosas esculturas, colocadas en nichos de un mismo plano vertical, distribuídos éstos en cuatro órdenes horizontales ó pisos. «Consta el primero de cinco cuadros ó comparticiones, divididos por pilastras, en los cuales vense misterios de la Pasión de Jesucristo; componen el segundo seis imágenes de Santos, y en medio aparece la Virgen de mayores dimensiones que aquéllos; los siete cuadros del tercero, abundantes en relieves, contienen siete asuntos de la vida de Cristo; y en el cuarto los doce Apóstoles contemplan á su divino Maestro, que en el centro figura ascender al cielo. Sobre el remate ó cornisa álzase en medio un cuadro también de alabastro, en que hay esculpido de relieve un Crucifijo con la Virgen, Santa Magdalena y San Juan; y aunque no perteneciente á esta obra, baja de lo alto de la bóveda un magnífico pabellón que la cobija, y le da notable majestad y grandeza» (1). Ignórase el nombre de su autor, y la inscripción latina grabada en el centro del pedestal, fronteriza al ara, dice sólo que «en el año del Señor 1529, reinando en las Españas Carlos Rey y Emperador de romanos y siendo Abad de este insigne monasterio Don Pedro Caxal se hizo este retablo» (2). A su pie y de él separado

sólo algunos centímetros, existe aun hoy, sostenida en nueve columnitas, la maciza y espaciosa ara del altar.

Formado de tal modo el retablo principal, carece de profundidad bastante á cobijar el sagrario del Santísimo; para el cual tampoco ofrecía lugar la escueta ara desprovista de toda grada; por cuya causa sin duda, y por conformarse con el estilo de la orden, hállase el tabernáculo tras del retablo mayor, unidos ambos por sus espaldas. El tabernáculo, de grandes proporciones y ricos mármoles esculpturados, ocupaba el centro de una pequeña, pero espléndida capilla, de gusto neo-pagano, cuya puerta se abría en el centro del deambulatorio ó girola. Al pie de la del tabernáculo, un cuadro de alabastro ostentaba en precioso bajo relieve la última cena del Salvador, dispuesta al modo de la del Vinci. En el retablo de esta capilla se leía la fecha 1731.

«Diez y siete capillas adornan las naves laterales y ábside de este templo; algunas son obra de la Edad media, entre ellas las siete de la nave lateral derecha (*de la Epístola*), que junto con el grande cimborio, que quedó por concluir, costeó por los años de 1330 el abad Don Ponce de Copons; y otras datan del 1600 y del 1700» (3). En la nave del Evangelio faltan las capillas en toda la extensión que cae frente al claustro por impedir las éstas allí arrimado á la nave, según dije.

¿A qué Santos estaban dedicadas las capillas laterales, y en qué clase de retablos éstos colocados? Lo ignoro. Piferrer, á seguida de las líneas últimamente copiadas, nombra algunos de los Santos; y así por él sabemós que tenían capilla propia Santa Magdalena, unas Santas Vírgenes, no sé cuáles, y San Benito. También la tenía San Salvador. Tampoco poseo datos concretos para describir, ni aun reseñar, los retablos, que el furor de 1835 entregó unos á las llamas, otros á la destrucción.

(1) D. Pablo Piferrer. Obra citada, págs. 251 y 252.

(2) Yo mismo la copié de la lápida en 18 de junio de 1888; y así pude observar que Piferrer, Balaguer y Toda,

siguiendo á Finestres, se equivocan en el modo de escribir el apellido Caxal.

(3) D. Pablo Piferrer. Obra citada, pág. 252.

Sin embargo, por los miserables restos que de ellos aparecieron después en públicos museos ó en manos de desalmados traficantes de antigüedades, es dable conocer su riqueza y exquisito gusto. De Poblet se dice proceder un preciosísimo grupo de estatuillas, de como medio metro de altura, de alabastro, que representa á la Virgen desmayada, y sostenida por San Juan y Santa Magdalena. Un judío traficante lo ha vendido en 1901 á un artista barcelonés por 300 duros. Vi de Poblet, en poder de un sacerdote amigo, un hermoso bajo relieve, de alabastro, representando á San Pablo, también comprado á un traficante. El museo de Tarragona posee un tríptico del siglo xiv ó xv y una «tabla perteneciente á un retablo de Poblet representando una procesión de monjas por el claustro del monasterio. La ejecución de las figuras es admirable, sobresaliendo el dibujo de las cabezas, que parecen miniaturas. Creemos que puede corresponder este cuadro al siglo xv» (1). Pero ¿cómo seguir en la reseña de los fragmentos lamentables que procedentes del naufragio de 1835 aparecen por todos lados? ¿Cómo, digo, si son tantos y tan dignos de detenida descripción, imposible por hartó larga en este libro, que no debe concretarse á Poblet, sino que ha de abarcar á mil otros monasterios? Las pinturas, los fragmentos de estatuas, de altos y bajos relieves de mármoles y alabastros, de alfombras y tapices, de joyas de oro y plata, y de toda preciosidad que aparecen por todos lados, demuestran la inmensa riqueza material y artística de la casa populetana. Siquiera el curioso visite el Museo de antigüedades de Tarragona, siquiera lea su *Catálogo*, y me dará completa razón, y acabará amargamente llorando (2). Lea los escritos de los numerosos excursionistas que hoy habitan nuestra tierra, y

en todos hallará relaciones de estos fragmentos.

Para la descripción de las glorias nacionales de Poblet empecemos por ceder la palabra al restaurador de las aficiones y estudios históricos en nuestra patria, al entusiasta de la tierra catalana, don Pablo Piferrer, quien dice así: «Todas las capillas se presentan graves y ricas en sepulturas; los nombres más esclarecidos de nuestros anales lo son también de ellas, y difícil, si no prolija tarea sería enumerarlas circunstanciadamente. Bella es la tumba que contiene la capilla de Santa Magdalena; es un sarcófago grande que está al lado de la Epístola, de piedra muy vistosa, dividido en pequeños nichos góticos, sembrado de detalles primorosos, y lleno de buenas imágenes. Sobre la ancha losa que lo cierra hay tendidas dos estatuas de varón y hembra, que en lo suntuoso del ropaje publican su alta alcurnia; y la gravedad y quietud que respira su rostro advierten al viajero de la conformidad, armonía y buen amor con que vivieron unidos. Yacen allí D. Bernardo de Anglesola, señor de Miralcamp, y su noble esposa doña Constanza de Anglesola, con su hijo don Hugo y su mujer D.^a Sibila. Pero la existencia del cadáver de D.^a Constanza en este sepulcro, donde ya descansaban los referidos, data del 1401, en que le trajo á Poblet su hijo D. Berenguer, presbítero cardenal de Benedicto XIII.

»La capilla contigua á ésta, la de las Santas Vírgenes, si bien menos rica en urnas, no le cede en la calidad de los nombres que la decoran. La humildad de los Mur hizo que escogiesen en el suelo tumba sencilla y no notable: allí descansan D. Hugo y su buena señora D.^a Leonor, que fallecieron en 1320 y 1331; los nobles esposos D. Manuel de Maza y Mur y D.^a Juana, difuntos en 1410 y 1413; D.^a Elfa de Mur, señora de Albi y de Cerviá, que falleció en 1420, y su esposo D. Acardo, que tardó poco en seguirla; todos buenos y leales consortes que, sobreviviéndose apenas, quisieron partir

(1) D. Angel del Arco. *Catálogo del Museo Arqueológico de Tarragona...* Tarragona 1894, pág. 229.

(2) Véanse del catálogo, especialmente, las páginas 212 y siguientes, las 267 y siguientes, las 271 y siguientes, y las 275 y siguientes.

mutuamente el lecho de muerte... Escogieron tumba humilde y cristiana; pero las pisadas de los fieles y asistentes al templo no han podido borrar la torre ceñida de muros de su blasón, que publica el nombre de esta noble familia, oriunda de los monarcas aragoneses, nombre que adquirieron gloriosamente cuando, tomando en buena guerra á los moros el lugar y castillo de Villamur, ciñéronlos, con firme propósito de permanecer allí, de altas y bien fortalecidas murallas.

»A pocos pasos de esta capilla, junto á la de San Benito, arrimado á la pared hay un sepulcro de piedra común, que honraría por sí solo cualquiera fábrica. Y sin embargo, ¡tanta es la riqueza de Poblet en monumentos!, está en el suelo, no pegado ni formando parte del muro, sino tirado allí como un objeto de sobra, y expuesto á servir de apoyo á cuantos pasan. Guárdalo, empero, un gigante caballero, que tal parece, según es larga su estatua tendida, que aun en su sueño conserva el aire guerrero que le dió en vida honor y prez; y muy terrible debería de ser, si despertase, el crujir de la tremenda y cumplida armadura, que le cubre. Y bien demuestra su calidad la suntuosidad del lecho en que descansa, pues ricos dibujos é imágenes guarnecen por todas partes á la usanza gótica; al paso que las palabras latinas, que lo ciñen, en cadenciosos versos le nombran conde entre los reyes y rey entre los condes. Pero el valiente, que ellos mencionan», D. Ramón Folch, muerto en

320, defensor de Gerona contra la Francia, «desocupó en 1669 esta su antigua morada de descanso, en que yaciera por espacio de tres siglos; y como lugar que él honró por tantos años no podía ni debía servir á varón menos célebre, ó á mal caballero, el monasterio sepultó en él al famoso D. Rodrigo de Rebolledo, barón de Montclús, y señor de veinticuatro lugares en Aragón y Cataluña, leal servidor del rey D. Juan II, cuya vida salvó en la acción de Gaeta, peleando hasta quedar cautivo, y valiente y

cumplido caballero, que llenó las crónicas de aquella época con los rasgos de su intrepidez, fidelidad y desprendimiento. Murió por diciembre de 1479 en Aragón; y traído á Poblet, donde quiso ser enterrado, fué en tumba de madera hasta el referido año de 1669»; en cuyo tiempo el primer poseedor del sarcófago de piedra, D. Ramón Folch, pasó á ocupar otro suntuosísimo en el crucero, al pie de la escalera que de la iglesia asciende al dormitorio.

«También la noble casa de Urgel, igual á la condal de Barcelona en los principios de la restauración de Cataluña, como salida de un mismo tronco, honró este monasterio, escogiendo en él sepultura para muchos de sus individuos. Unos, despojándose al morir de las pretensiones de la vanidad, quisieron ser enterrados en el suelo; otros hicieron se consagrarse á su memoria una lápida en varias capillas; pero una es la que entre éstas lleva el nombre de tan esclarecida estirpe» (1). Hasta aquí Piferrer, cuya animada descripción, como claramente lo revela el uso constante de tiempo presente de los verbos empleados, fué escrita antes del incendio de Poblet, aunque publicada perpetrado éste, según lo indica su nota final.

Mas vengamos ya á los sepulcros principales de este templo, ó sea á los de la Casa Real de Aragón. D. Eduardo Toda encabeza su capítulo de los panteones reales con unas sesudas reflexiones, que estimo dignas de ser aquí íntegramente traducidas, las que no concuerdan con palabras que abajo combatiré. «Si el monasterio de Ripoll, dice, fué destinado á dar sepultura á los Condes de Barcelona, el de Poblet sirvió de lugar de entierro á los Reyes de Aragón. Y no se podía, en verdad, escoger sitio mejor para que el ruido mundanal no viniese á turbar la calma, que tanto gusta á la muerte; y para que las urnas funerarias que encerraban los despojos mortales se levantan

(1) Obra citada, págs. 251 y 254.

tasen en el templo como altares sagrados donde toda una comunidad de monjes rezase cada día las plegarias de difuntos.

»¡La muerte! Mutación de la materia, transfiguración del cuerpo, libertad del alma, ¡cómo nos espanta en este siglo de adelanto material y decadencia de las ideas! En tiempos antiguos, cuando los pueblos se apiñaban como rebaños de ovejas al pie del gótico castillo y al alrededor de la románica iglesia, el cementerio era el primer cercado de su circuito. Estaba dentro del templo para los que deseaban que eternamente guardase sus huesos la sombra de la airosa nave, junto á los muros entre la iglesia y la plaza para los pobres que sólo podían señalar su tumba con pintada cruz de madera. Y el cementerio, el lugar de todos visitado, así concurrido de los niños que saltaban las tumbas para coger una flor ó cazar una mariposa, como de los enamorados que allí se daban cita más de una vez rogando á los yertos huesos de sus abuelos que fuesen testigos de sus promesas de eterno amor: pareceriales sin duda que el sentimiento así consagrado junto á la muerte no podría tener otro epílogo que una tumba.

»Bien cambiados andan los tiempos. Las generaciones de hoy alejan de las villas los cementerios porque dicen que así lo prescribe la Higiene. Quizá también porque la representación de la muerte no conviene á los cerebros flacos de nuestra raza, porque nos afectan los juicios de la eternidad, aunque no nos conmuevan las miserias de la vida. Y ya alejados, ¿quién se acuerda de visitar los lugares que encierran las cenizas de los que fueron, y que mañana guardarán también las nuestras? A veces la enlutada esposa irá á depositar sobre la tumba de su amante una corona hecha de encargo: más frecuentemente la desconsolada madre bañará con lágrimas la cruz que cubre los despojos del pedazo de sus entrañas: el hijo ó el amigo esperarán la fecha oficial del primero de noviembre para consagrar un recuerdo y ofrecer un tributo á la me-

moria de los que en vida amaron, y en todo el año no turbará el silencio de aquel rincón de tierra más que el carro que cada día aporta el tributo que el género humano paga á la muerte.

»Los reyes eran trasladados á Poblet con toda solemnidad, quedando depositados en los primeros tiempos en ricos ataúdes de madera que se guardaban en la iglesia en medio de los arcos del crucero...» Dicen otros autores, con más probabilidad, que el ataúd de Don Jaime I descansaba en el presbiterio. «El rey Don Pedro IV, añade Toda, ordenó la construcción de dos arcos de piedra en el mismo lugar, sobre los cuales se fabricaron los panteones. Los arcos aun hoy subsisten; fueron cubiertos por la base de mármol, ahora destruída, y en su friso se dibujan los escudos de Cataluña primorosamente tallados» (1). Fué realmente Pedro IV el autor del panteón de los reyes en Poblet al colocar allí oportunamente sus antecesores, su propio sarcófago y el lugar á sus descendientes destinado. Y para seguridad de tales tesoros ciñó el monasterio de fortificación, formidable por su altura, su espesor, sus troneras y antepechos, y sus doce grandes torreones, distribuídos en la muralla por los trechos convenientes á la defensa.

Para comprender la estructura de estos panteones se hace necesaria una explicación. A la altura de unos dos metros del suelo, al pie del presbiterio, construyéronse dos arcos en el crucero en el paso de la nave central á las laterales, es decir, uno al lado de la Epístola de la nave central y otro al del Evangelio. Así el crucero quedó dividido en tres partes, ó sea los dos brazos y el trozo central comprendido en la nave también central. Este trozo, que venía á describir un cuadrado, estaba embaldosado de ricos mármoles, y era llamado capilla Real (2). Sobre

(1) Obra citada, págs. 53, 54 y 55.

(2) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22. § 4, n.º 2, ó sea: tomo I. pág. 274. Y libro I. Disertación 22. § 5, n.º 16.

cada arco, á lo largo de él, se asentaron tres grandes sarcófagos, uno á continuación del otro, cuyas tapas, dispuestas en vertiente, tenían extendidas sobre sí cada una dos estatuas yacentes. La cara baja de los sarcófagos venía adornada de compartimientos ojivales de relieve con figuritas en ellos. Cobijaba en alto esta línea de sarcófagos una techumbre del mismo estilo ojival, dividida en tres compartimientos correspondientes á sendos sepulcros, adornado cada compartimiento con un frontón de calados. Toda esta hermosa fábrica quedaba, pues, en alto, y por debajo de los arcos podía discurrir el pueblo.

Pero más tarde, en el siglo xvii, el Duque de Segorbe y de Cardona D. Luis Ramón Folch de Cardona, viendo que los ataúdes de madera de sus mayores se hallaban expuestos en el tránsito común, levantó una riquísima pared ó muro de esculturas de mármol en la parte anterior de los arcos, y otra en la posterior, desde el suelo á los sarcófagos reales, y así quedó formada una estancia cerrada debajo de cada arco, en la que colocó los restos de sus pasados y después entraron otros. He aquí las palabras con que explica Toda todos estos panteones: «Instaláronse tres sepulcros sobre cada uno de los arcos, todos de mármol, cuadrados, con la cubierta triangular, en la que se veían casi de tamaño natural las estatuas de los reyes y reinas que aquellos encerraban. La obra estaba ricamente esculpida, y entre las estatuas yacentes y los calados (*todo del más puro y fino gusto ojival*) formaban el fondo cristales azules sembrados de estrellitas de oro. Sobre los sepulcros... levantábase un primoroso doselete (*mejor techumbre*) por dentro forrado también de cristales; de allí pendían en cada panteón tres lámparas, cuya luz se reflejaba en los dorados cristales de las tumbas, dando color á las blancas estatuas de los reyes que estaban allí tendidas.

»La base de alabastro de los panteones (*es decir, lo levantado por el de Segorbe*)

fué obra muy posterior á la de los arcos y tumbas que sobre éstos se veían, y no correspondía al estilo arquitectónico dominante en Poblet, el gótico. Se hizo en el siglo xvii con materiales de las canteras de Sarreal, por orden del duque de Cardona, D. Pedro de Aragón, quien tapió los dos lados de los arcos con una rica pared, que sirviendo como de pie á los panteones, dejase espacio entre la de un costado y la del otro para poder reunir allí los restos de sus antepasados» (1). Incurre aquí el Sr. Toda en involuntario error al confundir á Don Pedro de Aragón con el hermano de él D. Luis Ramón Folch de Cardona, quien fué el que levantó las indicadas paredes, base de los panteones. Así lo hallamos en Finesres (2), cronista del monasterio, y en cuya preciosa obra bebieron la mayor parte de sus noticias Toda y cuantos del monasterio trataron.

En estas preciosas paredes de la base, las dos partes que respectivamente miraban á cada uno de los lados del crucero estaban divididas en tres compartimientos, mediando entre ellos estatuas de alabastro á guisa de pilares, ó sea cariátides. Cada uno de aquellos ostentaba de relieve en su centro una urna decorada con una corona ducal. Las dos caras de los panteones que daban á la nave central, ó capilla real, partíanse igualmente por cariátides en cinco compartimientos, de los cuales el del centro tenía una rica puerta de dorado bronce con follaje de metal y una gran corona el del centro, y los demás bajos relieves representando pasajes bíblicos y escudos de armas. En el Museo de antigüedades de Tarragona puede el curioso examinar por sus propios ojos mil fragmentos de las esculturas que decoraban tanto la parte gótica, cuanto la neopagana de los panteones reales, y por ellos conocerá su inmenso valor.

La situación de los cadáveres reales

(1) D. Eduardo Toda. Obra citada, págs. 56 y 57.

(2) Libro I. Disertación 22. § 5, n.º 16, ó sea: tomo I pág. 288.

tendidos sobre los arcos era la siguiente. En el del lado del Evangelio, partiendo del presbiterio hacia el coro, ocupaba el primer lugar Jaime I, el segundo Pedro IV y el último Fernando de Antequera. En el de la Epístola, Alfonso II, Juan I y Juan II.

»Jaime I fué llevado á Poblet y enterrado tres semanas después de la Pascua del año 1278. Enbalsamado como todos los demás cadáveres reales, su momia se conservó bien hasta la destrucción del monasterio. En la cubierta de la tumba había dos estatuas del rey Conquistador, una vestida de guerrero con cota de maila, casco y manto real, y la otra en hábito de monje del Císter, cuya orden profesó en el reino de Valencia poco antes de morir.

»Don Pedro IV murió en 1387, y su hijo y sucesor Don Juan I ordenó inmediatamente la traslación de su cuerpo al monasterio de Poblet... Cuatro estatuas había en la cubierta de la tumba; la de él, vestida de diácono llevando en la mano el histórico puñal, que le hizo conocer á la posteridad bajo el nombre de *Pere del punyalel*; y las de las tres mujeres que tuvo en vida, Doña María, Doña Leonor de Portugal y Doña Leonor de Sicilia.

»Don Fernando I, conocido por el de Antequera, fué sepultado el día 12 de abril de 1416. En su tumba veíanse dos estatuas de él, vestida una de guerrero y la otra con hábitos religiosos, y una tercera estatua de su mujer que no llegó á ser enterrada allí.

»Don Alfonso II murió en Perpiñán en 25 de abril de 1196; su cuerpo, inmediatamente trasladado á Poblet, fué enterrado el primer día del siguiente mayo. En su sepulcro había dos estatuas, vestida una con hábito de diácono y corona de laurel, y la otra con cogulla de religioso cisterciense.

»Don Juan I fué enterrado el día 15 de septiembre de 1401; y en su tumba se dió también morada á los restos de sus dos mujeres Doña Matea de Armanyach y Doña Violante. Los tres estaban repre-

sentados en la cubierta del sepulcro por figuras vestidas de manto y corona real.

»Finalmente Don Juan II ocupaba el último sepulcro del panteón real, que compartió con su segunda mujer Doña Juana. Sobre la cubierta de la tumba se veían también tres estatuas; dos del Rey, vestida una con la armadura de guerrero, y la otra con hábito religioso; y una de la reina abrigada de su ancho manto real.

»Dos reyes más tenían sus despojos en los panteones de Poblet. Era uno Don Martín I, quien en vida quiso poner su morada en el real monasterio, construyendo el magnífico palacio que aun hoy lleva su nombre. Murió á los 31 de mayo de 1410; mas por los disturbios que ocurrieron á su muerte por causa de la sucesión al trono, nadie cuidó de trasladar el cadáver á Poblet, y los consellers de Barcelona lo depositaron en la catedral. En 1460 treinta monjes de Poblet vinieron por él, y lo llevaron al panteón, siendo enterrado en ataúd de madera bajo el arco de la izquierda junto á los restos de su segunda mujer Doña Violante. La primera mujer, Doña María, ocupaba otro ataúd al lado de su real esposo.

»El otro rey enterrado en Poblet fué Don Alfonso V, muerto en Nápoles en 1458... De su lápida funeraria sólo queda una parte en la tumba que ocupaba junto á la pilastra de la iglesia de donde arranca uno de los panteones reales. Allí fué depositado en 1671, en rico sepulcro labrado en Italia, el cual remataba en una estatua del Rey, vestido de corte, con las manos juntas y la rodilla en tierra en acto de plegaria. Tanto este sepulcro como el opuesto, de la columna de enfrente, que encerraba los restos de Don Enrique de Aragón, Conde de Empurias y primer Duque de Segorbe, estaban cubiertos por rico dosel dorado del que pendían anchas cortinas de terciopelo carmesí con el escudo de la casa de Aragón bordado de plata y oro.

»Largo y pesado sería trazar la enume-

ración de todas las personas enterradas dentro de los panteones reales (*es decir, bajo los arcos en las estancias construidas por el Duque de Segorbe*). Príncipes é infantes de la casa real, reinas, mujeres de aquellos señores, que generalmente fueron muchas, individuos de la familia emparentados con las casas de Segorbe, Cardona, Prades, Córdova, Sandoval, Folch, Medinaceli, Maqueda y Benavente, todos obtuvieron bajo las tumbas de los reyes, á los cuales lealmente sirvieron y por quienes en Mallorca, Flandes, la mar y en los campos de Italia murieron, un reposo que no fué eterno porque un día la furia popular rompió las cajas con mano airada, y esparció á los vientos aquellos huesos venerados, aquellas reliquias de glorias, que ya fueron, y que no volverán más en esta tierra sin ventura. También allí reposaba el infortunado príncipe Carlos de Viana, la víctima de una madrastra sin entrañas, al cual los catalanes tuvieron por santo, y aun lo llegaron á venerar...» (1). Descansaban tan renombrados varones en ataúdes de maderas preciosas ricamente guarnecidos de terciopelo negro y clavazón dorada (2). Uno de los monacillos, que en 1835 servía en la sacristía del monasterio, me aseguró haber visto alguno de los cadáveres de los panteones reales. Yacían, dijo, sobre cojines con sus ricos vestidos y guantes, rectos los brazos cruzaban sobre el cuerpo, entre éste y aquellos las largas espadas, embalsamados con tal arte, que conservaban sus carnes y facciones, bien que apergaminados y pálidos (3).

Innumerables son los sarcófagos de renombrados apellidos con que se topa en todos los ámbitos de Poblet. «Casi todos los sepulcros que se miran elevados de tierra, así en el cementerio como en

el atrio de la iglesia y claustros, son de una misma hechura, de piedra lisa, harto grandes, de más de diez palmos de largo, cuatro de ancho y unos ocho de elevación entre urna y cubierta, formados á modo de ataúd, sostenidos de cuatro á seis columnas. Algunos son tan lisos que no se les ve grabadura ninguna, en otros sólo se ven grabados algunos escudos, armas ó divisas de su nobleza» (4). En los del cementerio, que cae entre el muro y la parte trasera de la iglesia, hállanse apellidos de las distinguidas casas de Cervera, de Queralt, de Prexens, de Cruilles, de Avellano, de Torrella, de Espuny (5), de Puigvert, de Ribelles, de Montpahó, de Segorbe y Cardona, de Moncada, de Anglesola y otros nobles y no nobles (6). Los del claustro los detallamos atrás. Muchos de los apellidos de los sepultados en la iglesia los hemos ya nombrado, á los que acompañaban otros de Urgel, de Moncada, de Ribelles, de Alanyá, de Alcarraz, de Boxadós, de Jorba. Y en toda la casa había mil, de prolija enumeración (7).

«Fatigado estará el lector,» exclama con razón, descritos los sepulcros, don Víctor Balaguer, «de tanto como de muertos se viene contando; pero hay necesidad absoluta de hablar más aún, si este libro ha de corresponder á su objeto. Considérese que, en medio de las grandezas de Poblet, su necrópolis era su mayor grandeza, y que en ella estaba toda la historia de la Corona de Aragón. Con sólo entrar en Poblet y detenerse un momento ante cada mausoleo, leyendo los epitafios y fijándose en los hechos del difunto, el curioso podía salir del templo enterado á grandes rasgos de lo más saliente y culminante de nuestra memora-

(4) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22, § 6, n.º 2, ó sea: tomo I, pág. 305.

(5) Esta casa tenía en Villafranca del Panadés, calle del *Vall del castell*, su palacio románico, el cual, con pena de los arqueólogos, ha sido reedificado en forma moderna por el comprador.

(6) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22, § 6, n.º 3 y siguientes.

(7) Véase á Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22, § 6, 7, 8, 9 y 10, ó sea: tomo I, págs. 305 y siguientes.

(1) D. Eduardo Toda. Obra citada, págs. de la 58 á la 64.

(2) Finestres. Libro I. Disertación 22. § 5, n.º 29, ó sea: tomo I, pág. 295.

(3) Relación del monacillo D. Onofre Leofita, hecha en la Espluga de Francolí á los 13 y 14 de junio de 1887 y ratificada en 23 de diciembre de 1887.

ble historia. Por esto es más de lamentar la ruina y desaparición de aquellos monumentos. El arte puede restaurar ó levantar de nuevo el edificio, pero ¿cómo volver á reunir aquellas tumbas desaparecidas ó aquellos restos perdidos para siempre, que el genio de los artistas y el respeto de las familias y de la posteridad habían ido allí acumulando, á través de siglos y generaciones, para gloriosa manifestacion de las artes y monumental archivo de la historia?... Allí se guardaban los restos de honrados ciudadanos, letrados, jurados y concellers que de Lérida, de Tarragona, de la misma Barcelona, de diversas comarcas, trasladaba á Poblet la piedad de las familias, deseosas de que sus ascendientes, después de una vida laboriosamente consagrada al hogar y á la patria, fuesen á dormir su sueño eterno en la tierra bendita de Poblet, donde, bajo el amparo y custodia de la Virgen, acudían á reclamar un sitio en torno de sus reyes todos cuantos habían sido columna de su trono ó esplendor de su reinado, príncipes, barones, magnates, caballeros, letrados y ciudadanos, como si fuese aquel sagrado lugar la *via Appia* de Cataluña» (1).

En la izquierda del crucero, al pie de la escalera que conduce al dormitorio, hallóse primitivamente la sacristía, pequeña pieza de sillares de piedra, de sencilla bóveda románica, á la que alumbran por cada uno de sus cabos sendos ventanales que dan al huerto uno y al claustro otro sobre el sepulcro de Copóns. Aunque moderna, y discordante por ende con el gusto general del monumento, grandiosísima y en todo regia, se presenta la nueva sacristía en la parte opuesta del mismo crucero. Forma un salón cuadrado de cien palmos (20'50 metros) de lado, y de tal altura que la cúpula octogonal levantada en el centro de la bóveda, y por cuyas ventanas la pieza recibe luz, vence en elevación á la misma del templo principal. «Su decorado era esplén-

dido. Una ancha cómoda de nogal recorría los lados en toda su extensión, interrumpida sólo por la puerta. Sobre de ella descansaban altos armarios cerrados por cristales de Venecia, y sus marcos tenían esculpidos medallones y alegorías propios del Renacimiento, época en que fueron construídos» (2). La grada de piedra, que aun hoy se conserva en el centro de esta sala, revela que existió allí otra ancha cómoda, la que era igualmente de nogal, y media diez y seis palmos en cuadro, abriéndose en dos opuestas caras de ella cajones, cuya gran superficie permitía colocar las capas pluviales enteramente extendidas sin el menor pliegue (3). En nichos de los cuatro ángulos veíanse otras tantas matronas alegóricas, y los inmensos muros ocultábanse tras colosales lienzos al óleo, cuya longitud, según yo mismo medí por los restos de sus marcos, no bajaba de catorce pasos. «Estos, dice Toda, y otros menores, que pendían de las paredes, eran obra de los grandes maestros de la escuela catalana, Viladomat, Flauger y Fray Bartolomé Juncosa. De ninguno de ellos se conserva ni el recuerdo de su asunto» (4). En Vimbodí, pueblo del cual sacó estas noticias el autor de las anteriores líneas, es decir, entre los que los incendiaron, será cierta la desaparición de todo otro recuerdo que de el de la destrucción; entre los monjes y empleados del monasterio, á los cuales también acudí, se describen los asuntos de estos lienzos cual si se vieran. El de la derecha del que ingresa en la sala presentaba el martirio de San Bernardo de Alzira; el de enfrente, á la Virgen vestida de inmenso manto, bajo cuyos pliegues cobijábanse numerosos santos; el de la izquierda exhibía á San Bernardo de Claraval, enfermo sobre su lecho, en el acto de ser consolado por la Madre

(2) D. Eduardo Toda. Obra citada, págs. 65 y 66.

(3) Relación que D. Miguel Boltó, carpintero del monasterio que había recompuesto dicha cómoda, me hizo en la Esluga, á los 12 de junio de 1887, ratificada en 29 de diciembre siguiente.

(4) Obra citada, pág. 66.

(1) Obra citada, págs. 139 y 140.

del Salvador, y el colocado sobre la puerta al Padre de los monjes occidentales, San Benito, muriendo de pie (1). «Para ayudar al decorado de la sacristía pendían en tres lados de su alta bóveda inmensas cortinas de terciopelo y raso bordadas de oro y plata, regaladas al monasterio por diferentes devotos... Completaban los adornos una hermosa fuente de mármol destinada á los usos de la sacristía, y la fachada de ésta con dos columnas, que sostenían las estatuas del abad D. Bartolomé Cunill y del monje Fr. Pedro Marginet, arrodilladas debajo de la del rey D. Jaime. En el siglo pasado los monjes tuvieron la estrambótica idea de cubrir la piedra con adornos de madera dorados y floreos» (2).

Desde el brazo del crucero del lado del Evangelio un macizo tramo de gradas de piedras con pasamano de la misma materia conduce al piso alto, al dormitorio, inmensa nave gótica, de capacidad fabulosa, cubierta por elevado y largo tejado á dos vertientes, sostenido de trecho en trecho por sencillos al par que elevados y elegantes arcos transversales ojivales de piedra como los muros. Notabilísima hacen á esta pieza su grandiosidad, su esbeltez y también su sencilla ornamentación, la que brilla en modo especial en las esculturas caprichosas de sus ménsulas. La longitud de esta nave, que yo mismo medí, es de 125 pasos. Por su centro corría el pasillo, y á uno y otro lado con tabiques poco elevados se formaban las celdas ó camarillas, que recibían luz por multitud de ventanillas góticas abiertas en el muro.

Adherido al oriental de esta gran sala, y junto al templo, formaban el archivo dos pequeñas piezas enteramente ojivales del siglo XIV, todas de sillares de piedra con hermosísimas al par que severas ventanas. Aquí guardaba el monasterio un tesoro preciosísimo en datos y noticias

para el manejo de sus bienes, para su propia historia y la de la patria catalana. Los papeles, bien extendidos, y los pergaminos arrollados, todos catalogados, guardábanse con exquisito cuidado en ordenados y numerados cajones de grandes armarios. En algunos de estos pergaminos modernamente custodiados donde en su día explicaré, consérvase aún la fina tela que el monje archivero aplicaba sobre la cara escrita para evitar el desgaste del roce; y los notabilísimos sellos, que de muchos pendían, hállanse escondidos, como preciosa perla en su concha, en una bolsita de cuero cosida, que tal amor profesaba el cenobio á su archivo. Su riqueza de éste no tenía ponderación, pues abundaba allí en modo extraordinario todo linaje de documentos, de contratos privados, pleitos, profesiones, edictos, relaciones de hechos privados y públicos, cartas de pequeños y grandes, de los primeros magnates de España, documentos de santos, de reyes, de papas, y estas joyas por centenares. «El Cartulario contiene escrituras notables, y fué ejecutado en folio atlántico» (3). Mas como tales datos del archivo los adquirí de la noticia que algunos activos escudriñadores de antigüedades lograron arrancar de los lugares en que tales documentos ahora paran, juzgo acertado dejar toda ulterior reseña para otra obra ó libro en que, narrada la destrucción de Poblet, trataré, Dios mediante, del paradero de sus preciosidades.

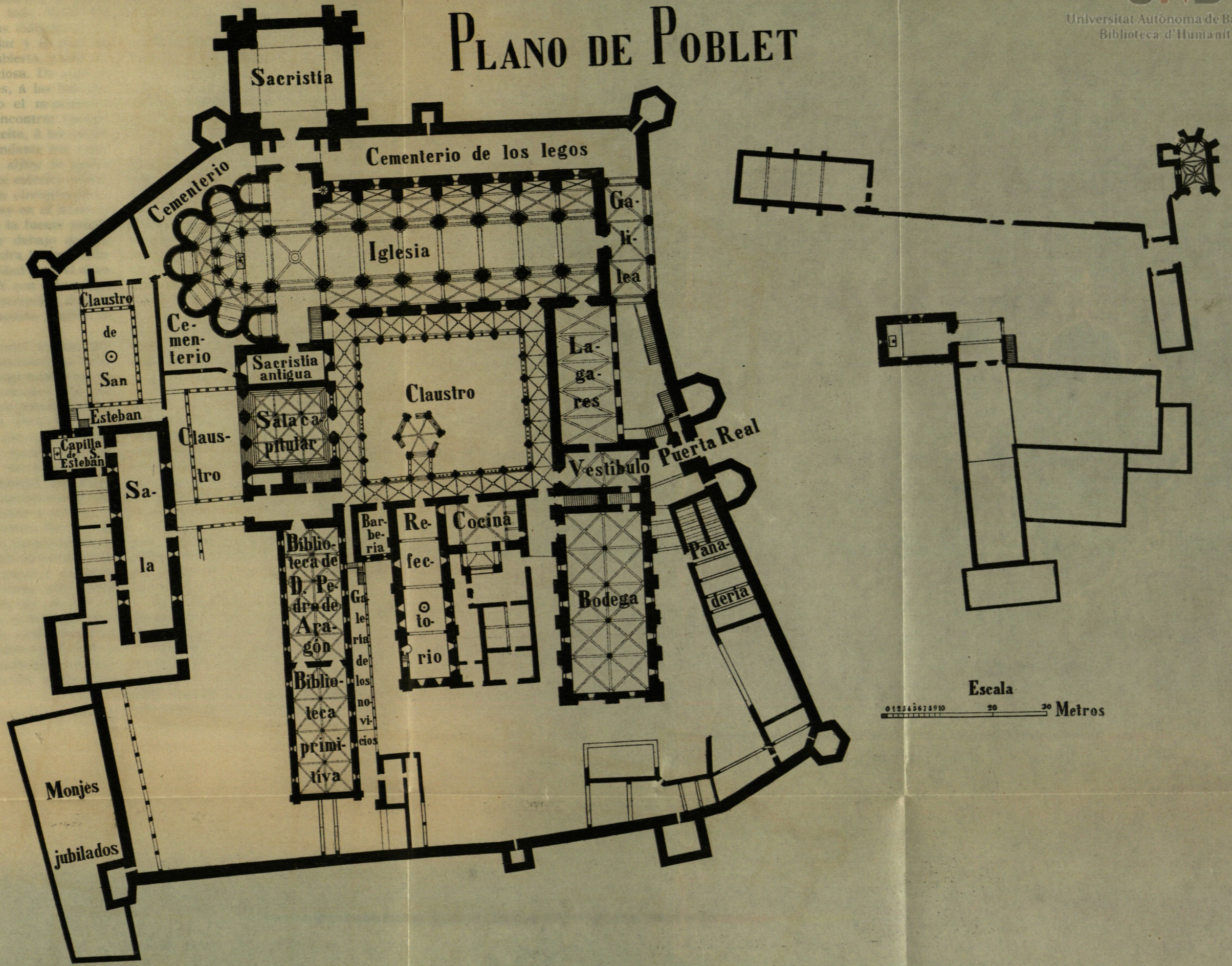
Además del claustro mayor, ya descrito, tenía Poblet el de San Esteban, románico primitivamente, transformado en parte después; la antiquísima capilla dedicada á este mismo Santo; y mil otros edificios, relativamente modernos, situados en la clausura monacal, ó tercer recinto, por habitar en ellos monjes, bien que jubilados. Y entre este último recinto y el exterior quedaban en el lado de

(1) Relación de D. Onofre Lafita, monacillo que fué del monasterio, según apunté arriba.

(2) D. Eduardo Toda. Obra citada, págs. 66 y 67.

(3) D. José María de Eguren. *Memoria descriptiva de los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos de España*. Madrid, 1859.

PLANO DE POBLET



Mediodía diversos huertos, «y la viña que por aquella parte linda con la muralla exterior; y por el lado Norte las caballerizas, y algo más distante el corral del ganado, el pajar y el pozo de nieve, todo debajo de cubierta, y una era enladrillada muy espaciosa. De aquí se baja, continúa Finestres, á las huertas, que circuyen casi todo el monasterio, dando la vuelta hasta encontrar los molinos de harina y de aceite, á los cuales va conducida agua abundante por canales de piedra desde un aljibe de piedra de sillería perfectamente esférico (*circu-lar será*) de 94 varas de circunferencia. Otros aljibes y pozos hay en el huerto y demás oficinas fuera de la fuente principal, que conducen por debajo de una bóveda y canales de piedra la agua saludable y de la mejor calidad para el abasto del monasterio» (1). Y con esto pongo fin á la ya enojosa descripción de este con motivo llamado pequeño pueblo, en catalán *poblet*.

Si tan suntuoso se mostró en sus edificios el monasterio populetano, no había de aparecer menos su esplendidez en los utensilios y objetos destinados al divino culto. De ella nos da aproximada idea el ya tantas veces citado libro del señor Toda, en los párrafos que aquí le voy á traducir. Mas antes conviene que me defienda del cargo de perezoso y poco amigo de la ajena propiedad, que algún caviloso lector pudiera asestarme al reparar en las frecuentes copias y traducciones en este capítulo insertas. No, no vulnero los derechos ajenos, pues con solícito cuidado entrecomo cuanto de otros transcribo; é indicando el autor y su libro, mejor que hurtar, proclamo más y más su propiedad y el mérito del párrafo escogido. Y por otro lado, si investigadores constantes y pacientes, cual Finestres, Villanueva y Toda, dieron ya al público el recuento de las preciosidades monacales ¿qué causa puede ser parte para

obligarme á la repetición de su labor? Mi celo por la verdad queda justificado con la conveniente aplicación de enmiendas á las equivocaciones de tales narradores y suplementos en los inevitables vacíos. Además, cobra mayor fuerza la acusación fiscal, que con innegables hechos vengo tejiendo contra la Revolución, si los testimonios que aduzco y los datos que presento proceden, como las voces de Toda y Balaguer, del campo liberal.

Oigamos, pues, al primero, quien bebiendo principalmente, como él mismo lo indica, en el rico manantial de Finestres, se explica así: «Las riquezas que las dos sacristías encerraban son hoy incalculables. Desde los primeros tiempos de la fundación del monasterio las aumentó en modo considerable la devoción de reyes y señores, y además el monasterio hizo compras importantísimas con el sobrante de sus rentas. Los reyes eran por de contado los más liberales donadores de Poblet, de lo que tenemos ciertamente buena prueba en D. Alfonso II, quien llegó á legarle su corona real.

»También los demás reyes de Aragón y de España acompañaron las concesiones de señoríos y privilegios, otorgados á Poblet, con dádivas de joyas, tapices y efectos del culto, sin contar el dinero que en vida allí dejaron, ó al morir le legaron por testamento, ó mandato á sus ejecutores testamentarios. Al efecto podemos citar algunas de las ofrendas reales.

»Don Jaime I de Mallorca en 1341 regaló á Poblet buena suma de dinero, cuarenta cirios grandes y una púrpura muy rica, conocida bajo el nombre de dalmática del rey Jaime.

»En 1384 la infanta Juana, Condesa de Ampurias é hija del rey Don Pedro IV, regaló una cruz de plata.

»En 1468 la reina Juana, segunda consorte de Don Juan II, donó á Poblet unos riquísimos ornamentos de brocado carmesí, consistentes en casullas, dalmáticas, capas pluviales, frontales, &

»En 1516 Don Fernando el Católico re-

(1) Finestres. Libro I. Disertación 22. § 2, n.º 9, ó sea: tomo I, página 265.

galó unos ornamentos de brocado encarnado y otros de damasco blanco.

»Finalmente en 1522 el infante Enrique de Aragón donó cuatro grandes tapices con las historias del Credo y de los Profetas.»

En la sacristía de Vimbodí, donde aun hoy existen algunos de los mentados indumentos, puede admirarse la riqueza, exquisito gusto y valor histórico y arqueológico de tan suntuosos objetos (1).

«Seguían la conducta de los reyes todos los miembros de las Familias Reales, los nobles y señores, mereciendo citarse como el primero y más generoso entre ellos á Don Pedro de Aragón. Hablemos de él un momento ya que su nombre será escrito aquí más de una vez. El duque de Cardona Don Pedro Antonio de Aragón, hijo del Duque Don Enrique y de Doña Catalina de Aragón, fué General de caballería de los ejércitos de Felipe IV, embajador cerca los papas Alejandro VII y Clemente X, tutor del príncipe Don Baltasar de Austria, virey y capitán general del reino de Nápoles, presidente de las Cortes de Aragón y del Consejo de Estado y Guerra, presidente del Consejo Superior de Aragón, capitán general de artillería de España, capitán de la guardia alemana, capitán de una compañía de guardias antiguas, gentilhombre de cámara, caballero y clavero mayor del Orden de Alcántara, y grande de España.

»El amor y el cariño que Don Pedro de Aragón profesaba á sus reales ascendientes, enterrados en los panteones de Poblet, hicieron de él uno de los más espléndidos, si no el más espléndido, protector del monasterio. Aumentó las propiedades de él con nuevos campos y privilegios; para la biblioteca donó una de las mejores colecciones de libros de la época; en la iglesia amontonó las reliquias de Santos; para los panteones envió tumbas, y reyes y reinas para enterrarlos en ellas;

y en la sacristía, finalmente, mostró tal liberalidad que no fué igualada por ningún rey.

»Otros señores de la nobleza catalana y aragonesa contribuyeron también á dotar el monasterio de cuantas riquezas producía el arte religioso de la Edad media, haciendo así de las dos sacristías un museo, que difícilmente tenía rival en ninguna iglesia. Y tal llegó á ser la cantidad de objetos que allí debían guardarse, que faltó espacio en las dos sacristías, no bastando á contenerlos los anchos armarios y cómodas que cubrían sus vastas paredes; y para suplir su falta se habilitaron otros numerosos armarios en el dormitorio de los novicios.

»Sería poco menos que imposible hacer una lista completa de todas estas riquezas, ya que falta el recuerdo de muchas de ellas. El cronista de Poblet, en su disertación XXII, lib. I, describe algunas existentes, que bastan para dar idea del inmenso valor que todas tendrían. Allí se guardaban numerosos cortinajes del altar y de la sacristía, unos de grana con variedad de bordados, otros de seda con figuras representando escenas y misterios del Antiguo y Nuevo Testamento, con el escudo de armas de los respectivos donadores, que los retiraron de las salas de sus palacios, cuyas paredes vestían, para hacer de ellos ofrenda al monasterio.

»Las alfombras para cubrir el presbiterio, la capilla real... y el coro eran tan ricas como numerosas. Restos de ellas se guardan todavía en la iglesia de la Espluga de Francolí.

»Grande era también la cantidad de frontales, capas pluviales, casullas, dalmáticas, gremiales, estrados, mitras, paños de difuntos y cenefas de púlpito que existían en Poblet para las misas pontificales y otras funciones de iglesia; todos hechos de brocados, espolines de oro, terciopelos, felpas, lastras, rasos de flores, sedas y otras preciosas telas; además bordados con gran riqueza. Uno de los servicios de más valor fué el que se empleaba en los oficios de funerales, rega

(1) Lo entrecorado es del Sr. Toda. Las últimas líneas las escribo en vista de las noticias que se leen en las *Memorias de la Associació catalanista*. Tomo VIII, pág. 32. Y luego sigue otra vez Toda.

lado por Don Pedro de Aragón: el terno era negro, con bordados de oro de gran relieve, y constaba de ocho capas, tres casullas, dos dalmáticas, cuatro estolas, seis manípulos, tres estolas anchas, una almohada, un paño de hombros de tela de oro con una gran cruz bordada en el centro, un gremial, un frontal, una bolsa de corporales y velo del cáliz, un frontal grande para el altar mayor; y junto con él iba un juego de ébano y bronce dorado, consistente en doce candeleros grandes y seis pequeños, un crucifijo de bronce con cruz portátil, dos ciriales para la procesión, dos facistoles grandes y dos pequeños, seis cetros, una silla con asiento de tela de oro y cuatro taburetes» (1); «todo de ébano y remates de bronce dorado: un paño para el púlpito asimismo de tela de oro, y otro paño para el túmulo, de terciopelo negro, de 34 palmos de largo y 24 de ancho, bordado todo de oro con gran relieve, y en medio un escudo muy grande de las armas de la Excma. casa de Segorbe y Cardona» (2). Célebre paño del que en su lugar hablaré al relatar la destrucción de tanta belleza. Quien en 1856 lo vió en Tarragona, escribe de él: «es una cosa suntuosa cual ahora no la tiene tal vez igual la casa de nuestros Reyes... pesa cinco quintales (208 kilogr.), y el oro de los bordados que figuran, entre varios adornos, la corona real y las armas de Aragón, rodeadas de banderas, vale algunos miles de duros» (3).

El mismo escritor decía de otro paño de Poblet, que vió también en Tarragona, que «es obra de un mérito y riqueza extraordinarios, y que sólo puede compararse con el admirable paño mortuario» (4).

(1) Obra citada, págs. de 67 á 71.—Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22. § 4, n.ºs 6, 7, 8, 9 y 10, ó sea: tomo I, págs. de 278 á 281.

(2) Finestres. Libro I. Disertación 22 § 4, n.º 8, ó sea: tomo I, pág. 279.

(3) *Diario de Barcelona* del día 8 de octubre de 1856, pág. 8203.

(4) *Diario de Barcelona* del día 9 de octubre de 1856, pág. 8234.

«El oro empleado en los vasos sagrados, cálices, coronas y custodias no tenía precio, siendo también mucha la plata de los adornos del altar, imágenes de Santos, relicarios, candeleros y candelabros. Ricas y numerosas eran las piedras preciosas, como esmeraldas, zafiros, turquesas, brillantes y diamantes, engastadas en aquellas joyas, cuya enumeración llenaría un libro. Citaremos los más notables.

»Cuatro imágenes de plata de San Pedro, San Pablo, San Andrés y San Juan: una imagen del Salvador rodeada de serafines; otra de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, y una cruz de oro con el *lignum crucis*, regalo del infante Enrique de Aragón, Duque de Segorbe y Conde de Ampurias.

»Una urna de plata guarnecida de coral: una custodia de plata con pie y ramos de oro: un frontal del altar mayor hecho de lapizlázuli, ágatas y jaspes finos y guarnecidos de plata y bronce: ocho candeleros grandes de plata: seis medianos de igual metal: un oratorio formado por una roca de plata rematada en una cruz, la cual peña encerraba un paño de la Verónica: una custodia de oro, obra riquísima, con el pie sembrado de piedras preciosas, y cuyo viril solamente tenía más de 1.200 diamantes, no bajando de 12.000 los que había en toda la joya: trece relicarios de oro, plata y bronce y más de 150 urnas de ébano con cerradura, clavos y bisagras de bronce y plata, que encerraban reliquias de santos. Tan espléndidos regalos eran sólo una parte de los que hizo al monasterio Don Pedro de Aragón.

»Además, procedentes de otros donadores, ó compradas por la Comunidad, poseía Poblet las siguientes joyas:» (5). No, no seguirá la lista de tales objetos, aunque ricos y notables, pues no quiero fatigar ya más con tan prolija relación la

(5) D. Eduardo Toda. Obra citada, págs. 72 y 73.—Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 22. § 4, n.º 9, ó sea: tomo I, pág. 280.

atención del lector; baste sólo apuntar que enumera el autor citado báculos y pectorales, y anillos y cálices, y jarros é imágenes y otras mil joyas, las que formaron sólo parte del tesoro religioso de Poblet, ya que entre ellas no cuento los ornamentos, adornos y vasos sagrados del uso diario del altar; que no debieron de ser pocos, atendido el gran número de sacerdotes que poblaban aquel claustro. Sin embargo, permítaseme decir que yo mismo he visto de Poblet un hermosísimo cáliz del siglo xiv, ó principios del xv, de exquisitas líneas y esmaltes. En honor á la verdad debo advertir que el furor neopagano destruyó por mano del abad Rosell en el siglo xvii algunas de las imágenes de metal, que por antiguas pararon en el crisol (1), así como las vicisitudes de los tiempos por curso natural acabaron con otras alhajas.

Y además de las alhajas del culto poseyó Poblet espléndidos servicios para mesas que, como la del Abad, admitían no rara vez personajes de la misma casa real. He leído en un libro moderno que el célebre artista José Flaugier pintó para Poblet dos hermosos lienzos, de los que uno representaba la muerte de San Bernardo y el otro á la Virgen de la Misericordia (2). Todo allí brillaba por la magnificencia. Un detalle vale á las veces para una prueba más que una larga disertación; y este detalle nos lo presta la visita que al monasterio hicieron en 1834 los renombrados profesores de Bellas Artes, padre é hijo, D. Pablo y D. Luis Rigalt, y de boca del último lo oí. Gran impresión causó á tan finos amadores de la belleza artística la de Poblet, y en modo especial la biblioteca. D. Pablo, movido de su entusiasmo, quiso tomar apuntes para luego trasladar sus líneas al papel, pero hallóse sin recado de dibujar. Acudieron inmediatamente los monjes, presentándole un precioso estuche de

matemáticas de plata, provisto de lápices, papeles, compases, colores y cuanto se podía desear (3). Otros preciosos despojos de los muebles de Poblet, que después de su saqueo andan corriendo de acá para allá, y de los que haré mención en otro libro en el correspondiente artículo de este monasterio, narrada la catástrofe del 1835, prueban esta misma riqueza, gusto y magnificencia.

Viniendo á otros tesoros, más que los dichos apreciados por la cristiana piedad, las reliquias, oigamos á Finestres, quien califica de innumerables «los preciosísimos relicarios de oro, plata y ébano, que ocultan inmortales cenizas de diversos Santos, y en que se adoran hasta divinas prendas de Jesucristo y de su Santísima Madre, recopilado en breves urnas de lo más sagrado de los instrumentos de su pasión, vestidos y pasajes, que con su presencia, contacto y singulares obras nos dejaron en este mundo. Los Patriarcas antiguos, los santos Apóstoles y Evangelistas, el Precursor Bautista, los Discipulos de Cristo, los Fundadores de las religiones, los Doctores de la Iglesia, Mártires, Vírgenes y Penitentes, todos tienen aquí algunas de sus reliquias; y muchas de ellas son tan insignes, que solas bastarían á llenar la devoción. En ellas se venera el cuerpo entero de la gloriosa Virgen y Mártir Santa Colombina, y en su compañía sesenta y seis cuerpos enteros de Santos y Santas Mártires, cada uno en su propia urna separado de los otros, esto es, la cabeza, canillas y demás huesos principales de el cuerpo, junto á los cuales está la auténtica ó certificado: grandeza que fuera de Roma no sería fácil se encuentre en otra iglesia» (4).

Además de estas, de valor religioso autentificado, otra de gran precio histórico guardaba la sacristía, un brazo de Carlos de Viana, por quien tanto lucharon y su-

(1) D. Eduardo Toda. Obra citada, pág. 74.

(2) D. Antonio Elías de Molins. *Diccionario de escritores y artistas catalanes. Barcelona. 1889.* Tomo I, página 605.

(3) Me lo contó, entre mil ponderaciones de la hermosura de Poblet, D. Luis Rigalt y Farriols, en Barcelona á 23 de enero de 1883.

(4) Libro I. Disertación 22. § 4, n.º 10, ó sea: tomo I, página 280.

frieron los catalanes en tiempo del padre de él, Don Juan II. Custodiábase cuidadosamente allí en caja de plata, y ésta en precioso armario, desde donde no sin religioso respeto se mostraba á los visitantes (1). El cuerpo entero del infortunado príncipe, muerto en 1461, estuvo depositado en el presbiterio de la Catedral de Barcelona hasta 1472, año en que «de orden del rey, su padre, dice Finestres, lo trajo á Poblet el abad Don Miguel Delgado, y conserva hoy (1750) una admirable integridad: y viendo un legado apostólico el don de curación, que Dios le está continuando, dió licencia, año 1542, para separar de el cuerpo un brazo, que se guarda con veneración en la sacristía del monasterio» (2).

Con vivo interés acudían también los visitantes á honrar los despojos mortales del Vble. Fr. Pedro Marginet, de gran valor para el monasterio, ya que en el siglo xv perteneció Marginet á la Comunidad, que lo poblaba. Las crónicas de Poblet le pintan primero como monje edificante; después enamorado de una mujer abandonando el claustro, y junto con Fr. Anselmo Turmeda, célebre franciscano de Montblanch y confesor de aquélla, entregándose á la vida de bandolero; más tarde, profundamente arrepentido y reconciliado con el claustro, llevando vida extraordinariamente penitente y aun eremítica, y obrando numerosísimos y estupendos milagros, y finalmente expirando venerado por toda la comarca como santo, y aun haciendo prodigios desde su osario. Descansaba en un sepulcro cubierto con un magnífico damasco rojo en un nicho del lado de la Epístola en la capilla de San Salvador (3).

Innumerables fueron las posesiones, señoríos, derechos y títulos de Poblet. Gozó de jurisdicción sobre siete baronías de nombre el Abadiato, Prenafeta, Las Garri-

gas, Segarra, Urgel y Algerri, en el Principado de Cataluña, y Quarte y Aldaya en el reino de Valencia, todas las cuales rendían al monasterio las décimas de sus frutos y otros derechos, y le reconocían por señor, confirmadas tales prerrogativas por decretos reales y bulas apostólicas (4). Comprendía este señorío más de sesenta pueblos ó términos, cultivados los más, incultos otros, cuya numeración teje detenidamente en lugar propio el cronista de Poblet (5). Gozaba también el abadiato de Poblet de los derechos señoriales sobre Vimbodí, Terrés, Senant, Montblanquet, Fullela, Vinaixa, Omellons, Pobla de Cerboles, Velusell y Valclara (6), siendo además atribución del monasterio el nombramiento del Alcalde del término del mismo cenobio (7). Sin embargo, como indiqué en un capítulo anterior, los derechos señoriales fueron abolidos por el decreto de Cortes de 3 de mayo de 1823, y de consiguiente en sus tiempos postreros debió carecer de ellos el cenobio.

Disfrutaba éste patronato sobre muchas iglesias parroquiales y beneficios en diversos pueblos del Principado (8).

1.º Constituía propiedad del monasterio el priorato de San Vicente mártir, extramuros de Valencia.

2.º El de Nazaret de Barcelona; el cual, antes de 1670, año en que se vendió á las monjas de Valldoncella (9), se componía de tierra, casa con claustros y capilla, y se hallaba situado junto á la

(4) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, n.º 14, ó sea: tomo I, pág. 340.

(5) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, n.ºs 14 á 21, ó sea: tomo I, págs. 341 y 342.—El monacillo D. Onofre Lafita, me dijo que estos señoríos y diezmos abarcaban 63 pueblos; y el viejo empleado D. Miguel Boltó, que se extendían á sesenta y tantos. Lo habrían oído mil veces de los monjes.

(6) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, n.º 15, ó sea: tomo I, pág. 341.

(7) Me lo explicaron los nombrados dependientes del monasterio.

(8) Finestres. Obra citada. Libro I. Disertación 23, n.ºs 22, 23 y 24, ó sea: tomo I, pág. 342. Y, además, libro I. Disertación 22. § 1, n.º 13, ó sea: tomo I, pág. 259.

(9) Escritura otorgada ante el notario de Barcelona, D. Ramón Vilana Perla, en 17 de septiembre de 1670.

(1) Relación del monacillo D. Onofre Lafita, ya citada.

(2) Libro I. Disertación 22. § 5, n.º 21, ó sea: tomo I, página 292.

(3) D. Víctor Balaguer. Obra citada, pág. 170 y siguientes.

muralla, en la calle de Valldoncella, y por lo mismo en el punto ocupado hoy por dichas monjas. Después de aquella fecha el priorato-procura de Poblet estaba en la Rambla de San José, á la que daba su frente entre la llamada Virreina y la iglesia de aquel santo, en el lugar que hoy ocupa el número 27, bien que atrasada ó retirada su fachada próximamente á la línea de la dicha Virreina (1).

3.º El de la Virgen del Tallat, situado á vista del cenobio en un pico distante de él obra de dos leguas, en el término de Montblanquet. Formábanlo un grandioso edificio, con capilla y patio, de hermosísimas líneas ojivales del siglo xv (2) y las posesiones siguientes: 82 jornales de tierra de pan llevar y 293 de bosque, sitios

(1) Así se desprende de un plano de la Rambla, del siglo xviii, que tengo á la vista. Anuncio de la subasta por el Estado en el *Diario de Barcelona* del martes 6 de febrero de 1821.

(2) Para no sobrecargar el texto con tantas descripciones arquitectónicas, traduzco aquí por vía de nota la del Tallat que se lee en *L'Excursionista*. Volumen I, ó sea: de 1878 á 1881, pág. 137, advirtiendo antes que la *Associació catalanista d'excursions científicas* publicó en 1879 una preciosa fototipia del patio del Tallat. La nota dice así: «en Tallat, distante de Vallbona unas tres horas con pésimo camino. El Tallat, alta montaña que domina las distintas comarcas del Urgel y la Conca de Barberá, tiene en su cumbre notables ruinas, restos del Priorato de Nuestra Señora del Tallat... Lo más importante de estos monumentales despojos, es un ancho patio cuadrado, ornado de bellísimos ventanales de preciosos frisos y ricos é historiados capiteles esculpturados; una grande y bella puerta con robustos pilares ostentando elegantes capiteles con minuciosas alegorías; y en una de sus alas una preciosísima é incomparable galería—que amenaza desplomarse—que es verdadera obra de arte, y que por sí sola vale la pena de la excursión. La forman siete esbeltos arcos sostenidos por finas columnitas en haz, rematadas por corpulentos capiteles, magnífica y pulcramente trabajados en lo historiado de sus dibujos que representan distintos pasajes. No menos elegantes son las bases de las columnitas y pulcras las figuras alegóricas que se destacan en la unión de las ojivas. Es muy notable también en el extremo de la galería una puerta de estilo gótico flamígero con figuras policromadas. Mas ¡en qué estado de abandono! ¿Qué hace la comisión de monumentos de la provincia á que pertenece? Sabemos que su propietario está dispuesto á desprenderse de él por un ínfimo precio. Otros apreciables detalles incluyen á más de los expresados aquellas grandiosas ruinas, tanto en los restos de la iglesia como en el ala exterior NO. del edificio, que presenta con su notable extensión y sus múltiples ventanales, bonito golpe de vista.»

En los comienzos del siglo xx ha comprado la citada preciosa galería un conocidísimo editor de Barcelona para trasladarla sin duda á alguna quinta suya.

todos en Montblanquet, y 10 jornales más en el término de Rocallaura (3).

4.º En Castellserá poseía el cenobio de Poblet una casa conocida por el *Castell*, un almacén, varias oficinas agrícolas y ocho piezas de tierra, cuya extensión total se extendía á 100 jornales (4).

5.º En Verdú tenía una casa de igual nombre de la anterior con molino aceitero y dependencias y alguna tierra (5).

6.º En el término rural de Tarasó otra grande casa con doce piezas de tierra de extensión total de 396 jornales (6).

7.º En Anglesola una heredad de nombre *Las Casas*, compuesta de vivienda, capilla, dependencias agrícolas, ocho piezas de tierra de regadío de extensión por junto de 174 jornales, y dos de secano de tenida de 55 (7).

(3) Suplemento de la *Gaceta de Madrid* del 18 de enero de 1822, pág. 107. Es el anuncio de la subasta por el Estado.

(4) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del lunes 16 de julio de 1821, página 1388. Venta en el mismo diario del 23 de Mayo de 1822, pág. 1366. La casa *Castell* estaba situada en la calle del *Pou*. Las piezas de tierra de Castellserá eran las siguientes: Una de un jornal (la venta dice 9), 9 porcas sita en la partida de *la Sal*: otra de panllevar de 14 jornales en la partida de *Les pernades*: otra de 6 jornales en la partida del *Pit*: otra de 11 jornales y 4 porcas en la partida de *Les Comes*: otra con olivos, de 17 jornales, en la partida de *Les Serretes*: otra de 5 jornales, en la partida de *Les Feixetes*: otra de olivos, de 7 jornales, llamada *Lo Planell*: otra de 38 jornales, llamada *Lo Tros Gran*: cuatro silos en la calle del *Pou*: seis silos sitos en el silar común del mismo lugar: y un almacén de granos en la dicha calle del *Pou*.

(5) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del 16 de julio de 1821, pág. 1388.

(6) He aquí el pormenor de estas tierras: Una pieza yerma de 120 jornales: otra de 72 jornales, situada en la partida del *Veguer*: otra de 60 jornales: otra de 50 jornales: otra de 8 jornales: otra de 50 jornales, dicha *La Coma*: otra de 5 jornales, llamada del *Regué*: otra plantada de olivos, de 9 jornales: otra de 6 jornales: otra de 2 jornales: otra de 4 jornales: y otra de 10 jornales.—Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del 16 de julio de 1821, pág. 1388.

(7) Reseña del pormenor: Un huerto: una pieza de tierra campa de regadío de 80 jornales, 8 porcas, compuesta de diferentes piezas conocidas por el *Tros de la Sinia*, *Puntal Gran*, *La Sort de la Gaberera* y la *Sisca*: otra pieza campa de regadío, llamada *lo Tros Gran*, de 18 jornales, 1 porca: otra campa de regadío, llamada *lo Tros dels camins*, de 15 jornales, 3 porcas: otra pieza campa de regadío de 17 jornales, 4 porcas: otra pieza campa de regadío llamada *Tros de la Seana*, de 25 jornales: otra pieza de regadío llamada *Tros de la Creu*, de 11 jornales; 4 porcas: otra pieza campa de regadío llamada *Fondo de la Majordona*, de 7 jornales: otra pieza de regadío, de 1

8.º En el término de Almenara baja cinco piezas de tierra, de cabida por junto de 176 jornales con 200 más de yermo (1).

9.º En el lugar de la Juliola tenía el monasterio una casa (2); en el de la Pobra de Siervoles, calle Mayor, otra; en Vinaixa, y calle del *Forn*, una tercera, bien que medio arruinada; en la calle Mayor de Vilosell una cuarta; una quinta casa en la calle de la Iglesia del pueblo de Terrés (3); una sexta en la calle mayor de Vimbodí (4); en el lugar de Alcolgul un molino harinero con 3 jornales de tierra, y en el mismo término otro aceitero (5); y en Reus otra casa (6).

10.º En el término de la villa de Algerri el monasterio poseía una casa situada en la calle *Mayor*, una era y pajar, un corral con su patio y veinticuatro piezas de tierra, que por junto sumaban 420 jornales, 10 porcas, de extensión (7).

jornal, 3 porcas: otra pieza de secano, de nombre *lo Cascall*, de 39 jornales, 10 porcas: dos piezas de tierra contiguas formando una sola plantada de viña con algunos olivos y almendros, de 16 jornales, 10 porcas.—Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del 11 de septiembre de 1821, págs. 1849 y 1850.

(1) Sigue la reseña del pormenor.—Una pieza de tierra campa de unos 50 jornales: otra de 75 jornales: otra, sita en la partida del *Camí de la Guardià*, de 22 jornales: otra situada en la partida del *Barranch*, de 24 jornales; otra en la partida del *Regué*, de 5 jornales; y todos los yermos del término de Almenara, de unos 200 jornales.—Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del 11 de septiembre de 1821, págs. 1849 y 1850.

(2) Anuncio de la subasta, inserto en el *Diario de Barcelona* del 16 de julio de 1821, pág. 1388.

(3) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del 16 de julio de 1821, pág. 1388.

(4) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 25 de mayo de 1821, pág. 770.

(5) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 18 de enero de 1822, pág. 107.

(6) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en la *Gaceta del Gobierno*, del 13 de marzo de 1821, pág. 337.

(7) He aquí la reseña de estas piezas de tierra. Una pieza, llamada *Tros de la Sort dels Segadós*, de 7 jornales: otra llamada *Tros de la Pasa*, de 6 jornales: otra de nombre *Tros del Sol*, de 3 porcas y media: otra, *Tros del Coll de Cabrera*, de 13 jornales: otra, *La Colomina*, de 17 jornales: otra, *Tros Gran*, de 125 jornales: otra, *Les Corretes*, de 17 jornales: otra, *Tros de la Mora*, de 2 jornales: otra, *Ravinals*, de 2 jornales y 6 porcas: otra, del mismo nombre, de 2 jornales: otra, apellidada *Tros del Facó*, de 22 jornales: otra, nombrada *Sort llarga*, de 45

11.º Además de estas propiedades poseía el monasterio las unidas y cercanas al edificio monacal, tales que podían inspirar envidia á los patrimonios más ricos y extensos de Cataluña. Componíanse de inmensos territorios, cuya extensión contaba más de dos horas de andadura, ocupada por el bosque, las cinco granjas llamadas *Mitjana*, *Riudeabella*, *Milmanda*, *Castellfullit* y la *Pena*, y las preciosas y fertilísimas piezas colindantes con las paredes mismas del cenobio, de nombre *Tros gran*, *Vinya closa*, *Genovés* y otras. Al primero dedica Toda las siguientes muy poéticas y no por esto menos verdaderas palabras, que á continuación traduzco al castellano: «¡Cuán extenso debió de ser! Desde los montes de Montblanch á las crestas de Rojals, desde los picos de Prades á Montagudell, formaba un arco gigantesco, torciéndose sobre el río Milans como doblado por una mano de hierro para guardar aquel llano fértil y rico, florido por los almendros de primavera, dorado por las viñas del otoño.

»Tode allí era grande, la frondosidad de la tierra, la riqueza de sus entrañas, las fuentes puras y cristalinas, que aun hoy quejumbrosas bajan llorando la destrucción del bosque. En sus cuevas la fiera loba guardaba el nido de sus amores salvajes; los jabalíes trotaban en manadas por los límites de la llanura, y las águilas colgaban del pico más alto su tierna descendencia.

»En el bosque desplegó naturaleza toda su fuerza y toda su gallardía. Al delgado álamo de blanca copa juntábanse las obscuras encinas y los corpulentos robles; el grueso tejo abría las peñas con sus

jornales: otra, *Pla de Santa Magdalena*, de 60 jornales: otra, *Tros dels Colls*, de 15 jornales: otra, *Cuadro net*, de 4 jornales: otra, *Tros dels Corrals*, de 15 jornales: otra, *Ravinals*, de 10 porcas: otra, *Sortetas*, de 6 jornales: otra, *Camí de la Figuera*, de 3 jornales: otra, *Tros de la Marrada*, de 20 jornales: otra, *Tros de les Veises*, de 10 jornales: otra, *Tros de la Cunida*, de 12 jornales: otra, *Tros de la Pedrera*, de 16 jornales: y un huerto cercado de tapia, de 3 porcas y media.—Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 10 de julio de 1821, pág. 1067.

duros troncos que ni el rayo logra rajar. Al pie de los árboles mil plantas aromáticas, la retama, el tomillo, extendían como ricas alfombras sus variadas flores, y todo el bosque era sólo un inmenso ramo ofrecido» (1) por la próspera naturaleza á su largo Criador.

12.º Milmanda, castillo feudal, con tierras que le circuyen, descúbrese desde Poblet sobre un altillo del fondo del valle, á dos kilómetros al Noroeste, entre fértiles viñas y lozanía. Su erección data de los primeros días en que los cristianos arrancaron de los moros aquella tierra, colocado allí en defensa de la frontera, pues á mediados del siglo XII levantaba ya al cielo sus torres y almenas. El monasterio, á principios del XIV, lo convirtió en fortaleza formidable, según la usanza de aquella edad; mas en los del XVIII, derribadas las antiguas y ruinosas habitaciones, construyéronse otras de tal guisa que tornaron el edificio en lugar de recreo para los superiores, no sin que á pesar de esto quedasen en pie partes de las construcciones góticas y vestigios de la fortificación, mejor caída al impulso del tiempo que del pico (2). Las tierras de esta heredad suman unos 92 jornales (3).

13.º Más que la anterior inclinada al Poniente, y asentada sobre un alto, que por dominar todo el valle goza deleitosas vistas, aparece *Riudeabella*, desahogada quinta, dedicada al Niño Jesús en la adoración de los Reyes, y á la que un día se quiso convertir en colegio de estudios para los monjes del monasterio señor. Perteneían á esta quinta un manantial de aguas y muy dilatadas tierras, pues la desamortización de 1822 en los anuncios de subasta la gradúa de *gran heredad*; pero cuya extensión ó cabida en jornales no pude apear á causa del em-

brollo y modo confuso de dichos anuncios (4).

14.º En dirección media entre Poniente y Sur hallábase la *Castellfolit*, que reconocía por titular á la Virgen de los Desamparados, y se componía de la casa y 150 jornales de tierra (5).

15.º Al Ocaso del monasterio encontrábase la antigua Lardeta, después *Granja mitxana*, cuya casa no distaba de aquél un kilómetro y estaba formada de esta casa y 320 jornales de tierra (6).

16.º A Mediodía, en lo alto de la sierra á cuyo pie yace Poblet, y después de una hora de fatiga, «se encuentra una granja, llamada *la Pena*, paraje muy sano, abundante de aguas, y deliciosa vista, dedicada á la gloriosa santa Magdalena, á quien imitó en la penitencia el V. P. Fray Pedro Marginet, en una cueva distante cosa de medio cuarto de la casa, donde retirado aquel penitente monje, ejercitaba la mayor perfección. Consérvase hoy día (1753) la cueva, y se tiene en mucha veneración por la vida prodigiosa del que la habitó en su tiempo. La granja es tan capaz, que por el mes de julio la habitan más de catorce monjes, que tantos suben á recreación los quince días primeros, y otros tantos los quince días postreros» (7). Tenía capilla, pozo de hielo y demás dependencias, y además 524 jornales de tierra en su mayor parte poblada de bosque (8).

17.º En el mismo término de Poblet poseía el monasterio la pieza de tierra llamada *Olivar gran y Avellanar* (9) de

(4) *Diario de Barcelona* del 11 y 15 de enero de 1822, pág. 95 del primero y 131 del segundo.

(5) *Diario de Barcelona* del jueves 10 de enero de 1822, pág. 88.

(6) Anuncio de la subasta por el Estado inserto en el *Diario de Barcelona* del domingo 13 de enero de 1822, págs. 114 y 115. Algunos de los datos de estas tres últimas granjas me los da Finestres. Obra citada. Libro 1. Discreción 22, § 1, ó sea tomo I, pág. 251 y vig.

(7) Finestres. Obra citada. Libro 1. Discreción 22. § 1. n.º 3, ó sea tomo I, pág. 253.

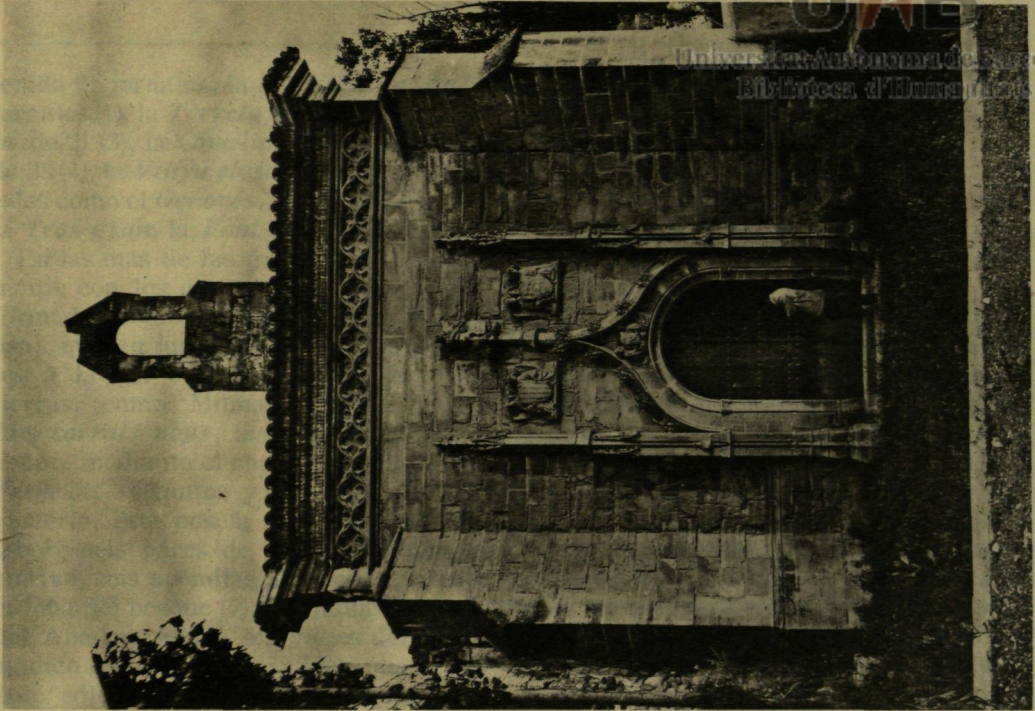
(8) Anuncio de la subasta inserto en el *Diario de Barcelona* del martes 15 de enero de 1822, págs. 130 y 131.

(9) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del jueves 10 de enero de 1822, página 87.

(1) Obra citada, pág. 21.

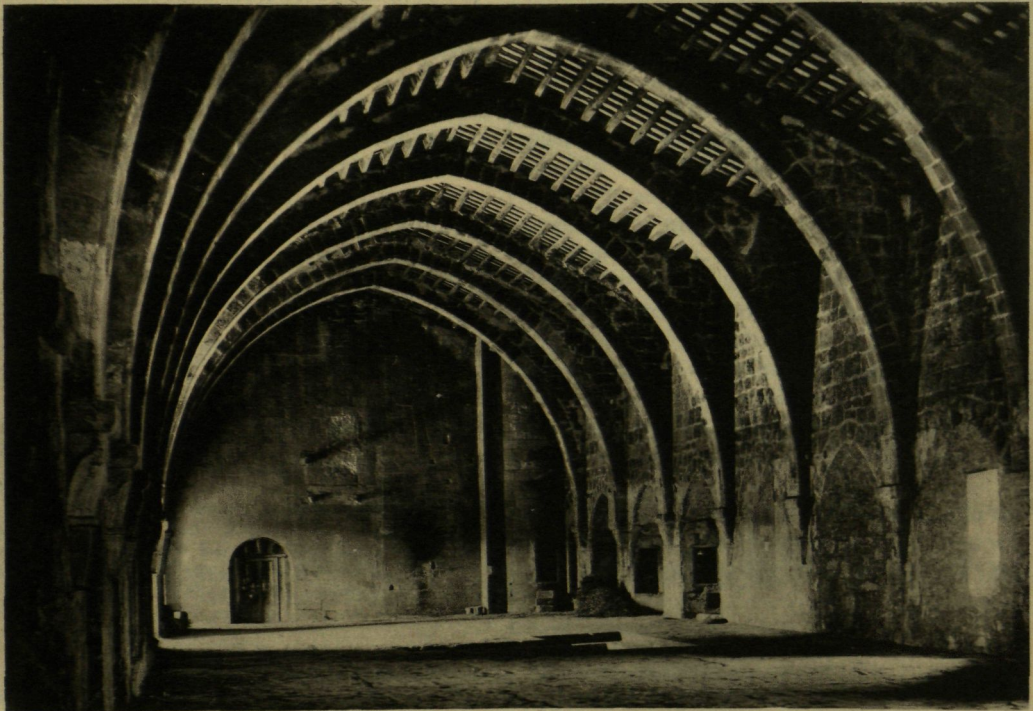
(2) Diferentes autores y excursionistas. *Memorias de la Associació catalanista*. Tomo VIII, págs. 42 y 43.

(3) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del sábado 12 de enero de 1822, páginas 106 y 107.



CAPILLA DE SAN JORGE, DE POBLET. — 1894

(Fotografía del autor).



SANTAS CREUS. — DORMITORIO. — 1892

(Fotografía de D. Francisco Brunet).

tenida 91 jornales, la *Bernardina*, de 11 jornales (1), la *Torreta*, de 50 (2), la *Creueta*, de 21 (3), la *Comellaret de la Torreta*, de 33 (4), la *Vinya closa*, de 60 (5), y otras tales como el *Genovés*, la *Plana Ginebre*, la *Tros gran*, la *Font de Nerola* (6), etc.

En las más de las granjas habitaba un monje con los guardas (armados y uniformados como los mozos de la Escuela), que en junto eran seis, convenientes á la del bosque. Muchas de estas tierras, como Milmanda, Riudeabella, *Los corrals nous*, las explotaba un aldeano, mediante el contrato de parcería. Para las restantes y los usos del monasterio, éste poseía muchas bestias de labor; seis pares de mulas dedicaba al cultivo, seis acémilas á la conducción de la leña del bosque (7), dos mulas al coche del Abad, y una á los viajes del monje síndico ó procurador (8), bien que el prelado sólo en épocas de visita usaba su vehículo. Sobre las mentadas heredades sostenía el monasterio varios rebaños; vacuno uno en Castellfullit (9), que Toda eleva á 60 cabezas (10); otros lanares servían cuál para la mesa, cuál para la cría (11); otro de cerda, y una numerosa banda de aves de corral (12).

A tan extensa máquina no le faltaban sus bien dispuestos motores, otros tantos legos, que, entendidos en las distintas labores, presidían, uno los cultivos, otro la carpintería, éste la herrería, aquél la construcción de carros, otro la escultura,

empleándose en todos estos trabajos buen número de escogidos y bien retribuidos jornaleros con residencia dentro los muros (13). Y para que nada allí faltase, el monasterio, según apunté arriba, ejercía jurisdicción sobre el territorio de sus posesiones por medio de un baile y subbaile de nombramiento del Abad (14). Con razón en el siglo xvii el célebre analista y reformador del Cister, Angel Manrique, pudo escribir: «que en su tiempo se creía comúnmente que los abades de Poblet, inmediatos á los duques de Cardona, debían ser preferidos á marqueses, á condes, á barones, y aun á obispos; y que atendido el conjunto del dominio temporal, patronato eclesiástico y otras innumerables prerrogativas, le bastaba por mil á la casa madre Fuenfría el monasterio de Poblet, por ser tal que á ningún otro de toda la cristiandad debe ceder ventajas» (15). Porque realmente todo en Poblet fué grande, abastado y magnífico: reliquias, vasos sagrados, utensilios del culto, enterramientos, edificios, posesiones y riquezas, lo fabricado en el siglo xiii y en el xiv y en las demás épocas. Todo allí fué religioso, patrio é histórico, surgiendo por doquiera la Religión y la realeza de las Edades medias palpitando al través de los tiempos. Aquel pueblo monumental parece obra de un hombre superior á nuestra estirpe, ó el trabajo de una raza de gigantes; porque á unos abades, reyes y magnates de generoso y levantado espíritu nunca sucedieron otros de corazón rastro y apocado, y todos construyeron y adornaron según pauta casi imaginaria. Si en las obras humanas puede brillar lo sublime, luce en Poblet, donde lo grande de la tierra se enlaza con lo sobrehumano y celestial.

En 1835 la comunidad se componía de 69 religiosos, de los que 58 eran de coro y los 11 restantes legos ó conversos. En

- (1) Anuncio de la subasta últimamente citado.
- (2) Anuncio de la subasta últimamente citado.
- (3) Anuncio de la subasta últimamente citado.
- (4) Anuncio de la subasta últimamente citado.
- (5) Anuncio de la subasta en el *Diario* del viernes 11 de enero de 1822, pág. 95.
- (6) Anuncio de la subasta en el *Diario* del sábado 12 de enero de 1822, págs. 106 y 107.
- (7) Relación, ya atrás citada, del carpintero del monasterio D. Miguel Boltó. Relación del monje del mismo monasterio D. Pedro Ferré en Tarragona á los 12 de agosto de 1880, ratificada después por escrito.
- (8) Relación de D. Miguel Boltó, ya citada.
- (9) Relación de Boltó, citada.
- (10) Obra citada, pág. 16.
- (11) Relación del monje D. Pedro Ferré, ya citada.
- (12) Relación de Boltó, y D. Eduardo Toda. Obra citada, lugar citado.

- (13) Relación ya citada de D. Miguel Boltó.
- (14) Relación de Boltó, citada. Además, respecto al baile lo dice también Toda. Pág. 26.
- (15) *Annal*. anno 1153. cap. 18, n.º 9.

Poblet el joven pasaba su noviciado y cursaba todos sus estudios bajo lectores de la casa (1).

Desde la fundación del monasterio hasta 1623, los monjes en Capítulo eligieron su Abad, cuya dignidad ejercía hasta la muerte el nombrado. Empero desde aquel año en el que Poblet se unió á la congregación cisterciense de Navarra, Aragón, Valencia y Cataluña, el cargo de Abad fué quadrienal, y su nombramiento procedió del rey, propuesta terna por la Comunidad. «La expresada Congregación, que tenía dentro de su territorio catorce suntuosos monasterios, debía reunirse cada cuatro años en Capítulo general, á fin de dictar los acuerdos conducentes al buen régimen de la misma, y hacer el nombramiento de Vicario General. El año 1640 la reunión debía ser en Cataluña, pues cada vez se practicaba por turno en uno de los cuatro reinos que componían la Congregación», y así en este año se efectuó en Uldecona (2). De los catorce cenobios cuatro radicaban en tierra catalana, á saber: Poblet y Santas Creus en la provincia de Tarragona, y Escarpe y Lavaix en la de Lérida, el primero de éstos donde el Segre entrega sus aguas al Cinca, y el segundo en los confines de Cataluña y Aragón, al pie del Pirineo.

La vida del cisterciense no se emplea por regla general en el activo ejercicio de ministerios, sino en la oración mental y vocal y el estudio; de suerte que el monje de Poblet cada día dedicaba al coro siete horas, las que en determinadas solemnidades aun se prolongaban. Lo más del rezo canónico no se rezaba, se cantaba con acompañamiento de órgano, á cuyo fin tenía el monasterio dos organistas, y muy hábiles; y tanto afecto aquella casa alimentaba por el decoro del culto y su solemnidad, que en los últimos tiempos se pensaba en elevar á

cantado la corta parte del rezo, que entonces se semitonaba (3). Antes de la exclaustación de 1822 los maitines se cantaban á media noche, después por la tarde (4). Todas las cortas muestras, ó ecos, que del canto cisterciense han llegado á nuestros oídos, manifiestan una hermosa y solemidad excepcionales. La admiré en el del P. Manuel Astort, de Poblet, cuando después de la exclaustación residió en la parroquial de San Jaime de Barcelona, al cual la comunidad de San Jaime encargaba el canto del *Credo* en los días de gran fiesta. Las admiraron en Tarragona los concurrentes á la iglesia del Puerto, donde armoniosamente cantaban los monjes de Santas Creus, Figuerola y Rovira (5). Y admirará la gravedad y dulzura de este cantar todo músico que lea el *credo* llamado de San Bernardo, que no dudo, atendiendo al nombre, procede del Císter. Brillaba en Poblet el culto divino por la calma, gravedad y esplendidez, que subían á muy alto punto en las grandes solemnidades de oficio pontifical, en las que servían al Abad en el altar, entre sedas, oro y riquísimas piedras, de diez y seis á veinte monjes (6). En fin, los ancianos que lo vieron se deshacen en ponderaciones de tanta solemnidad, calificando aquel templo de catedral, ó más que catedral.

El P. Riba, profeso que fué de este cenobio, decía que, para oír una de sus *Salves*, anduviera de rodillas desde Barcelona á Poblet.

Algunos de los religiosos, sin embargo de lo dicho, cultivaban el ministerio de la predicación, y no pocos el de la confesión, que templo de tanto culto y concurrencia no debía quedar desprovisto de diestros pastores para la cristiana grey (7).

Inútil por natural se hace apuntar que los cargos de la comunidad eran reparti-

(1) Poseo la lista de los religiosos, proporcionada por uno de los religiosos exclaustados del 1835.

(2) Sr. Dr. D. Ramón O'Callaghan. *Apuntes históricos sobre la villa de Uldecona...* Tortosa, 1891, pág. 42.

(3) Relación citada del P. D. Pedro Ferré.

(4) Relaciones de D. Onofre Lafita ya citada y de otros.

(5) Me lo dijo el sacerdote D. José Morlá, que cantó con ellos cinco años.

(6) Relación ya citada del monacillo D. Onofre Lafita.

(7) Relación ya citada de D. Onofre Lafita y de otros.

dos y desempeñados por monjes al efecto diputados, siendo dos los destinados al archivo, y por ello dispensados de coro.

La vida monacal del religioso populetano comenzaba con insólita estrechez, caminando después ésta en sentido contrario al número de años. En el noviciado, bajo la vista de su maestro y la de todos los monjes, cuyos votos necesitaba para profesar, vivía el novél vistiendo lana burda en todas sus prendas, durmiendo en cuadra común, y privado por completo de la salida de la clausura, salvo tan sólo un paseito diario por el huerto interior (1). Debía guardar las menores observancias, y muy recogida composición exterior, hasta el punto que levantar inmoderadamente la vista era parte para la negación de voto favorable por quien lo notara (2). Emitida después del año la profesión, pasaba, dejados ya los hábitos de lana burda, del noviciado al dormitorio común; y á los cuatro años ocupaba habitaciones particulares en las casas de la clausura, y podía libremente discurrir por el monasterio, pero no salir: lo que efectuaba acompañado de un jubilado á los diez; y á los veinticinco, de un igual en antigüedad. Sólo á los cuarenta años de hábito lograba la jubilación, mediante la que sin compañero cruzaba el umbral (3). Parecida gradación guardaba la asistencia vespertina al coro. Excluída toda dispensa en la matutina, el monje á los diez años de profesión faltaba libremente á maitines un día por semana: dos á los veinte; y todos los no solemnes á los cuarenta de hábito (4).

El alimento corría á cargo del monasterio, tomándolo los no jubilados en la mesa común, mientras los jubilados, servidos como estaban por un criado, podían optar entre el guiso común y el suyo particular (5). Sazonábase el del refectorio

con la lectura de la regla de San Bernardo, y donde no con profundo silencio, interrumpido sólo por el leve chocar de los platos y el suave murmurar de la fuente. En varios días de la semana los manjares eran cuadrigesimales (6).

Regla distinta de la común regía en el vestir, el cual, junto con el lavado, chocolate y huéspedes, procedía del peculio particular, formado (mediante desapropio anual en manos del Superior) de 40 duros, que á cada monje repartía al año el monasterio, y la limosna de casi la mitad de las misas en los sacerdotes (7). Modo indirecto, si no de matar, de herir el voto de pobreza. Nuestras antiguas crónicas catalanas llaman al cisterciense *monjo blanch del Cistell* (8), porque blanco en todo fué el hábito, excepto sólo el escapulario negro. Consistía aquél en sayo de lana ceñida á la cintura y escapulario, y en el coro cubríalo todo la cogulla, ó capa grande y blanca también, con cola y mangas largas hasta casi arrastrar (9). La cabeza estaba rasurada, dejados sólo el cerquillo y un mechón en la frente, de nombre el clavo (10). Si de estos pormenores nos faltaran testigos oculares, muy al claro los suplirían los relieves de las preciosas piedras sepulcrales del pavimento del aula capitular. Los legos ó conversos, empero, no usaban la cogulla, y su hábito estaba teñido de oscuro color.

Reinaban en el monasterio orden, obediencia y moralidad, como me lo certificaron mil veces, en contestación á viles y harto esparcidas calumnias, varios testigos oculares, quienes aseguraron haberlo visto y tocado (11). Y de ello dió elocuente prueba la edificante conducta de varios cistercienses catalanes que, perpetrada la exclaustación de 1835, sirvie-

(6) Relación de D. Onofre Lafita.

(7) Relación del P. D. Pedro Ferré.

(8) *Llibre dels feyts darmes de Catalunya... per Mossén Bernat Boades*, en varios capítulos.

(9) Relaciones de D. Onofre Lafita y D. Miquel Boltó, y noticias de otras personas.

(10) Relación de D. Onofre Lafita.

(11) Relación del monacillo D. Onofre Lafita.—Relación de D. José Bou, quien frecuentaba el monasterio.

(1) Relaciones del P. D. Pedro Ferré y D. Miguel Boltó.

(2) Relación del P. D. Pedro Ferré.

(3) Relaciones del P. D. Pedro Ferré, de D. Miguel Boltó y D. Onofre Lafita.

(4) Relaciones del P. D. Pedro Ferré y D. Miguel Boltó.

(5) Relación de D. Onofre Lafita.

ron destinos eclesiásticos en esta ciudad ó vivieron en otras. Y si en los últimos días la política liberal en Poblet desvió del recto sendero á unos pocos jóvenes é introdujo alguna perturbación, cómo voy á escribir, para ella y para ellos resérvese el baldón, no para la masa de la Comunidad, ajena y repugnante á tal osadía.

Y con esto entremos ya en la defensa de la buena fama de la Comunidad de Poblet. Ligeras lenguas de gentes populares esparcieron por aquellas comarcas acusaciones de baja laya, inculpando á los monjes, al reparar en sus provistos silos y monumentales bodegas, de amigos de comodidades y hasta de inmorales; que la gente de ínfima plebe no sabe remontar el vuelo de sus odios más allá del de sus deseos. Aunque tratándose de maledicencia pedestre y rastrea en bocas tan sumamente fáciles en verterla, fuera cordura el desprecio; sin embargo, como en ningún orden temo la inquisición porque en todos gusto de la verdad, no titubeo en examinar sus cargos y discutirlos.

Empecemos por conceder lo que no pretendo defender; así pues, que una docena de mozos en los últimos meses de Poblet deshonoraron su hábito al ceñirlo con la canana del miliciano, gustoso lo concedo, que al fin yo soy el único que tal noticia estampo. Que probablemente los apoyó en ello alguno de los provecos, también lo opino, y aun, á juzgar por extravíos posteriores al 1835, sospecho en alguno de los que figuraban como cristinos, más deseos de la vida del guerrillero que de la del cenobita. Y hasta concedo que quizá vestía el hábito populetano algún hombre sin vocación, y por lo mismo sin el espíritu necesario. Pero todo esto no pasa de pocas y tristes individualidades, cuyos desvíos no pueden ser parte para manchar en nada la buena fama de tan numerosa Comunidad, pues toda sociedad pudo contar un Judas; y si en esto hubo culpa, acháquese á la loca propaganda política, y á lo más, quizá, á poco discernimiento del Superior en la admisión de algunos mozos.

Dejadas, pues, á un lado individualidades, discutamos el comportamiento de la mayoría de la Comunidad, el cual, por los datos que poseo, no dudo en calificar de muy moral y regular. Así en primer término lo indica la imposibilidad de concretar cargos en que se hallan tan malas lenguas. Cuando en un cuerpo anidan escándalos, el hedor de éstos traspasa las murallas del lugar, y muy pronto se citan con certeza nombres y hechos, si no en públicos papeles, en conversaciones corrientes, pues la corrompida naturaleza humana en nada ceba más su lengua y dientes que en desgarrar ajenas famas, y especialmente sacerdotales. Nada de Poblet se concreta, ningún nombre propio oímos citar en este orden, mientras por otro lado se dan todos los perfiles y señales de la docena de monjes milicianos nacionales.

En segundo lugar, deponen á favor de nuestros monjes multitud de exteriores signos y circunstancias, que no por ser tales dejan de revelar el mayor orden en la casa y su amor á la observancia. Antes de la excomunión de 1822 la Comunidad acudía á maitines á las doce de la noche, rompiendo ésta y su descanso en dos partes, mortificación, al decir de quien la observa, de todas la más pesada. Dependientes de la casa, muy ajenos á pensar que un día debieran sus dichos ser aportados á tan enojosa discusión, me describían la refacción de la Comunidad y me pintaban como gran belleza y gravedad la pausada lectura de unos ratos y el profundo silencio de los demás, inequívoca señal de la observancia de una Comunidad, el silencio. Y ya que de la mesa hablo, no puedo omitir el recuerdo de las abstinencias semanales que mortificaban sus placeres, según muy atrás apunté. Describí igualmente la pausa y gran solemnidad de los actos del culto, reñida siempre con los espíritus disipados, más amigos de la parlería que de la compostura del coro ó del altar. Siete horas empleaba el populetano en el primero en los días no solemnes, y aun por los últimos

tiempos pensábase en elevar á cantado lo poco del rezo que se semitonaba, prueba irrefragable del deseo de virtud y observancia que ardía en el monasterio.

Por otra parte, el rigidísimo noviciado, en el cual el poco recogimiento de la vista bastaba para proporcionar á la votación del novel la bola negra de quien lo notara, no podía dejar de ser parte para la ulterior medida y buen espíritu del monje. Al mismo tiempo las severísimas normas que reglamentaban para el profeso la salida de su clausura, indican gran vigor de disciplina y hacen imposible la verdad de absurdas consejas, pues sólo á los cuarenta años de hábito el religioso de Poblet podía, sin autorizada compañía, cruzar la puerta.

Después de la exclaustación hemos tratado yo y mis amigos á varios de los dichos monjes; y en todos ellos vi sacerdotes sin tacha, á pesar de que, á ser hombres descomedidos, brindábales entonces la ocasión, quitada la inmediata vigilancia del superior monástico y la reglada vida del religioso, á dar suelta á los malos hábitos. Cuando en tiempos modernos los superiores trataron de poner remedio á la disipación de una comunidad cisterciense situada lejos de Cataluña, acudieron á esta provincia en busca de un hombre recto y severo, que, puesto al frente del noviciado, formase sanos retoños para aquella casa, llamando al íntegro Padre D. Jaime Cercós, monje de Poblet y después secretario del Sr. Obispo de Urgel, D. José Caixal. Nunca se acude á la suculencia en busca de limpieza. Mas ¿á qué ulteriores argumentos si, como apunto atrás, dispongo de testimonios irrecusables? Testigos oculares, personas que intervinieron en la casa me han certificado repetidas veces, añadiendo haberlo visto por sus ojos y tocado por sus manos, que en el monasterio reinaban orden, obediencia y moralidad (1); después de lo cual huelga toda posterior demostra-

ción. Las calumnias nacieron, sin duda, de los partidos de comarca y de los odios sangrientos é inveterados, común semillero de injusticias y falsos cargos; y modernamente la enemiga liberal aprovechó para sus ruines fines cuanto sin fundamento ó con sombra de él hubo á mano en contra de religiosos de todo color y hábito.

Quizá se pretenda desvirtuar esta mi demostración con el siguiente texto de un autor católico, de D. Vicente de la Fuente: «Conventos había en Aragón en que los jóvenes coristas se habían alistado nacionales, y no faltó monasterio en donde, al salir armados los monjes jóvenes por última vez, hicieron blanco de un San Bernardo que había sobre la puerta... La misma suerte cupo, según me aseguraron, al que hizo blanco de la estatua de San Bernardo; pues murió ocho días después en un encuentro con los carlistas» (2). En contestación á este reparo notaré que en las transcritas líneas se trata sólo de monasterios de Aragón, y que como precisamente á uno de aquella provincia fué enviado como reformador el citado Padre Cercós de Poblet, resulta que el texto, lejos de dañar, contribuye á probar mi proposición.

Esta, no obstante, no siento ni sentaré jamás que el rigor de la regla cisterciense rigiese en Poblet con toda su pureza. Los comentarios ó explicaciones de las reglas, las costumbres contrarias, las interpretaciones benignas, y á las veces declaraciones de superiores, vienen generalmente en las reglas monásticas á embotar su observancia. Por esto de vez en cuando envía Dios á las religiones esforzados y animosos reformadores. No conozco la regla cisterciense, pero la misma razón natural indica que las telas finas de los hábitos de los profesos en lugar de las burdas de los novicios, la

(1) Los empleados del monasterio, citados en las notas anteriores.

(2) *Historia de las sociedades secretas*, etc., por don Vicente de la Fuente. Madrid, 1874, y Lugo 1881. Tomo II § 71, pág. 45.

habitación y mesa de los jubilados en casa ó pisos separados, las exenciones de éstos respecto al coro, los peculios particulares y otras prácticas quizá que ignoro, eran vulneraciones del antiguo y debido rigor, toleradas empero por los superiores. De donde sacaremos en cuenta final que la comunidad de Poblet formaba una gran reunión de sacerdotes de proceder sin tacha, empero en algunos puntos caída del rigor de la antigua regla ú observancia. Este es el juicio que naturalmente fluye de los datos fidedignos llegados de aquel monasterio hasta nosotros, y del recto juzgar, libre de preocupaciones y pasiones, conforme á lo que desde un principio me propuse.

Acusaciones de carácter más elevado, pero al fin acusaciones, dirige contra la comunidad de Poblet el arriba nombrado autor Sr. Toda. Su prevención contra estos monjes trasuda de su libro como líquido contenido en vaso poroso. ¡Pöbres monjes! Unos les hirieron con larga bayoneta ó ligera bala; otros con puñal ó corta navaja; quién con hablillas; quién con acerada pluma. Al fin, todo es herir, todo matar.

Un artículo entero de los diez y nueve que cuenta el libro dedica dicho autor á probar lo antipatriótico y á las veces abyecto, á su decir, de la política de los Abades populetanos, siempre, según él, unidos con los reyes para contrarrestar á los catalanes en las disputas que por las propias libertades sostuvieron éstos con aquéllos. Punto delicado, en verdad, que si Toda ama á Cataluña, me glorio también del santo amor á la madre Patria, tanto más digna de afecto, cuanto más noble y honrada en su prosapia y más heroica en sus grandes hechos. Y este mismo afecto que siento por cuanto nació en Cataluña, me induce á creer que Poblet, maravilla y honra de la tierra catalana y de su arte, no había de estar siempre en contra de su madre, y que aun en los opuestos casos le obligaran buenas razones de descargo.

Uno de los puntos en que más hincapié

hace Toda es la guerra de D. Juan II, respecto de la cual así escribe: «Al año siguiente ocurrieron las desastrosas luchas provocadas por la debilidad de Don Juan II y las intrigas de su segunda mujer la Reina Doña Juana Enríquez, quien logró hacer desaparecer ó tuvo la fortuna de ver morir al ídolo de los catalanes, el Príncipe Carlos de Viana, heredero del trono, pues era el primogénito del primer matrimonio del Rey con Blanca de Navarra. Envenenado como suponen unos por su madrastra Juana, ó sucumbiendo á una enfermedad como otros creen, de todas maneras el infeliz Príncipe fué la víctima de su destino y en 23 de septiembre de 1461 acabó en Barcelona una vida miserable. Cataluña le quería mucho, era el heredero del condado y le quería rey; así fué que, al verle desaparecer, se revoltó contra las maquinaciones de la reina, á cuya mala voluntad atribuía aquella víctima, y en masa se levantaron las villas proclamando por reyes, primero al de Castilla, después al condestable de Portugal hijo del infante Don Pedro de Aragón y de la condesa Isabel de Urgel, después al duque Renato de Anjou. A cualquiera querían menos á Fernando el Católico, como si ya sintiesen que con él debía acabar la independencia de la patria catalana.»

«Poblet, en estas luchas que encendieron todo el Principado, se puso resueltamente al lado del rey contra el partido catalán, y su abad, que era Don Miguel Delgado, formó parte de la camarilla de la reina intrigante que tantas desgracias nos trajo» (1). En verdad, el Abad resueltamente se inclinó del lado del rey; ¿pero cuándo? Cuando Cataluña, faltando á la acostumbrada sensatez, se lanzó por la tortuosa senda de la revolución, y desatentada, cual si su corona fuera de vil plomo, fué á ofrecerla á todo príncipe que halló á su derredor; mas la verdad y la justicia piden á voz en grito que se proclame lo que Toda calla, que mientras vivió

(1) Libro citado, pág. 133.

el legítimo príncipe Carlos, ó sea, mientras tuvo de su lado el derecho, el Abad estuvo al costado del partido catalán con tal decisión que, á pesar de la amistad personal que le unía á los reyes, llevó constantemente la voz por Cataluña, y exigió á la Reina primero, y después á su marido, la suscripción de pactos deshonorosísimos para tan altas autoridades. Lea el Sr. Toda lo escrito en el mismo libro de donde quizá arranca la inmensa mayoría de sus datos históricos; lea en Finestres los siguientes apartes: «Después de estas visitas, pasó el Abad á Barcelona, donde, según lo acordado en ellas, había de procurar el servicio del Rey, conforme á la ocurrencia de los negocios. Y como inmediatamente á las Cortes de Lérida se siguiese la prision del Príncipe Don Carlos por mandato de el Rey Don Juan su padre, de que se resintió tan amargamente toda la Provincia; también se le siguieron á nuestro Abad muchos lances de el servicio así de el Rey, como de el Príncipe y Principado. Ya por el mes de Enero de el siguiente año 1461 fué uno de los cuarenta y cinco Embajadores que suplicaron al Rey la libertad de el Príncipe.»

«Cuando el Rey para tener mas asegurado al Príncipe, se lo llevó á la ciudad de Zaragoza por el mes de Febrero de dicho año 1461, y la Reina D.^a Juana quedó en Bujaraloz, los Diputados de Cataluña enviaron á nuestro Abad con particular embajada á la Reina, para suplicarle intercediese por la libertad de el Príncipe, y asegurarle que, á menos que el Príncipe fuese vuelto á Cataluña no se conseguiría la quietud pública. Dióse libertad al Príncipe al 1.^o de Marzo por medio de la Reina, que lo acompañó hasta Villafranca, y allí lo entregó á los Embajadores del Principado, porque no quisieron permitir á la Reina que entrase en Barcelona.»

«Entró en aquella ciudad el Príncipe Don Carlos á 12 de Marzo con mucho regocijo y fiesta. Y aunque la Reina quedó en Villafranca, solicitando que el

Ejército de el Principado se apartase de Fraga y arrimase las armas ya que habían alcanzado la libertad de el Príncipe; no quisieron convenir en ello los Diputados sin que primero se firmase cierta capitulación y concordia, cuyos puntos principales eran: Que el Príncipe fuese jurado primogénito de Aragón y Lugarteniente General de el Rey su padre, sin poder ser revocado: Que el Principado dentro de quince días requiriese al Rey de Castilla que dejase de hacer guerra en el Reino de Navarra, y que el Rey Don Juan de Aragón no pudiese entrar en Cataluña.»

«Deseosos los Diputados de que la Reina como Lugarteniente del Rey su esposo firmase la concordia, le enviaron otra vez el Abad de Poblet en el mes de Junio de 1461, el cual, aunque la Reina se resistía muy fuerte por razon de algunos puntos que decía no ser decorosos á la Magestad Real, consiguió que la firmase á 17 de dichos mes y año. Con esto sin duda se habría conseguido la quietud deseada, si los Diputados no hubiesen jurado al Príncipe por primogénito y Lugarteniente sin esperar orden ni provision de el Rey, como lo hicieron á 24 de Junio en virtud de sola la concordia, aun antes de ratificarla Su Magestad: cosa que sintió el Rey amargamente, aunque hubo de disimular y pasar por ello, mandando hacer fiestas en señal de regocijo.»

«Fué nuestro Abad enviado tambien al Rey Don Juan, que se hallaba en la Ciudad de Calatayud celebrando Cortes á los aragoneses, para suplicarle ratificase la concordia y concluyese el casamiento de el Príncipe su hijo con la Infanta D.^a Isabel de Castilla. Pero ratificada ya la concordia por el Rey, les llegó la funesta noticia de la muerte de el Príncipe, que, como ya dijimos arriba, sucedió á 23 de Setiembre de 1461. Luego suplicaron al Rey el Abad y demás Embajadores que enviase á Cataluña al Infante Don Fernando, para que gobernase al Principado: como de hecho vinieron la Reina, Príncipe y Embajadores, y entraron en Barce-

lona á 21 de Noviembre, donde el Príncipe fué jurado por Lugarteniente de Cataluña y primogénito de todos los Reinos, prestándole el juramento de fidelidad» (1).

Que abades de Poblet amaron á Cataluña, y por ella asiduamente trabajaron, lo probaré al Sr. Toda con una autoridad, un nombre, que á buen seguro no ha de ser por él recusado, el de su Mecenas don Víctor Balaguer, quien escribe de esta manera: «Poblet tuvo célebres y distinguidos abades. Entre los más ilustres, puede contarse sin disputa á D. Francisco Oliver, digno y virtuoso varón, acérrimo defensor de los derechos de Cataluña, He aquí cómo se expresa sobre él el escritor D. Antonio de Bofarull en un curiosísimo artículo, que á propósito de Poblet consagra á su memoria» (2). El cual, copiado en las páginas de Balaguer, cuenta los servicios prestados á la patria catalana por Oliver; quien en época turbulenta para ésta, nombrado diputado por el brazo eclesiástico, se vió combatido y calumniado por mil lados; mas él, firme en el propósito de devolverle la paz y el imperio de sus leyes, acudió personalmente á Madrid una y dos veces, y arrancó del Rey cuanto deseaba. Dícese que en la primera le dirigió estas dignas palabras: «Señor, espero no tener que verificar otro viaje por injusticias; mas si fuere preciso, bien podéis hospedarme en vuestro palacio, pues no he de moverme de él hasta alcanzar de Vos remedio» (3).

Oliver fué uno de los diputados que mandaron comenzar el ensanche del palacio de la Diputación de Barcelona con la fachada actual, lo que dió pretexto á acusaciones ante Don Felipe II de que levantaba una fortificación para sostener rebeliones. Defendióse él cumplidamente, y vuelto de Madrid, la obra del palacio de la Diputación pasó adelante, disponiendo

después los diputados sus sucesores que: «en el frontis de dicho palacio y en el interior de la capilla... del balcón del centro se ostentasen los bustos (*todavía existentes*) de los tres diputados, en cuya época se levantó aquella fábrica: uno de ellos es el Abad de Poblet D. Francisco Oliver.»

«¡Quiera Dios que tan celoso é ilustrado catalán tenga imitadores de sus hechos!» (4). Hasta aquí el texto de Bofarull que Balaguer acepta al insertarlo (5).

Mas dejemos á un lado tales disquisiciones, pues vendrían á destiempo y causaría enojo recorrer aquí la cadena de la Historia patria para ir perquiriendo y aquilatando las ocasiones en que Poblet se inclinara de la una ó de la otra parte. Recordemos tan sólo que le rigió una larga serie de abades notables, muchos de ellos por diferentes conceptos, quién por su alta alcurnia, quién por su saber, quién por su ejemplar virtud; y limitémonos á una reflexión, que no por sencilla deja de ser decisiva. Aun suponiendo que en toda ocasión los prelados de Poblet hubiesen formado al lado de los monarcas, nuestro severo fiscal, para fundar su acusación, debiera antes probar con graves argumentos que en estas contidas la razón cayó de nuestra parte catalana, y no de la de los reyes: mientras esto no demuestre, permítanos que dejemos á los Abades inclinarse libremente hacia el lado que creyeron conforme á justicia, autoridad y prudencia, principales faros que deben guiar al que en la Iglesia ocupa elevados cargos. Si en alguno de estos apurados lances siguieron caminos á juicio de Toda errados, no por esto merecen reprensión, pues siempre la política ha sido campo libre y del dominio del ciudadano. Y por fin, si acaso, espantados por la responsabilidad que como jefes de tan rico cenobio pesaba sobre ellos, miraron alguna vez por los

(1) Obra citada. Libro II. Centuria 4. Apéndice á la disertación 1, n.º 5, 6, 7, 8 y 9, ó sea: tomo IV, págs. 27 y 28.

(2) *Los frailes y sus conventos*. Barcelona, 1851. Tomo I, pág. 586.

(3) D. Víctor Balaguer, lugar citado.

(4) D. Víctor Balaguer, Obra citada, pág. 590.

(5) *Los frailes y sus conventos*. Todo este artículo de Balaguer y Bofarull, abarca tomo I, págs. 586 á 590.

intereses de la casa, olvidando los de su tierra, gustosos debemos perdonarles, que al fin les animaba la buena fe y movíalos la idea de los deberes de su cargo; pues no sin motivo pudieron temer que á obrar de otro modo apareciera años adelante riguroso Aristarco que agriamente les inculpara de infieles depositarios que abandonaban ó exponían por sentimientos exagerados preciosidades de todo linaje, como con motivo de la muy justificada fuga de 1835 lo hace Toda.

En el artículo dedicado al castillo de Milmanda pinta á los cenobitas populetanos con los feos colores de la ambición y la astucia, apoderándose por efecto de aquella, y ésta mediante, de dicho castillo con sus pertenencias (1), y nuestro autor lo hace de tal modo que en la pintura se calla el fundamento del derecho de Poblet sobre aquella fortaleza, ó sea, la donación que de ella hizo al monasterio el Conde D. Ramón Berenguer IV en 18 de agosto de 1150. Y como si en aquella remota época, siglo XII, gozara Toda de la mayor confianza de los monjes, ó fuera su íntimo consejero, muéstrase, sin que aduzca ninguna prueba ni documento de sus noticias, perfectamente enterado del plan que en tal empeño se propuso seguir el monasterio, á lo que parece fantaseando á su manera sobre el texto de Finestres respecto de este plan.

Para que por sus propios ojos pueda el lector apreciar la verdad de nuestro aserto, insertaremos aquí fidelísimamente copiados los dos textos, primero el de Finestres y luego el de Toda. Leemos, pues, en el cronista de Poblet, tomo II, páginas 64 y 65, ó sea, libro 2, centur. 1, disser. 4, n.º 15, de esta manera: «Acerca de los derechos, que pertenecían al Monasterio de Poblet, en el Honor de Milmanda, no obstante el ser posesión de el Monasterio desde su primera Fundación, por estar situado dentro de los límites que al Lugar de Poblet señaló el Serenísimo Conde de Barcelona, Princi-

pe de Aragón, en su Real Carta de Donación en 18 de Agosto de 1150, transcrita Lib. 1. Dissert. 12. num. 7, tenía grandes contiendas el Abad Don Hugón, y Convento de Poblet, con los Nobles hermanos Don Geraldo y Don Bernardo de Grañena, Señores de el Castillo de esse nombre. Pero como á 19 de Febrero de el año 1163 muriesse el dicho Don Gerardo, que había dispuesto en su Testamento ser enterrado en el Monasterio, haciéndole Donación de el Mas llamado de Pedro Borrás, con todos sus derechos y señoríos; su hermano Don Bernardo, el día siguiente al entierro, hizo definición de todos los derechos, que en dicho Honor de Milmanda pudiesen pertenecer assi á él como á cualquiera de sus Parientes, y los cedió para siempre á favor de el Monasterio de Poblet. Quedó el Monasterio en pacífica posesión de todo el Territorio, que para su fundo y vivienda le havia otorgado su Magnánimo Fundador.»

Texto de Toda.—Después de haber escrito que los Grañena habían cedido (á lo que se ve en feudo) su castillo á Arnau de Monpaó y á su mujer, añade (pág. 171 y 172):

«*Poch temps durá la pacífica possessió que de Milmanda pogué tenir lo senyor de Monpaó. En 1153 se fundava'l monastir de Poblet á sa vista y en son terme, y era segur que'l real convent no sofriría com vehí un castell que hauría vingut á ser poderós contrapés de sa influencia en la comarca. Desde'l moment en que'l terme era massa petit pera mantindre dos senyors, un d'ells devía desapareixer, y aquest sigué'l castellá de Milmanda. Lo plan dels frares fou senzill: en primer lloch obligaren á Arnau de Monpaó que retrocedís sa fortalesa als primitius senyors ó sigui á la familia Granyena, quals disposicions testamentarias manavan qu'als cossos de sos membres se dones sepultura dintre de Poblet: y després sols tinguéren qu'esperar que'ls portessin lo primer cadaver per imposar condicions avans de tancar lo en la tomba.»*

(1) Obra citada, pág. 172.

«No fou llarch lo plasso. A 19 de Febrer de 1163 moria'l mateix Geralt en lo clos de Milmanda, havent nombrat al seu germá Bernat hereu de sos bens y continuador de son nom. L'abat Hugon s'apressurá á manifestar que'l monastir no podía rebre lo cos del difunt á menys qu'una compensació fos donada als frares qu'eternament devían guardar las despallas y pregar per l'ánima, y no sens sostindre empenyada lluyta ab Bernat de Granyena conseguí que li fos feta per aqueix cessió solemne y formal de Milmanda y de totas sas pertenencias. Ja aixís tenia'l convent cuberts los límits de ponent y afeigia vastas y ben conreadas possessions á sos dominis.»

Y á pesar de tan peregrino saber sobre ideas é intenciones de hombres de tiempos remotísimos, y á pesar de su manifiesta ojeriza hacia la comunidad, no puede alegar en el asunto un proceder torcido, un engaño, una violencia de los monjes sobre el castellano de Milmanda; de donde se sigue que este á primera vista grave cargo resulta á la postre una pura imaginación del autor en orden á un hecho regular y nada reprovable de los monjes.

Otro escritor, admirador de Toda, don Luis Soler y Puig, á vuelta de sanas expresiones, que en él descubren una alma creyente, pretende, con mal acuerdo, demostrar que los abades populetanos de los siglos medios alentaron en su pecho loca y tenaz ambición de dominar sobre Vimbodí (1). Decimos *con mal acuerdo*, porque con ser ligero el escrito á que aludimos, guarda su erudición sólo para desacreditar á los indicados abades, des crédito del cual no creemos resulte provecho ni para la Religión, ni para la Patria, ni para el querido cenobio. Ni á título de refutación puedo seguirle en tales disquisiciones históricas, ajenas á la condición de mi trabajo, antes llanto de

quien presencia acerba desgracia, que sosegado y regalado estudio del proceder y hazañas de apreciados antepasados. Por otra parte, tampoco en la refutación fuera fácil nuestra labor, pues observando el Sr. Soler la táctica de no citar casi nunca las fuentes ó procedencia de sus datos, me pondría en el duro caso, antes de buscar los de descargo, de revolver tomos para hallar y comprobar los de cargo. El pie de sus páginas, limpio de toda cita, desautoriza el texto. Y dado caso que en realidad existiera aquel deseo de dominar á Vimbodí, nada reprovable en él halláramos, que nunca el buen sentido moral graduará de ilegítima la aspiración al agradamiento de las posesiones y derechos de un santo instituto, con tal que para lograrle sólo se empleen medios honrados. Que tales fueran los del presente caso lo demuestra la simple lectura del aludido escrito del Sr. Soler, quien para las adquisiciones de Poblet principalmente aduce concesiones de Papas y Príncipes y contratos con particulares y pueblos. Y si (y esto en contadísimos casos) cita lo que él llama abrogación de derechos, consistiendo ésta en hechos de edad remotísima, vendrá envuelta con la incertidumbre é ignorancia de circunstancias que dejan el caso destituido de los datos necesarios al juez imparcial para juzgarle. Mas si al fin y al fallo el señor Soler llegara á probar en algún Abad atrevimiento desmesurado, no por esto rompiera yo una lanza, ya que un hecho singular nada daña á una institución como Poblet, extendida á lo largo de muchos siglos, ni, por otro lado, presto culto más que á la verdad y á la justicia.

Mas si en el cargo atrás dicho el señor Toda no gradúa de injustos á los monjes de Poblet, usa en la página 74 de una reticencia ó preterición, que puede tener maligno alcance. Descritas las riquezas y preciosidades de la sacristía, añade: «Y aquí naturalmente se despierta en el lector el deseo de saber qué se hizo de tanta riqueza. Pocas palabras bastan á responder: no existe ya nada. En tiempos pasa-

(1) *Memorias de la Associació Catalanista d'Excursions científicas*. Volumen VIII, ó sea: 1884, págs. 22 y siguientes.

dos el mismo convento dispuso de ciertos objetos de mérito... De los tiempos presentes, es decir, de la desaparición de las joyas cuando la destrucción del monasterio, no queremos ocupar nuestra pluma, que las investigaciones por este lado darían quizá un resultado que pocos esperan. Todo fué estropeado, quemado, hasta roto y vendido á vil precio, quedando sólo algunos restos de tanta riqueza en la catedral de Tarragona, en San Pedro de Reus y en las iglesias de la Espluga y Vimbodí» (1). Los conceptos de las últimas líneas parecen en abierta contradicción entre sí, porque si para evitar un posible resultado, que pocos esperan, el autor se abstiene de toda pesquisa dejando el problema sin resolución, por otra parte nos lo da resuelto diciendo que todas aquellas preciosidades y riquezas fueron estropeadas, quemadas y hasta rotas y á vil precio vendidas; con lo que viene á indicar que fueron pasto de las mañas de la Revolución. Como quiera, sin embargo, que el enigma no queda por completo descifrado, y que en otra parte del mismo opúsculo escribió su autor que «De la Espluga el P. Gatell de Vallmoll, último abad de Poblet, dispuso de las riquezas allí (*en el monasterio*) depositadas, haciéndolas retirar por carros, que bajaron á la Espluga hasta el trigo de los graneros y el aceite de los lagares... El tesoro y alhajas habían sido retirados con mucha anticipación» (2); como quiera, decimos, que tal escribe, consideramos necesario preguntar desde estas páginas al dicho escritor, pues que el caso reviste inusitada gravedad, ¿cuál sea ese de las investigaciones posible resultado que pocos esperan? ¿Pretende acaso el Sr. Toda lanzar osada sospecha sobre la honradez de los monjes ó de su Abad? ¡Oh, no, mil veces no! Esto no puedo tolerarlo. Los que probaron su fidelidad custodiando aquellas joyas con exquisitísima solicitud por espacio de ocho siglos, no podían

ahora, cuando las veían en mayor peligro, faltar á su deber y al amor que siempre les profesaron. En tan recios temporales todo se pierde. De ellos nadie sale con lucro, considerándose con el mayor quien salva la vida. Al modo que en las tempestades de la mar luchan contra el frágil leño y contra las riquezas que le cargan, el cielo con sus nubarrones, vientos y rayos, los mares con sus incontrastables embates, sus escollos y tierras, y hasta el espacio interponiéndose en grandes extensiones entre aquellos y cuantos pudieran auxiliarles; así en la deshecha tormenta de 1835 todo, todo se ayuntó para tragar al monasterio y á sus preciosidades. Los vecinos se arrojaron sobre él con hambre felina, y registraron y escudriñaron los suelos, las paredes, los techos, los altares, y hasta las tumbas y los huesos de sus padres. Así sin duda desapareció el rico depósito hallado por un viejo que en su lugar nombraré, y quizás otros que ignoramos. Los gobernantes abandonaron aquel lugar á la rapiña universal, y sus generales no tuvieron reparo en llevar allá tropas y migueletes, peores en tiempo de guerra que plaga de langostas. La que se llamó ley y sus ministros graduaron de ladrón al monje que pretendió guardar alguna de las riquezas de Poblet, y de aquí que el pueblo, viendo desautorizados é indefensos ante los tribunales á los religiosos, viniese en la terrible tentación de negarles todo depósito, que por otro lado no podía constar en papel ni escritura alguna, y sí sólo en la buena fe del depositario. Y la tormenta no pasó en un año, ni en un lustro, sino que perseveró, y persevera aún hoy, y así si el padre, en cuyas manos algunas joyas fueron depositadas, guardó la fe prometida, sus hijos la quebrantaron, y al fin tragó todo ó la Revolución ó sus resultados. No, no hay buque, ni menos carga que resista á una tempestad tan brava, en que toman parte tantos elementos, y que dura sesenta años. Así, pues, se perdió el ya indicado tesoro; así el que arrancó de

(1) Obra citada, págs. 74 y 75.

(2) Obra citada, págs. 11 y 12.

Poblet el hermano del P. Juncosa, según explicaré en su día; así otros de los cuales se sabe fueron después negados á los monjes por sus depositarios, cuyo hecho, por graves motivos, no quiero individualizar; así otros dieron consigo en bailes y teatros: así otros, tímidamente escondidos en silos, lagares y subterráneos, pararon en los devoradores dientes de la polilla, el moho y la podredumbre de la humedad; así otros, ocultando cuidadosamente su procedencia, sirven al Señor en iglesias del Císter, pues me consta, ó en otras adonde las llevara la recta conciencia de los monjes y personas que los guardaban; así quizá otros, y especialmente metales y piedras preciosas, mediante venta debidamente autorizada, servirían para el preciso alimento de tanto monje viejo, impedido y perseguido, á cuya manutención tuvo que atender, y sabemos procuró atender buscando numerario, después el Superior en ocasión en que le faltaron recursos; así quizá aún hoy yacen, ignoradas bajo tierra, queridas prendas de aquella iglesia. ¿Por qué, pues, echar mano de denigrantes sospechas contra la honradez de pobres y buenos sacerdotes, en las cuales hasta hoy nadie atinara? Perdieron éstos su casa, su sustento, la práctica de su vocación, la seguridad de su vida, su paz; pobres é inocentes fueron arrojados del mar y de la tierra, y hoy parece que se les quiera arrancar la honra, último y primero de los bienes de la vida presente. No, señor Toda, no creo anide en usted tal sospecha, por más que yo, para evitar interpretaciones de maliciosos, debí refutarla. No, no creo que usted la prohije, que, después de ser desgraciados, no querrá hacer criminales á los monjes; no la consienten ni el buen corazón, amigo siempre del infeliz, ni la verdad, deponiendo de continuo en favor de la integridad de los religiosos; ni la justicia que severamente veda pensar del prójimo siniestramente sin motivo. Las riquezas y alhajas de Poblet perecieron en el naufragio ó en sus resultados, y si alguna

pasó en definitiva en manos de los monjes, allá se lo arreglarían con las legítimas autoridades eclesiásticas para darles debido destino.

Pone el sello final á la ingrata cuenta de las acusaciones de Toda contra los monjes, la más sangrienta entre todas, inserta en una de las primeras páginas de su libro. Dice así: «Durante los dos últimos siglos las dos torres de piedra que flanquean la puerta real á la izquierda de la iglesia, fueron destinadas á guardar prisioneros de cierta categoría. No se cerraba allí á los miserables paisanos sorprendidos haciendo leña en el bosque ó acusados de no pagar los diezmos: servían más para los frailes reos de algún crimen, para personas que no eran del pueblo y que so pretexto de herejía ú otros delitos caían bajo el poder del Abad y eran por su representante ó por él mismo condenados á sufrir una cárcel más ó menos larga» (1). Así escriben en el siglo presente los jóvenes (2). Conste, y muy alto, que desde últimos del siglo xv ó principios del xvi en España, el único que conocía del crimen de herejía era el Tribunal del Santo Oficio: nunca otros señores (3). El mismo Arzobispo de Toledo y confesor del rey Felipe II, D. Bartolomé de Carranza, tuvo que comparecer ante él. Además, los Sagrados Cánones, de muy antiguo vedaban á los eclesiásticos tomar parte en causas de sangre, y por Real Cédula de 22 de octubre de 1772 se les prohibió ejercer por sí su jurisdicción, que pasaba á manos de jueces seculares (4). Que el Abad castigara paternalmente á sus monjes, si alguno faltaba, nada tiene de reprochable; mas que en aquellas torres se encarcelasen «personas que no eran del pueblo y que so pretexto de herejía ú otros delitos caían bajo el

(1) Obra citada, pág. 40

(2) En la pág. 192 dice Toda que escribe su libro á los 28 años de edad.

(3) Entre mil autores que podría citar, nombraré uno: D. Ramón Lázaro de Dou.—*Instituciones del Derecho público*. Tomo II, pág. 323.

(4) D. Ramón Lázaro de Dou. Obra citada. Tomo II, pág. 111.

poder del Abad», á la verdad tendría mucho de culpable. ¡Cuánta ojeriza la de Toda! Porque allí, según se deduce de sus palabras, en aquellas torres sufrían «martirios» (1) los que, no por justas providencias judiciales de esta ó aquella autoridad, sino por meros pretextos, caían entre las uñas y garras del por ende cruel Abad. Y esto se afirma gratuitamente de abades de dos siglos, sin alegar ningún dato comprobante. Ignoraba yo que los abades de Poblet fueran tan friamente bárbaros y perpetraran tal injusticia; sé, sí, que el Sr. Toda la comete manifiesta en las transcritas palabras, ya que al pie de la acusación no inserta la prueba, muy al contrario de lo que en otros casos pretendió hacer, citando y extractando no pocas cartas reales (2). Mas abandonemos tan indigna calumnia, lanzada contra una larga serie de respetables y elevados dignatarios de la Iglesia, que más que refutación merece el desvío con que se miran progresistas cartelones en día de revuelta sobre pretendidos secretos de la Inquisición, y termino este párrafo entregando á la reprobación de todo cristiano lector las líneas de relumbrón con que acaba este artículo. Habla de las paredes de las cárceles, y dice: «Mudos testigos, durante los pasados siglos, de dolores sin alivio, de penas sin consuelo, de sufrimientos sin esperanza, aquellas paredes aparecen hoy arruinadas, abiertas al sol, llenas de la luz que por tanto tiempo no dejaron penetrar en los calabozos que encerraban. El espíritu de la venganza ha herido de muerte las prisiones de Poblet: que las ánimas que tanto allí dentro padecieron estén satisfechas» (3).

Despidámonos por ahora del Sr. Toda, no sin antes observar que para él todo en Poblet es grande, precioso y magnífico, menos los monjes, de tanta grandeza, preciosidad y magnificencia autores, ya por sí, ya por inspirarlas á artistas, mag-

nates y reyes. Manifiesto absurdo el de este autor, sí, absurdo parecido al de negar al Escorial un Felipe II y un Juan de Herrera, al Vaticano un Bramante de Urbino y un Miguel Angel, á la *Eneida* un Virgilio, al *Quijote* un Cervantes, y á la numerosa y heroica falanje de las Hermanas de la Caridad un S. Vicente de Paúl.

Con esto creo llegado el momento de abandonar el inolvidable Poblet, cuyo recuerdo ocupará hasta la muerte lugar privilegiado en mi pobre pecho, donde jamás se calmará el sentimiento por su destrucción. Perfectamente comprendo cómo el viejo José Anguera, dueño de la fuente ferruginosa y de una de las casas vecinas al monasterio en la que habitaba en los veranos, cohibido después del incendio su corazón por el dolor, tardó diez y ocho años en pisar los umbrales de tan querido cenobio. ¡Oh, dichoso mil veces quien te contemplara en sus mejores tiempos é ignorara tu destrozo! Ayer grandeza, hoy miseria; ayer pueblos respetuosos y alegres acudiendo de mil lados á tus fiestas y altares, esforzados capitanes viniendo á rendirte los gloriosos trofeos de sus victorias, célebres monarcas acompañados de guerreros y magnates en luciente comitiva, regocijos, clarines, músicas, campanas y vítores, y por otro lado respetable comunidad de monjes ejemplares, en hábitos majestuosos, prelados circuidos de numerosos ministros sagrados y pajes, luz radiante, mármol, alabastro, oro, adornos esplendorosos por todos costados, oraciones, incienso, cantos, en fin, Patria feliz á los pies de Dios, y Dios abrazando á la Patria. Hoy nada; sólo ruínas y despojos expuestos ante propios y extraños; sólo vergüenza porque manos de hijos despedazaron á la madre, y lenguas de nietos la infamaron. Ayer todo gozo; hoy amarga pena. ¡Qué contraste tan grande entre el Poblet de ayer y el de hoy! Aquél es el más elocuente testimonio de la vida y frutos de la Religión católica informando monjes, pueblos magnates y reyes: el actual la más verí-

(1) D. Eduardo Toda. Obra citada, pág. 42.

(2) Véase del citado libro el artículo titulado *Poblet á las guerras catalanas*, pág. 131.

(3) Obra citada, pág. 42.

dica cifra de la Revolución, que por los frutos se conoce el árbol, según enseñó la Verdad infalible de Dios.

ARTÍCULO SEGUNDO

LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE SANTAS CREUS

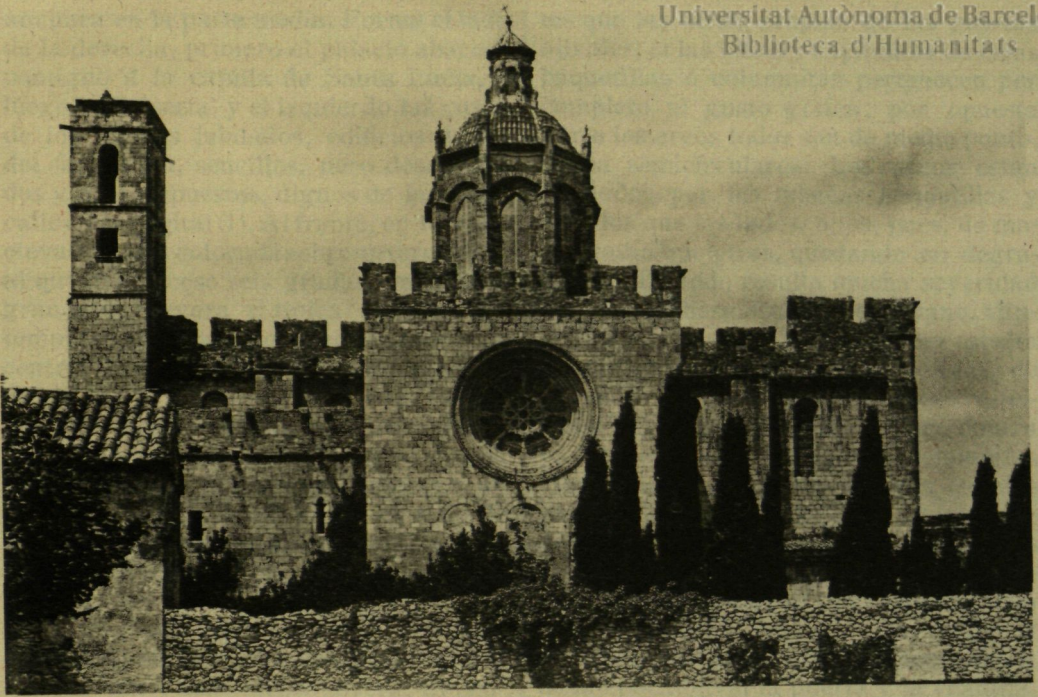
Sólo el natural empeño de que este mi pobre libro no resulte en lo posible incompleto, pudo decidirme á escribir el presente artículo descriptivo del monasterio cisterciense de Santas Creus, monumento en lo principal hoy en pie, de todo amante de la antigüedad visitado, y por dos hábiles plumas minuciosamente descrito. Mas si esta última razón priva de novedad al trabajo, en cambio me ahorra fatiga, que, enemigo de repetir los ya realizados, podré aquí limitarme, como en tantas otras partes, á insertar prestadas las descripciones que haya menester, no sin irlas engarzando con las impresiones y recuerdos que en mi ánimo dejaron las visitas hechas al mismo monasterio. No figura entre las menos importantes de aquéllas la causada por el país y el aspecto exterior del monumento. Forman la tierra multitud de apocados collados que vienen á humillar sus crestas en las aguas del Gayá, riachuelo que de N. á S. atraviesa la comarca. Sobre el lomo de una de éstas, y extendido con gran magnificencia desde lo alto de ella hasta el precipicio, cuyo pie lame el río, yergue sus almenas, cúpulas y torres el cenobio, rodeado en tiempo de los monjes de verdura, bosques, alamedas y dulcísimos cantos de innumerables ruiseñores que, juguetones, serpentean entre las ramas y el matorral. Aislado, sin menudo pueblo que le acompañara, todo allí brillaba: la obra humana por la magnificencia, la grandiosidad, la antigüedad y el arte; la natural por los propios hechizos que el Criador le había comunicado.

El plano de esta edificación puede considerarse dividido en cinco grandes seccio-

nes, de las cuales forma la primera y más occidental la puerta exterior con la hospedería á su lado, las habitaciones del médico y de otros dependientes con la capilla de Santa Lucía; la segunda la gran plaza de San Bernardo, con la viviendas abacial y de los monjes jubilados que la rodean; la tercera el grandioso templo con el claustro nuevo que cae á su lado y el aula capitular; la cuarta el claustro antiguo y las diferentes dependencias que le circuyen; y finalmente, la quinta, que es la más oriental, y colocada en la parte más elevada del terreno, la capilla ó templo primitivo, las habitaciones de Doña Petronila, otras piezas y varios jardines: todo cerrado ó por los muros exteriores de los edificios ó por las elevadas cercas. Llega el visitante al monasterio por la ribera del Gayá entre árboles elevados, y, superada la corta, pero inclinada cuesta que del nivel del agua separa la primera puerta, cruza ésta, y hállase en la plazuela del hostel, habitaciones del médico y dependientes, presentándoseles al frente la capilla de Santa Lucía, obra del siglo xvii, en tiempo de los monjes parroquia de Aiguamurcia. Junto á ésta y en la cara de Oriente ábrese la grandiosa puerta real. «Esta puerta, en cuyos altos tenía su habitación y despacho el monje vicario, forma un cuerpo de edificio con dos fachadas de estilo barroco y una linterna ó mirador en la parte más elevada. En la principal de dichas fachadas, que mira á Poniente, hay una capillita ó nicho, con una imagen de la Sma. Virgen, del mismo gusto, jarrones y cornisas retorcidas. La posterior, ó que mira á Levante, tiene balcones» (1) que dan al segundo recinto ó gran plaza de San Bernardo.

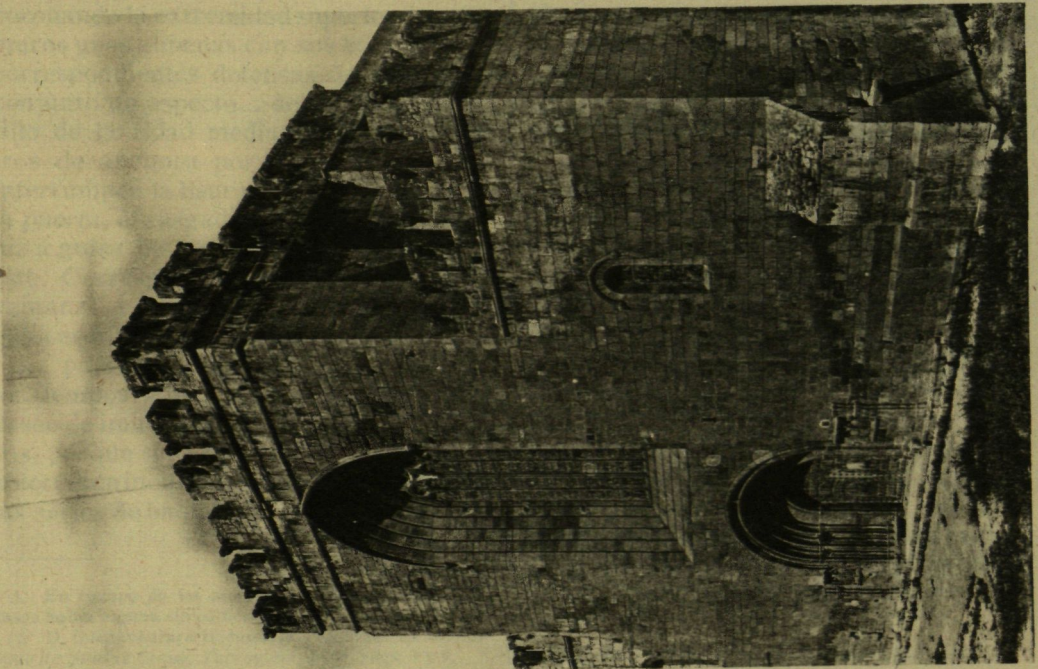
Magnífico aspecto se desarrolla á la vista del visitante al poner la planta en ella, pues entra en una plaza casi rectangular de 72 metros de longitud por 22 de

(1) D. Teodoro Creus Corominas. *Santas Creus. Descripción artística de este famoso monasterio*. Villanueva y Geltrú. 1884, pág. 19.



ÁBSIDES DE SANTAS CREUS.—1904

(Fotografia de D. Tomás Flaquer).



TEMPLO DE SANTAS CREUS.—1904

(Fotografia de D. Tomás Flaquer).

anchura en la parte media. Forma el lado de la derecha, primero el palacio abacial, contiguo á la capilla de Santa Lucía, y luego la Bolsería, y el izquierdo las casas de los monjes jubilados, edificios todos del siglo XVIII, sencillos, pero desahogados y bien dispuestos, dignos de la mejor calle de la capital (1). Al frente, en terreno elevado y aun colocada sobre un terraplén, al que dan acceso seis gradas, preside la grandiosa, severa y típica fachada del templo, completando el cuadro el surtidor central de piedra, de gusto churrigueresco, de varios caños, terminado en lo alto por una imagen de San Bernardo, que le da nombre. La grandeza y ornato de esta plaza ilusiona al visitante, que por un momento olvida hallarse en el seno de una comarca puramente agrícola, y se cree transportado por ensalmo á una capital de cien años atrás.

«La fachada del templo, construída, como todo él, de piedra de sillería, es á la vez sencilla y sumamente severa. El centro de ella, en donde corresponde la nave principal, tiene mucha más altura que los costados que cubren las naves laterales, coronando la extremidad superior de estos muros unas almenas con sus ballestas y correspondientes defensas, lo cual da al conjunto un aspecto... de fortaleza ó castillo de la Edad media» (2). Mide 27 metros de anchura por 22 de altura. Sólo interrumpen la lisura de aquel serio muro la puerta, el rasgado ventanal y un tragaluz á guisa de aspillera, á cada lado de éste. Corresponden la puerta y el gran ventanal á la nave del centro, y los tragaluces á sendas laterales.

La puerta es indudablemente obra de los tiempos góticos, pero inspirada en el deseo de imitar en algo las líneas románicas, porque si su derrame, ó sea los lados abiertos en inclinación de bocina presentan las series de baquetillas, unas más salien-

tes que las otras, propias de las puertas ojivales; si las bases y capitelitos de estas baquetillas ó columnitas pertenecen por completo al gusto gótico; por opuesta parte los arcos todos son de medio punto, ó sea semicirculares. Los arcos están formados por las mismas baquetillas y ángulos que los lados, unos, pues, de mayor radio que otros, quedando en degradación. De todo resulta mucha severidad sin falta de hermosura en este vano. «Encima de la puerta descuella una esbelta ventana ajimezada, de gusto ojival, de colosales proporciones, sumamente alfeizada, dividida verticalmente en cuatro partes por tres atrevidísimas columnitas que sostienen arcos ojivales con calados góticos de buen gusto. Esta ventana ó ajimez está adornada con hermosos vidrios de colores en varios y arreglados compartimientos, donde se ven representaciones de santos ó pasos de la pasión y muerte de Jesús» (3). Evidentemente datan de la época ojival la puerta y la ventana. El rojizo color de la desnuda piedra de este frontis proclama los muchos siglos que inmóvil ha visto pasar, al paso que las almenas y saeteras, que coronan no sólo al templo, sino el muro exterior del claustro, indican los tiempos de la reconquista, en que el monje, al sonido de la campana, abría el breviario para alabar á Dios, y al del clarín empuñaba la lanza para defender su altar. Digna fachada de los hermanos de San Raymundo, abad de Fitero, fundador de la orden militar de Calatrava y de los hijos de San Bernardo, predicador de una cruzada.

Pasada la puerta principal y el rico aunque barroco cancel, párase el visitante, admirado por la grandeza, solidez y severidad del interior del templo, extrañamente hermanadas con la esbeltez de la nave central. Desarróllanse ante sus ojos tres prolongadísimas naves, las de los lados, de apocada altura; la del centro excesivamente elevada. Tras ellas atraviesa el templo larguísimo crucero, que

(1) En tiempo de los monjes, parece que entre estas casas había alguna sin edificar.

(2) D. Buenaventura Hernandez Sanahuja. *El monasterio de Santas Creus. Tarragona, 1886*, págs. 8 y 9.

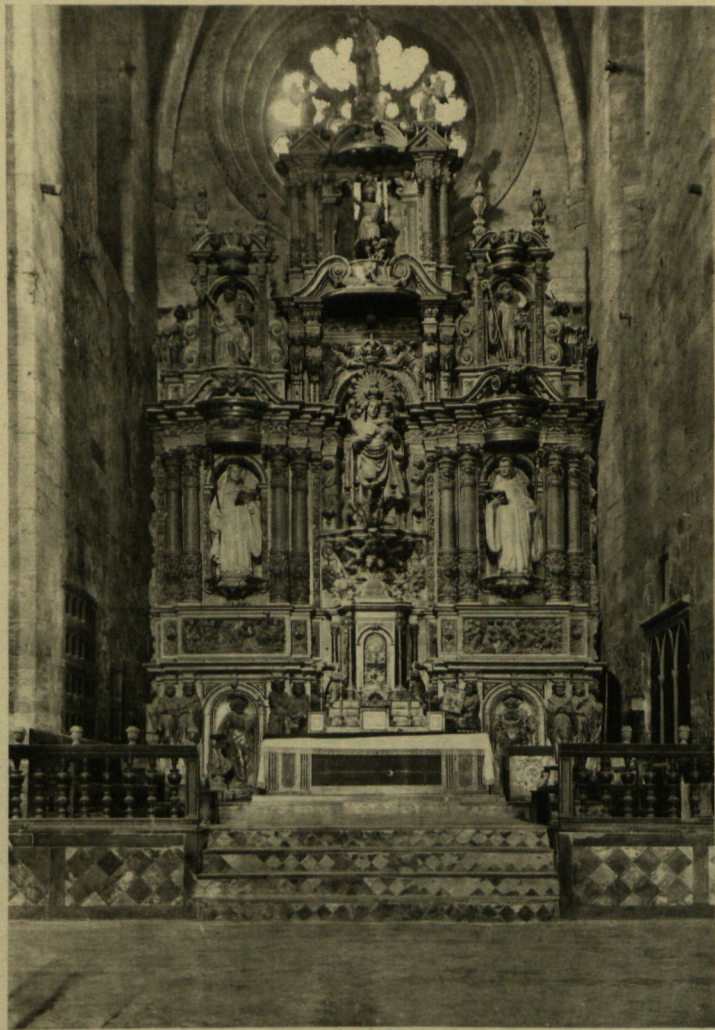
(3) D. Buenaventura Hernandez. Obra citada, pág. 9.

alargando sus brazos más allá de la anchura de aquéllas, da á la planta total la forma de una perfecta cruz latina. Y en el fondo terminan el edificio cinco ábsides de sección cuadrada, mayor el central, menores los dos de cada lado. Seis compartimientos cuenta cada una de las tres naves, con sendos arcos semicirculares de comunicación de unas á otras en cada lado de la central. Separan un compartimiento de otro anchísimos arcos transversales de sección cuadrangular y ligeramente apuntados, los que, sin intermedio de capitel, prólonganse para abajo en forma de pilar, adheridos á las paredes laterales hasta unos tres metros del suelo. Las bóvedas son por arista cruzada, pero en lugar de los graciosos aristones y claves que adornan las ojivales, carecen de éstas, y forman aquéllos una corpulenta moldura de sección cuadrada, de sillares cúbicos. Los machones ó grandes pilares que sostienen los muros laterales de la nave central, guardan también la forma ó sección rectangular y vienen destituídos de todo adorno. Por rara suerte, ni los colorines ni la cal han sentado nunca su planta sobre los pulidos sillares de este templo. El fondo plano del ábside hállase perforado en la parte alta por un no pequeño rosetón genuinamente románico, con calados y ocho columnitas colocadas en sentido de radios; y bajo de él, por tres largos y abocinados tragaluces del mismo estilo arquitectónico, clara representación éstos de la trinidad de personas y aquél de la unidad de naturaleza del augusto misterio al que estaba dedicado el templo. A lo largo de la nave central ábrese una fila de sencillos ventanales abocinados, sin calados, uno á cada lado exterior de los compartimientos, amén de los practicados en las laterales. Carecen éstas de capillas y altares en el muro exterior. He dicho que brillaba en este templo la solidez, severidad y esbeltez, y es así: aquéllas por la descomunal profundidad de sus muros, los corpulentos pilares, arcos y aristones, la ausencia baquetas, calados y demás adornos archi-

tectónicos y los desnudos sillares de sus paredes desprovistas de altares, de tal modo que esta iglesia mejor parece cavada á guisa de cueva en la peña, que levantada sobre la faz de la tierra; mientras por opuesto lado aparece la esbeltez en el grandioso y hermosísimo ventanal de la fachada, los numerosos de las naves, el rosetón del ábside y sobre todo en la grande longitud y altura de la nave central, impropias del arte románico y que evidentemente indican los albores del ojival. «Las dimensiones del edificio... son muy proporcionadas, y sus partes guardan perfecta armonía entre sí: los arcos de la nave central tienen 17'59 metros de altura, y la profundidad total de la iglesia es de 70'08 en esta forma: desde la puerta al crucero 54 metros; el crucero tiene 7'57 y 8'51 el presbiterio hasta la pared del ábside... El plan terreno de la nave transversal que forma el crucero tiene 35'67 de longitud... El ancho de la iglesia, comprendidas las tres naves... es de 21'89 en esta disposición: 3'91 la nave de la izquierda; 2'50 el machón; 8'51 la abertura de la nave central; 2'51 el otro machón, y 4'07 la abertura de la nave de la derecha. Los machones forman unos macizos rectangulares (*de sección rectangular*) de 3'67 de longitud por 2'50 de latitud... El coro está situado en el centro de la iglesia» (1), y abarcando los tres compartimientos próximos al crucero, ciega con un tabique los tres arcos de cada lado, que daban paso á las naves laterales, dejando empero bajo ellos desahogado lugar para sepulcros y retablos que miran á dichas naves menores. La sillería del coro, hoy desaparecida, estaba, al decir de Villanueva, «curiosamente labrada» y era del «buen tiempo» (2). Los huecos ó nichos de debajo los dos primeros arcos de uno y otro lado están ocupados por altares que miran á las respectivas naves laterales; el tercero, del lado del Evangelio, ocupábalo el grandio-

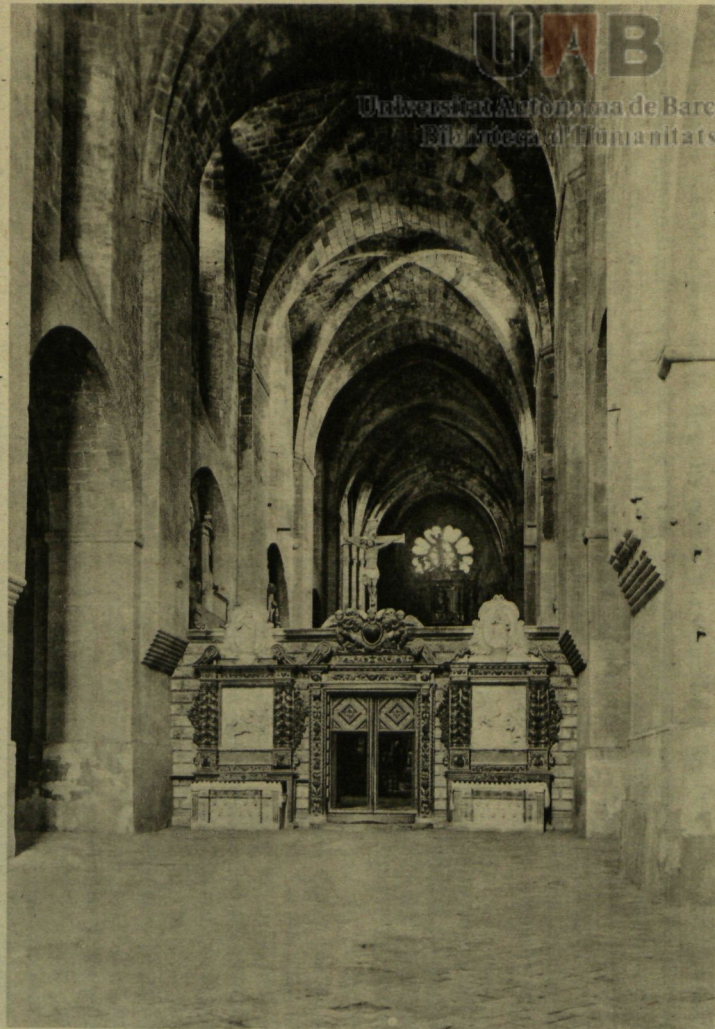
(1) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, páginas 10 y 11.

(2) *Viaje literario*. Tomo XX, pág. 110.



ALTAR MAYOR DE SANTAS CREUS.—1904

(Fotografía de D. Tomás Flaquer).



TRASCORO DE SANTAS CREUS.—1904

(Fotografía de D. Tomás Flaquer).

so órgano, que desde el suelo llegaba por fuera del hueco hasta cerca de la bóveda de la nave central, y el del lado de la Epístola cobijaba el panteón de la casa de Moncada y Medinaceli de frente á la nave mayor.

Es notable en este templo el asiento de los celebrantes, el cual consiste en un hueco ancho, ó mejor, tres huecos contiguos cavados en el muro del presbiterio, separados uno de otro por finas columnitas góticas y terminados por arquitos ojivales con adornos del mismo gusto, todo hermosísimo.

Antes de despedirnos de la parte arquitectónica de este templo, no sé ni quiero resistir á la tentación de copiar el favorable juicio que mereció á D. Pablo Piferrer. Dice así: «El triste y oscuro color de las piedras, la dulce tranquilidad de sus líneas y la sencillez de todas sus partes, llaman de repente las miradas del artista que la contempla largo rato sin acertar á descubrir la causa de su belleza... Los sentidos, la inteligencia y hasta la imaginación reposan en ella con placer, sintiéndose á la vez halagados y satisfechos... Hay en todo una simplicidad y una desnudez que asombran, pareciendo difícil que haya podido brotar de ellas la belleza que respira el templo, fundada, no en el lujo de los detalles, sino en la armonía del conjunto... La iglesia de Santas Creus aventajaba y aventaja no sólo á la de Poblet, sino á las creaciones más acabadas de su tiempo, por su mayor belleza interior, emanada de las gallardas proporciones que conservan entre sí sus miembros y sus formas más sencillas y severas...» (1)

El retablo mayor, obra de mitad del siglo xvii, brilla por su feo barroquismo. Fórmanlo tres órdenes ó pisos, con tres nichos en cada uno de los dos altos. Sepáranlos columnitas estriadas y muy adornadas y otras esculturas; y los coronan cornisas con absurdos frontones triangulares de ángulo superior cortado

y reducido á dos volutas. La hornacina principal está ocupada por la Santísima Virgen, y las demás, por regla general, por santos de la orden, todos, aunque de tamaño natural, de ningún mérito artístico. Poséenlo, sin embargo, varias figuras de tamaño natural y alto relieve del orden bajo.

«Al erigir el templo sólo se construyeron cuatro capillas, abiertas en la pared (*oriental*) del crucero, dos á cada costado del presbiterio»; bien que con posterioridad se abrió otra ojival en el muro N. del trascoro (2). En las cinco los monjes colocaron retablos de la forma siguiente. En la del crucero, lado de la Epístola, y más lejana del presbiterio, un retablo de madera, barroco, dorado, que cobija á la Purísima Concepción. En la del mismo lado, próxima al presbiterio, también el retablo presenta formas barrocas, proliferas esculturas, todo dorado, y guarda en su centro un gran Crucifijo. En la del crucero, lado del Evangelio, próxima al presbiterio, otro retablo de iguales circunstancias de los reseñados ofrece á la veneración pública la Virgen del Rosario; mientras en la última de este lado otro retablo del mismo estilo, y también dorado, tiene á San Juan. En la mentada capilla del trascoro otro retablo barroco presenta en bajo relieve las almas del purgatorio. Además los monjes colocaron en el mismo trascoro, arrimados de espaldas á la fachada del templo, dos retablos, uno á cada lado de la puerta, los dos barrocos, muy adornados, y cuyas imágenes son lienzos al óleo. En el mismo trascoro, arrimados al muro trasero del coro, uno á cada lado de la puerta de él, aparecen dos otros retablos, de forma igual los dos. Proceden de los mejores tiempos del barroquismo, y están formados por columnas salomónicas y un grande lienzo cada uno (3). La desaho-

(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 11.

(3) Todos los antecedentes detalles de los retablos laterales y muchos otros, que en gracia á la brevedad omití, los debo á la bondad de mi discípulo y amigo D. Alfonso Figueras, quien los escribió sobre el terreno en 14 de abril de 1900.

(1). *Recuerdos y bellezas de España-Cataluña.*

gada puerta del coro hállase también muy provista de adornos barrocos, y termina en alto por un no pequeño crucifijo, lo que, junto con los vecinos retablos, da mucho carácter al muro. Las mesas de los altares de este templo, por regla general, son de piedra, sostenidas por columnitas góticas, circunstancia que demuestra su mucha antigüedad.

Las joyas de mayor precio que contiene este templo, descontadas las de orden espiritual, son los sepulcros, especialmente los dos reales. Ambos se hallan en el crucero, á continuación de la línea del muro de la nave central, y entre ésta y la de la lateral: el de Don Pedro III en el lado del Evangelio, y el de Don Jaime II y su esposa Doña Blanca en el de la Epístola. Consisten en dos preciosos sarcófagos colocados dentro de sendos templete ó glorietas góticas de calados, hermosísimas. D. Teodoro Creus los describe con las siguientes líneas: «ENTERRAMIENTO DE D. PEDRO III. — Sobre un basamento de piedra arenisca se alza un templete formado de recortadas y caprichosas ojivas descansando sobre columnas de piedra jaspe plumiza con capiteles de diminuto follaje en mármol blanco, pintado todo policromo y dorado, de dichos capiteles para arriba, y con muchos escudos con las cuatro barras. De cada uno de los ángulos ó esquinas del templete, arranca unaafilgranada aguja, y los arcos ojivales de cada cara terminan en una cruz de follaje. En cada uno también de estos mismos ángulos brota, como si fuese una especie de gárgola, uno de los atributos que acompañan á los Santos Evangelistas, el Ángel, el León, el Toro y el Aguila.»

«Debajo de este templete y encima de unos leones de mármol blanco puestos de través... descansa la soberbia urna de pórvido (bañadera, según unos, de un califa; según otros, trofeo traído de Sicilia por Rojer de Lauria), que mide 2'24 metros de largo por 1'90 de ancho y 0'75 de alto, y tiene esculpidos en medio relieve en una de sus caras tan solamente, una

cabeza de león y dos anillas con una hoja de yedra en medio de cada una...»

«Cierra esta urna una gran losa del jaspe plumizo de las columnas, de unos 10 centímetros de grueso, y sobre dicha losa se alza una urna de alabastro, de planta octogonal prolongada, con ojivas y pilares de precioso trabajo todo al derredor, y con imágenes de Santos, de hermosas cabezas y bien plegados ropajes; y de entre la bella crestería y pináculos que coronan el templete, sobresale una delicada aguja, de dos pisos ó cuerpos de alabastro también...»

«D. Pedro III eligió sepultura en Santas Creus siendo solamente Infante, en 1258, y lo confirmó siendo rey en 1283. Y al morir en Villafranca del Panadés en la noche del 11 de Noviembre de 1285 según Desclot, ó en 12 del mismo según Muntaner y otros, después de confesado por Galcerán de Tous, monje de dicho monasterio, fué llevado allí en hombros su cadáver, y en Diciembre de 1300 trasladado á su actual enterramiento á instancias de su hijo D. Jaime II, con asistencia de muchos obispos, abades, barones y caballeros» (1), donde descansa por milagro aun hoy. La altura total de este artístico y preciosísimo monumento mide 7'42 metros (2).

«ENTERRAMIENTO DE JAIME II.—Este enterramiento tiene también un templete muy semejante al de don Pedro III y de iguales materiales construido» (3). Difiere en insignificantes detalles y en que en este «en el centro del techo ó cúpula se alza una gran aguja de riquísima labor. El primer cuerpo del sepulcro, que es todo de alabastro, está rodeado de escudos esculpidos, alternados de barras y flores de lis, y en la cara que mira al altar mayor tiene un ángel en actitud de incensar. Sobre de este cuerpo corre una cornisa, y más arriba de ésta un segundo cuerpo formado por arcuaciones ojivales

(1) Obra citada, págs. 32 y 33.

(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 15.

(3) D. Teodoro Creus: Obra citada, págs. 33 y 34.

sobre fondo de vidrio azul oscuro, ó negro, y á cada lado de la tapa á dos pendientes que cubre la tumba ó sarcófago, las estatuas yacentes del Rey y de su querida esposa *la Sancta Regina madona Blanca de Santa-Pau* como la llama el cronista Muntaner, afeitado el Rey, cubiertos los dos con hábitos benedictinos de anchas mangas que cubren sus manos, y con coronas, no iguales, sino más alta y rica en detalles la de Don Jaime.»

«Sobre el segundo cuerpo se ve una especie de friso, que aparece como añadido posteriormente, de alabastro también, pero de estilo plateresco de muy buen gusto... Del medio de la tapa del sepulcro, entre las dos estatuas yacentes, se levanta, por fin, una lijera y elegante aguja, y en la testera ó cabecera ocupa el lugar de una columna la imagen de un Santo debajo de una afiligranada marquesina» (1). El sarcófago guardaba realmente los cuerpos enteros de Rey y Reina vestidos de hábitos cistercienses (2).

«Jaime II eligió sepultura en Santas Creus en manos del abad Buonnonato en 1292. Y al morir en Barcelona á los 2 de Noviembre de 1327 fué su cadáver depositado en el convento de frailes menores hasta la llegada del príncipe D. Alfonso, y desde allí trasladado á dicho monasterio...»

«Enfrente de estos dos enterramientos y en los pilares ó macizos que separan el presbiterio de las dos capillas laterales del crucero, están empotrados respectivamente los epitafios referentes á los dos reyes...» (3). «¡Cuántas maravillas puso también en Santas Creus el arte que se ha llamado gótico! Los dos sepulcros de D. Pedro III y D. Jaime II lo pregonan con vivísima elocuencia. La gallardía de sus líneas hállase unida á una simplicidad varonil, con lo cual no asoma el menor

rastró de afeminación en la parte alguna, en ninguno de sus detalles...» (4).

«TUMBA DE ROGER DE LAURIA.—La tumba del famoso almirante, eterno vencedor de los franceses, consiste tan sólo en una sencilla fosa abierta en tierra al lado derecho del enterramiento del Rey á quien tanto sirvió,... y está cubierta dicha fosa con una losa de mármol blanco que tiene casi borradas las letras iniciales de la inscripción y los cuatro escudos de barras horizontales que lleva esculpidos en la orla que la rodea. La parte superior de dicha losa, que contenía el nombre, falta... y se veía sólo en aquella lápida lo siguiente: «*Assi jau lo noble en R... ral dels Regnes d'Aragó é de Cicilia per lo Senyor Rey d'Aragó é passá de esta vida en l'any de la Encarnació de nostre senyor Jesu Christ 1304 á 16 de las Calendas de Febrer*» (5).

En el lugar ya arriba indicado, ó sea bajo el último arco de la nave central antes de llegar al crucero, hállase el panteón de los Moncada y Medinaceli formado de ricos mármoles y jaspes, de estilo barroco y con tres laudes. La superior va precedida del escudo de Medinaceli y nos certifica de que el duque don Luis Fernández de Córdova, en 1757, construyó este monumento colocando en él los huesos de sus antepasados y el cuerpo de su esposa D.^a Teresa de Moncada de Benavides. La segunda reza: «*Subtus in hac fossa requiescunt corpus et ossa floris militiae. Sit eis pia dextra Maria. De Cateno monte sumpserunt nomina: sponte Majoricis isti sunt passi nomine Christi.*» La tercera escribe las siguientes palabras: «*Sepultura dels nobles don Ramón y D. Guillém de Moncada, moriren en la conquista de Mallorca en lo any del Senyor 1229*» (6).

Junto á la escalera del presbiterio, al lado del Evangelio, enfrente del mismo panteón de D. Pedro, existía antes de

(1) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 33 y 34.

(2) Testimonio del P. Gregorio Folch, monje de este monasterio, quien vió los cadáveres allí en el presente siglo.

(3) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 34 y 35.

(4) D. Francisco Miquel y Badía. *Diario de Barcelona* del 16 de octubre de 1894, pág. 11868.

(5) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 38 y 39.

(6) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 39 y 40.

1835 la urna de madera que contenía los despojos mortales de la Reina D.^a Margarita, mujer de D. Martín de Aragón, la cual fué abadesa del monasterio de *Bon repós*. En el lado opuesto, y enfrente del de D. Jaime, se hallaba otra caja de madera que contenía el cadáver del infante D. Fernando Sánchez, señor de Castro, hijo de D. Jaime I: ambas desaparecieron durante la revolución. También desapareció la que contenía las cenizas de otro D. Fernando, hijo de Alonso IV y de doña Eleonor de Castilla, el cual murió violentamente, por orden de su hermano D. Pedro IV, en Castellón de la Plana (1).

«En la última capilla del crucero, y adherida á la pared del cementerio, existe en el más perfecto estado de conservación la hermosísima tumba del abad D. Guillermo Gener de Ferrari, cuya estatua yacente, que es de buena escultura, se halla tendida en el derrame ó pendiente de la tumba. (*Mejor, pues, le llamáramos sarcófago que tumba.*) El frente del sepulcro está dividido en tres partes; en el centro hay la inscripción de letra minúscula gótica alemana, perfectamente grabada en fondo... A los dos costados del epitafio se hallan repetidos los escudos de armas del abad, exactamente iguales, esculpidos con una delicadeza admirable... Por lo demás, puede considerarse este sepulcro como un modelo del arte: está construído de piedra arenisca de un grano muy fino: tiene 1 metro 87 centímetros de longitud y 1 m. 15 c. de altura.»

«Entre este panteón y la puerta del cementerio (*en el muro N. del crucero*) se halla, sostenida por cinco columnas, la tumba (*el sarcófago*) que contiene los restos de D. Arnao Guillén de Cervelló, barón de la Llacuna y los de su esposa» (2).

«Junto al mismo muro que el anterior, y á la otra parte de la puerta que da al

cementerio, existe otro sepulcro de piedra, liso, con cubierta de dos pendientes, que se ignora á quién hubiese podido pertenecer.»

«En medio de la nave central, y en el pavimento cerca de la puerta del coro, hay una lápida que dice: *Hic requiescunt ossa monialium é diruto Bonaequietes Coenobio...* A más de estas sepulturas que acabamos de describir, y están visibles todavía, había otras dentro de la iglesia...» (3).

Una puerta abierta en la testera meridional del crucero da entrada á una pieza pequeña y abovedada, que fué antiguamente sacristía, y en los últimos tiempos de los monjes paso á la nueva. Esta es un sencillo salón, casi cuadrado, de no exiguas proporciones.

«En la iglesia, debajo del horario (*gran muestra del reloj, la que en lugar de doce horas marcaba las veinte y cuatro del día*) y sobre la puerta de la sacristía había un cuadro que llenaba toda aquella pared, representando el juicio final. Sus figuras de primer término alcanzaban el tamaño natural. Estaba admirablemente pintado. Ya comprenderá V. que en él había la Gloria con todas las jerarquías celestiales; cuerpos que al sonido de las trompetas salían de sus tumbas, unos con todas sus carnes, mientras otros se iban revistiendo de ellas á medida que iban saliendo. Composición magnífica que siempre había llamado la atención de los inteligentes.»

«Entre el coro y el sepulcro de los Moncadas había los retratos de D. Jaime II, de la Reina D.^a Blanca y del príncipe Alfonso. En la parte opuesta, bajo el órgano, el de la Reina Margarita de Prades, de D. Pedro el grande, de Roger de Lauria, el de Galcerán de Pinós y otro. Todos los dichos retratos eran de medio cuerpo, vistiendo de guerreros los de debajo del órgano y con el casco puesto, menos D. Pedro que lo tenía sobre una mesa á su lado.»

(1) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 42.

(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, págs. 19 y 20.

(3) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 41 y 42.

«En la sacristía había dos cuadros representando á Santa Catalina y á Santa Bárbara respectivamente, también de medio cuerpo, y con rostros tan simpáticos que atraían las miradas de todos» (1). Era además muy notable el lienzo que representaba á la Virgen del Rosario con otros Santos (2). «Antes de la revolución se veían dos cuadros en los dos machones de la iglesia inmediatos al trascoro; el uno representaba á D.^a Guillerma de Moncada, y el otro á D. Ramón de Cervelló, ambos á caballo, completamente armados, matando moros. Encima de estos cuadros existían colgados en la pared los mismos escudos ó adargas que habían defendido sus personas» (3).

Para la reseña de joyas sobrenaturales y artísticas, interesa copiar las siguientes palabras de Villanueva, escritas en el mismo monasterio, en octubre de 1804. «En el testero del crucero, á la parte de la Epístola, está la sacristía, donde vi algunos cálices antiguos, entre ellos uno que es del siglo xiv con el cráter cónico, de ocho dedos de diámetro y cuatro de altura. En el relicario hay reliquias de San Bernardo Abad, San Benedicto Mártir y otras menores, la cabeza de San Deodato, el cuerpo de Santa Clara Virgen y Mártir, una de las once mil, parte de la cruz del buen ladrón, un dedo de San Juan Limosnero, muelas de los Santiagos mayor y menor y otras. La más insigne por la novedad con que llama la atención de los viajeros es la de la *Santa Mano*, que se conserva en un relicario moderno, entera hasta la muñeca con toda la carne y uñas, y los dedos en ademán de bendecir. La historia de esta reliquia refiere el P. Maestro fray Angel Manrique, Annal. ord. cisterc. ad ann. 1157, cap. V, núm. 5, con estas palabras: «Floreció además Santas Cruces por los varones muy santos... y aquel Santo (cuyo

nombre por desgracia se perdió), perpetuo capellán y ministro de las almas del purgatorio, al cual, mientras oraba en el cementerio por ellas, bendijo una mano que brotó de la tierra; y habiéndose repetido el prodigio, la mano unida al brazo permitió ser arrancada de allí por aquel devoto; el cual brazo y mano, sea que procediera de un varón santo allí sepultado, sea que de nueva formación de Dios, íntegra hoy con la carne y cutis y enteramente ilesa subsiste en memoria del milagro...» (4). Dicen que, consultado el caso con el Romano Pontífice, fué aprobado el culto de la mano y permitido que se exponga á la pública veneración el día de Ánimas, y así se efectúa.»

«Otra reliquia insigne es la lengua de Santa María Magdalena, colocada dentro de un cristal de la misma figura, y cubierta por la espalda con un zafiro muy grande. Tiénese por dádiva de Doña Blanca, mujer del Rey Don Jaime II: con una partecita que se cortó de esta lengua, y está en otro relicario aparte, se acostumbra bendecir agua para repartir entre los fieles. Consérvanse también dos relicarios que fueron del convento de monjas de *Bourepós*; obra prolija, y según todo el gusto gótico.» (*¡Cuán hermosos debían de ser!*) «De San Bernardo Calvó, hijo de esta casa y Obispo de Vique, se guarda aquí la mitra y un hueso de la pierna: también he copiado su testamento, hecho en 1215, que es reliquia literaria. Hay también un pedazo de *Lignum Crucis*, de quien se tiene por tradición que dicho Santo, siendo Abad del monasterio, lo sacó y puso entre las llamas que consumían el grano que estaba en la era, las cuales se apagaron con esta diligencia, quedando la reliquia ilesa. Adornan esta reliquia dos camafeos, uno de figura humana y otra de caballo. Otro relicario antiguo y sencillo encierra una espina de la corona de Cristo: el pie es una copa de ágata, vuelta de revés y bien

(1) Carta dirigida en 1891 á D. Teodoro Creus por el monje de Santas Cruces D. Gregorio Folch. Se lee en el folletín de *La Renaixensa* de 1891, págs. 516 y 517.

(2) D. Teodoro Creus en el dicho folletín, pág. 518.

(3) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 27.

(4) Villanueva da en latín este texto de Angel Manrique. Yo lo traduzco.

guarnecida. He visto allí mismo una cruz de ébano con una preciosa y bien ejecutada imagen del crucifijo de plata sobredorada y la cabeza de oro; es mucho más estimable la hechura que la materia. Hay también un portapaz del tiempo de los Reyes Don Jaime II y Doña Blanca: es un cuerpo pequeño, de orden parecido al corintio, que es al que más se asemejan todos los capiteles y cornisamientos de los edificios que he visto por acá del siglo XIII y principios del XIV; en el centro hay la adoración de los Reyes pintada sobre cobre y barnizada al fuego. Del mismo Soberano se guarda allí la espada y el palo. De la Reina se guarda el sello, colgando de una cinta del relicario de la Santa Mano...» (1).

Atendiendo al mal gusto dominante en la época, y aun en el ánimo, del autor copiado, y á la parquedad de los elogios que suele tributar á las obras ojivales, podrá el menos listo deducir el inmenso valor artístico que debieron de poseer los relicarios y demás objetos enumerados, que califica de labrados «según todo el gusto gótico», ó de «antiguos», ó de «copa de agata, guarnecida», ó de imagen «más estimable» que el oro y la plata, ó de otras maneras en la corteza sencillas, en la realidad profundamente ponderativas.

Encajonado en el ángulo que el lado meridional del templo forma con el brazo del crucero, hállase el precioso claustro moderno, obra del siglo XIV, en sus lados S., E. y N., y de los principios del ojival flamígero en la de Poniente; claustro que no dudo en calificar de el más hermoso de Cataluña. Vence al de la Metropolitana tarraconense en el estilo y adornos, al de la capital del Principado en los calados de las ojivas y sepulcros, al de Vich en las dimensiones y sarcófagos, y al de Poblet en la exquisita elegancia. Su planta general forma un rectángulo, cuyos dos lados mayores, que son los que corren paralelos al templo, miden 39'65

metros, y los menores 35, siendo la anchura de la galería 4'15. Aquéllos ostentan ocho bien cortados arcos de comunicación con el patio ó jardín; éstos seis. Adornan las grandes ojivas de estos arcos, hermosos calados, mejor filigrana delicada que piedra, apoyados en los haces de baquetas que en los lados suben adheridas al pilar, y en dos esbeltas columnitas, que en cada abertura dividen en tres partes el vano. Las galerías vienen cobijadas de preciosas bóvedas, también ojivales, divididas en un compartimiento para cada arco, formadas por arista cruzada con graciosas claves y aristones, apoyados en ménsulas, muy bien halladas, y tan bien ejecutadas. El capitel corrido que termina las haces de baquetas en los pilares y los de las columnitas, forma una valiosa sarta de figuras bíblicas y profanas, animales, vegetales, caprichos, en fin, preciosidades, trabajadas con tal finura, que antes parecen de dócil barro escultórico que de dura peña. «Adosado á una de las arcuaciones del ala de Mediodía (*en el patio del claustro*) se halla un templete de estilo románico sostenido por columnitas cortas con capiteles sencillísimos, de follaje aplanado, y cerrados los seis arcos que lo sostienen por una llave que tiene apenas refundida una cruz de oriental dibujo... La concha ó pilón que hay en el centro de este templete, y que es toda de mármol blanco, mide 2'37 metros de diámetro, y arrojaba por 18 agujeros otros tantos copiosos chorros de agua fresca y cristalina, cuyo dulce y armonioso murmullo aumenta extraordinariamente el atractivo de aquel privilegiado sitio...» (2). Con lo que dicho queda si el monasterio disfrutaba de abundante caudal de aguas de pila.

Mas con haber dicho tanto en justa loanza de este claustro, resta aún mentar sus más valiosas prendas, los históricos sarcófagos que lo circuyen. En el ala de Poniente, junto al ángulo S., tiene su entrada desde el exterior. Siguiendo la mis-

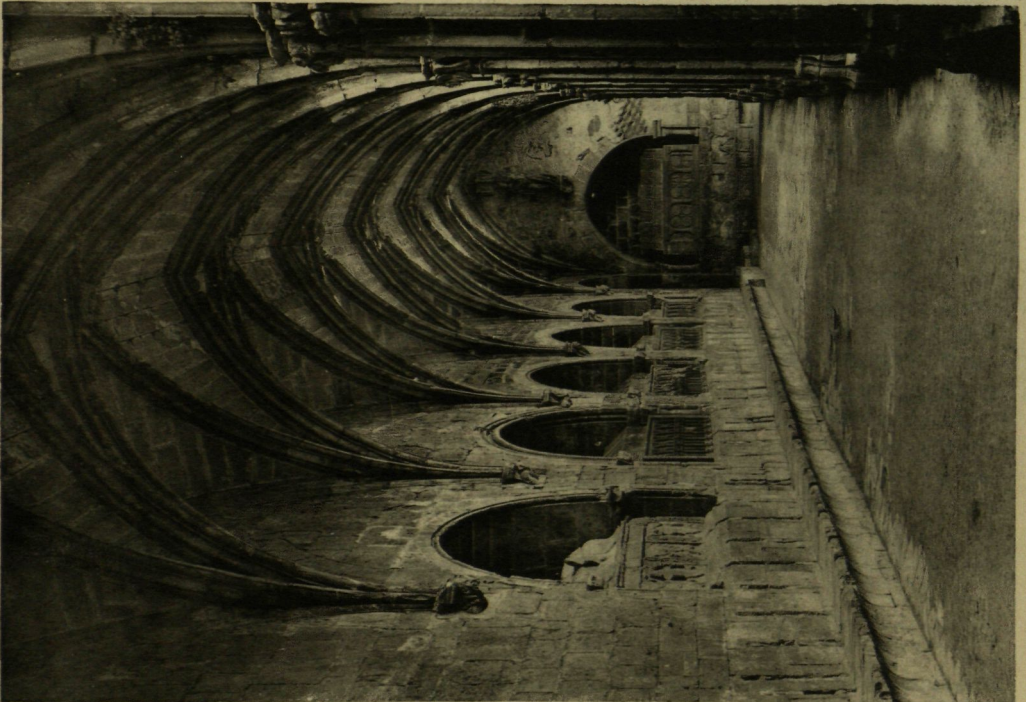
(1) Villanueva. Obra citada. Tomo XX, págs. de 117 á 120.

(2) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 53 y 54.



CLAUSTRO DE SANTAS CREUS.—1896

(Fotografia de D. Francisco Brunet).



ALA N. DEL CLAUSTRO DE SANTAS CREUS

ma galería, hacia N., ó sea hacia la iglesia, se hallan dos grandes nichos cavados en el muro exterior, con arco de medio punto, ó sea redondo, á manera de *arcosolium* de las catacumbas, y en ellos sendos sarcófagos de cuerpo entero. «El primero pertenece á D. Pedro de Tarragona y á su familia; está perfectamente labrado de piedra calcárea del país, muy fina y compacta: su frente se halla adornado con ocho escudos en relieve, que representan las armas de la ciudad de Tarragona esculpidas con mucha habilidad. Fué construído en el año 1593.»

«El que sigue, de la misma materia, forma y dimensiones, corresponde á los señores de Montolíu, Renán y Bonrepós; lo decoran nueve bellos escudos en relieve... Se erigió en 1437... En el pavimento de este mismo costado se ve una losa, cuya inscripción dice que están allí depositados los restos de Jaime y Gaspar Salla, mercaderes de Barcelona, y los de sus familias.»

«El costado N., llamado de la Lección, lo forma, como queda dicho, la misma pared de la iglesia, con la que se comunica por dos puertas. Al pie de la primera» (1) hay la losa de mármol blanco y tumba de Pedro Jutje, farmacéutico de Barcelona, de 1310.

«En el muro de este costado se hallan abiertas las seis cimbras (*nichos ó arcosoliums de medio punto*)... contemporáneas de la iglesia, y dentro de cada una de ellas hay un panteón (*una gran caja ó sarcófago de piedra*) de gusto románico ojival. El primero en orden después de el del boticario de Barcelona... pertenece á la noble casa de Cervera... El segundo es conocido generalmente por el de la *Invicta Amazona*: su frente está dividido en tres compartimientos; en el del centro se halla esculpida en muy alto relieve la estatua ecuestre de la ilustre amazona que allí reposa, armada de punta en blanco, con espada y rodela... Hemos procurado indagar el origen de

aquella calificación, sacando únicamente en claro, que antes de 1835 existía colgada en la pared una tablilla con esta inscripción: *Yace aquí la Invicta Amazona, terror de los agarenos, D.^a Guillerma de Moncada, mujer de D. Ramón de Cervelló, la cual, cautivo su marido por los moros, emprendió tan singular hazaña como fué librarle*» (2). Ambos esposos estaban representados, según dije arriba, en sendos lienzos de la iglesia. «En el tercer nicho el de la familia de los señores de Puigvert, sepultados dicen en 1200. A la noble y distinguida casa de los señores de Queralt pertenece el panteón cuarto...» Sus escudos tienen leones rampantes. «Los barones de Cervera tenían su tumba en la quinta cimbra, y en el frente de aquélla se ven unos ciervos en alto relieve, los cuales tienen encima de sus ramosas astas unas harpias ó animales fabulosos... En el último nicho se halla el sepulcro de la familia de Cervelló, señores de la Llacuna, el cual se remonta, según se asegura, al año 1198.» Sus escudos ostentan ciervos. «Rasante con la segunda puerta de la iglesia, queda al crucero, y en el mismo poyo ó asiento que corre alrededor del claustro, está sepultado Poncio de Bañeras y su familia ..» (3), año de 1242.

Coronan esta segunda puerta, descansando en ménsulas románicas, cinco estatuas ó imágenes, con más la de la Virgen, que está cerca de ellas, todas obra del período de transición del románico al ojival, prueba manifiesta de que estas figuras (y lo mismo debe decirse de algunos de los sarcófagos) vinieron á este claustro trasladadas de más antiguo lugar, y «casi nos atreveríamos á asegurar, dice el señor Hernández, que en su origen adornaban la puerta principal de la iglesia de gusto románico, antes de ser reemplazada por el frontispicio actual...» (4). En «la parte oriental sólo hay una cimbra

(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 27.

(3) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, págs. 27 y 28.

(4) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 29.

(1) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 26.

que cobija otra tumba de gusto absolutamente bizantino. En ella se colocaron los restos de los Moncadas, trasladados de Mallorca, que murieron en la conquista de aquella isla en 1229» (1) y que después pasaron al panteón de familia del interior del templo. «El frente del panteón está dividido en cuatro compartimientos por cinco columnitas bizantinas que sostienen la tapa triangular... Entre este panteón y la capilla de la Asunción se halla suspendida en el muro por medio de dos cartelas... una linda tumba (*osario*) perfectamente labrada, que pertenece á los nobles Galcerán y Miguel de Pinós» (2). En el suelo vense otras tumbas subterráneas. Al sarcófago de Pinós sigue la puerta de la capilla de la Asunción, edificada ésta en 1560 por D.^a Magdalena Salvá y Valls, allí mismo después sepultada. «Esta capilla... es de reducidas dimensiones, abovedada, y en el centro y encima de una gran mesa aislada, de piedra, á semejanza de las mesas de los altares antiguos, se veía tendida una estatua de la Virgen del tamaño natural, rodeada de los apóstoles y de dos ángeles del mismo grandor. Actualmente se hallan esparcidos por el suelo los trozos de estas estatuas, que son del más bello alabastro, bárbaramente mutiladas. En lo más alto de la pared de enfrente hay un gran cuadro del mismo alabastro, de medio relieve, en donde está simbolizada el alma de la Virgen en forma de huso, sostenida por cuatro ángeles» (3) que la suben al cielo. «Entre esta capilla y el aula capitular existe otra tumba (*osario*) suspendida como la de Pinós, y de igual forma, que pertenecía á D. Pedro y don Geraldo de Aguiló, señores de Talavera y sus baronías...» (4). Pasada la puerta de dicha aula hállase la escalera del dormitorio, y después de ella el sarcófago de los Castellet, colocado en el muro sobre

dos ménsulas en figura de ángeles. Sigue la puerta del segundo claustro, y luego otro pequeño sarcófago sostenido por dos leones, que guardó hasta 1835 los huesos del guerrero Guillermo Salmella, muerto en 1366 (5).

El ala meridional ostenta seis nichos, de los que ocupa el primero, ó más oriental, el sarcófago de D. Bernardo de Montbrió, fallecido en 1235; el segundo, el exiguo de D. Berenguer de Llorach; el tercero, el de la familia Salvá, cubierta la tapa de la urna por una figura yacente en hábitos monacales, y adornada su frente con una inscripción catalana que certifica de los individuos de dicha familia allí depositados desde 1300. «A éste sigue el panteón de Don Guillermo de Claramunt, señor de la Secuita, que murió con los Moncadas en 1229 al verificarse la conquista de Mallorca. A últimos de Mayo de 1665 fué abierta esta tumba, y se encontró entera la momia, distinguiéndosele aún con toda perfección, y en la tetilla izquierda, la herida de lanza ó flecha de que murió. Actualmente está también abierta, pero sólo se ven los huesos de aquel insigne campeón. El quinto pertenece á D.^a Gerarda de Cervelló, mujer de D. Ramón de Alemany, la cual falleció en el año 1253... Finalmente, el último sepulcro contiene desde 1285 los restos del antedicho D. Ramón de Alemany y de Cervelló, señor de Querol, Ramonet y Pontdarmentera. En la tumba que cubre el panteón se halla una colosal estatua yacente, armada de la cota de malla y con espada colgada del talabarte» (6). «He hecho mención de los sepulcros de este claustro, escribe el inteligente crítico D. Francisco Miquel y Badía, y debemos añadir que por sí solos constituyen un museo acabado del enterramiento cristiano en los siglos medievales. ¡Qué variedad en las urnas! ¡Qué variedad en los temas que decoran los lados visibles! ¡Qué profundo sentido

(1) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 29.

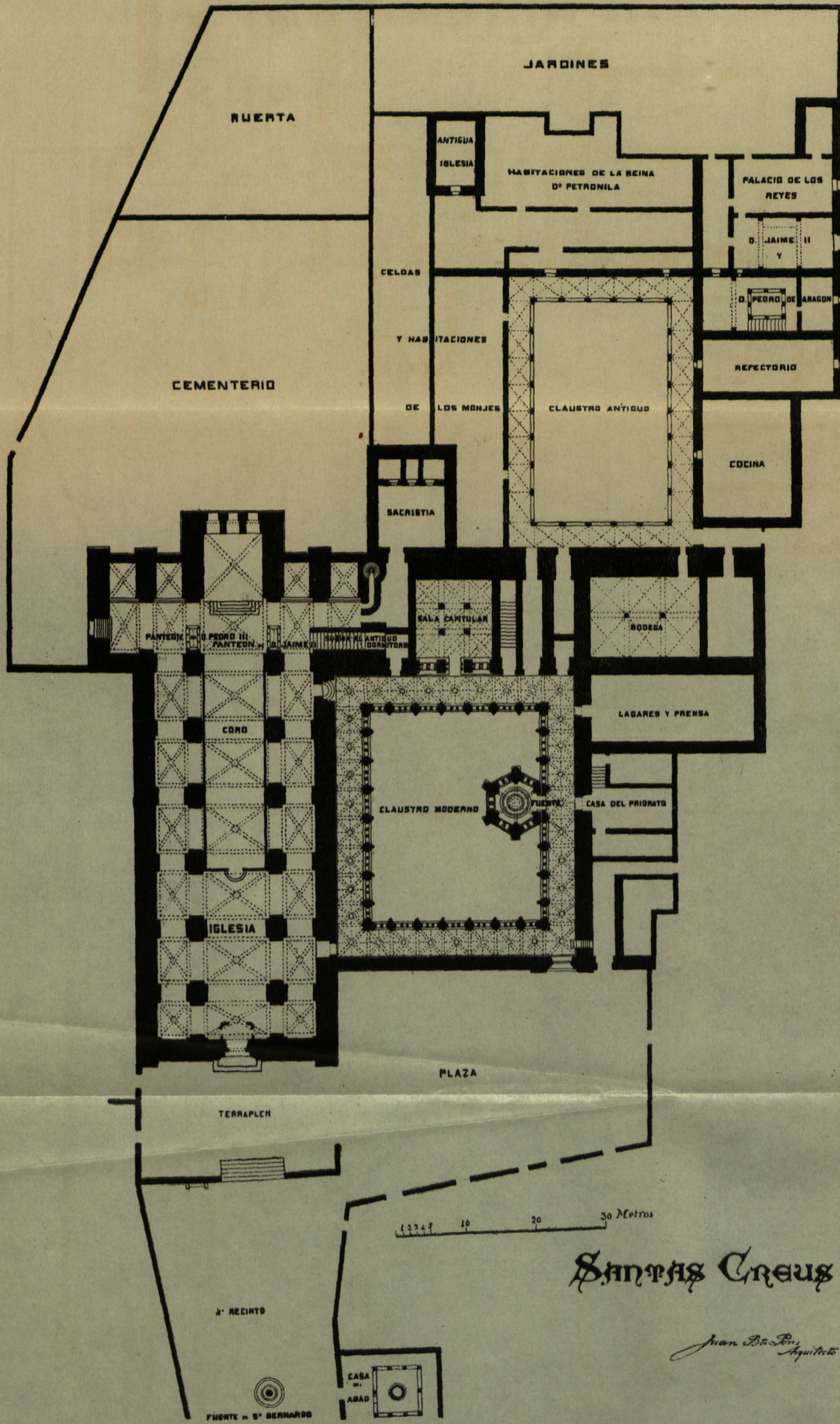
(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 29.

(3) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 30.

(4) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, págs. 30 y 31.

(5) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 33.

(6) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 34.



SANTA CRUZ

Juan Bta. Ruiz Arquitecto

cristiano en todos los antemas decorativos! Aquellas tumbas tienen riqueza, sin que de ella hubiesen alardeado ni los que mandaron labrarlas ni los que las trazaron. Parece que aquellas familias nobles, prepotentes entonces, respetadas, formando casi como dinastías regias, hubiesen olvidado ante la muerte todos sus blasones, todos sus honores y riquezas para acordarse sólo de que eran cristianas y como tales humildes... Signos de la alcurnia de los que allí descansan son únicamente los escudos blasonados, cada uno de cuyos cuarteles recordaba un hecho de la familia dueña de la sepultura. Con la reproducción de los panteones de Poblet y Santas Creus podría formarse, repetimos, un museo completo del arte funerario en nuestro país...» (1).

Junto al ángulo SO., en la cara occidental, tiene este claustro y toda la clausura su puerta de ingreso, si bien sencilla, monumental. A pesar de datar de la época de la construcción del claustro nuevo, remeda en sus arcos, de medio punto concéntricos, la construcción románica, hábilmente hermanada empero con la elegancia ojival. Hermosean aquellos arcos semicirculares el dibujo de sus grandes dovelas, los bocelos y medias cañas, los follajes recortados que forman su límite superior, el gracioso penacho gótico de su cúspide, las baquetas con capiteles que sustituyen sus aristas y el nicho ojival que adorna cada lado de ella, ocupado uno por la estatua de don Jaime y el otro por la de D.^a Blanca.

Mas la pieza que mayores elogios arranca de la acreditada pluma crítica del arriba mentado Sr. Miquel, es la sala capitular. Su planta forma un cuadrado de 11 metros y centímetros de lado. Cuatro columnas cilíndricas, coronadas de hermosos capiteles, la dividen en tres naves, que suman tres, ya se la mire de N. á S., ya de E. á O. El gusto arquitectónico que impera en todas sus líneas es

de la transición del románico al gótico, y con esto dicho queda que forman el techo arcos transversales apuntados, que lo dividen en nueve compartimientos de bóvedas por arista cruzada con aristones y claves. Brilla por la suntuosidad y gusto su puerta, acompañada de la correspondiente ventana á cada lado, todo de estilo románico, y por lo tanto compuesta de robustos pilares rodeados y hermoseados de columnitas terminadas por hermosos capiteles. El número de éstas se eleva á cuarenta, por donde podrá cualquiera concebir idea de la magnificencia de esta fachada. «Por allá, dice Miquel, el claustro nuevo, y sobre todo su portentosa sala capitular, que sin vacilación puede calificarse de maravilla arquitectónica. ¡Cuánta habilidad se advierte en la combinación de los arcos y arquivoltas! ¡Cómo se enlazan bellamente dando por resultado un conjunto movido, sin confusión nunca, antes con claridad pasmosa! ¡Qué bien resueltos se presentan todos los problemas de construcción relacionados con esta importante dependencia del cenobio cisterciense! La sala capitular y el pabellón de la fuente en el claustro nuevo se adelantan á nuestro entender, en lo que toca á pureza de estilo, á los mismos arcos del claustro, en los cuales se advierte ya como un mayor deseo de ostentación y magnificencia» (2).

Admiran en el pavimento de esta sala las siete grandes losas sepulcrales que ocultan los restos de un Obispo y seis Abades. En ellas se ven de cuerpo entero las figuras de los siete Prelados, esculpidas en alto relieve y con tal verdad y finura, que engañan al espectador, el cual llega casi á dudar si son escultura ú hombres dormidos. Visten casi todos ornamentos con casulla, y como datan de los siglos XIV al XVII, ambos inclusive, se prestan á un provechósimo estudio de indumentaria sagrada. Además adornaban esta sala cuatro grandes lienzos, cuyos asuntos eran: San Bernardo predi-

(1) *Diario de Barcelona* del 16 de octubre de 1894, página 11868.

(2) Lugar arriba citado.

cando la cruzada, Santo Domingo predicando contra los albigenses, el martirio de San Pedro de Castronuovo, y otro que ignoro (1).

Tras del hermosísimo claustro nuevo, ya descrito, hállase el sencillísimo y austero de los monjes jóvenes llamado *el viejo*. «Allí, más que en ningún otro punto del monasterio, se refleja con toda su fuerza el instituto de la reforma...» (2).

Fórmanlo unas ojivas apenas pronunciadas, bajas, mezquinas y destituídas de todo adorno, las que sostienen la pared lisa del piso alto. «En el muro interior del corredor se ven las desvencijadas puertas por donde se entraba á las habitaciones independientes de los monjes, las cuales, como los claustros, son mezquinas y tristes, expresando mudamente la verdadera ocupación de los que las ocupaban» (3). Este claustro mide 38'18 metros de E. á O. y 20'10 de N. á S.

Por su ala de Poniente éntrase en la bodega, pieza también monumental, pues sus muros están formados de pulidos sillares y su techo de bóvedas, sóstenidas por arcos y dos columnas. El desahogado refectorio mide 18'62 metros por 7'55, mas renovado en 1733 y 1828, muestra blanqueadas sus paredes y el cielo-raso de yeso, con molduras barrocas. «En la pared del testero se ve todavía (*en 1884*) el marco y tela de un gran cuadro... borra da empero completamente la pintura» (4). «Por otra puerta abierta en el extremo oriental del rectángulo que forma el claustro, se pasa á un patio mucho más antiguo todavía, donde se ven las primeras habitaciones que ocuparon los ascéticos introductores del orden del Císter en Cataluña, y junto á ellas la primitiva capilla de San Bernardo ó la Trinidad, tan sencilla y simple como los orígenes de estas órdenes monacales» (5). Era completamente románica. De ella escribía Villa-

nueva en 1804: «Se conserva la iglesia pequeña con la advocación de nuestra Señora y la Trinidad, y un altar digno de guardarse para la historia de la pintura. Del tiempo en que resucitaba este arte es el altar que hay en el oratorio de la enfermería, donde se ven algunas figuras bellísimas» (6).

En el lado S. del claustro viejo hay el palacio de Don Jaime y de Doña Blanca. «No pueden recorrerse sin emoción aquellos salones, donde en medio de los acordes cantos de los monjes y de los melodiosos ecos del órgano, oídos en lontananza, se discutían y firmaban tratados, de cuyo buen ó mal éxito dependían la vida é intereses de millares de personas: no puede subirse aquella escalera, ahora triste y silenciosa, llena de moho y parietaria, sin recordar que un día resonó bajo las férreas pisadas de los guerreros que venían á deponer á los pies del soberano los laureles cogidos en cien combates; ó de los embajadores que rodeados de la pompa de la época, llevaban los mensajes de los más poderosos monarcas de Europa...» La puerta exterior de este palacio «daba á un zaguán con un gran patio donde recibía luz, alrededor del cual se ven varias dependencias, como son las bodegas, las caballerizas, y un oscuro calabozo; á la izquierda hay una puerta que da paso á otro segundo patio, que puede decirse es la pieza mejor y de más mérito de todo el palacio. En el centro de él hay un pozo con brocal de piedra y su correspondiente pilón, labrado con sumo esmero, el cual, según el escudo esculpido en el antepecho, lo mandó construir el abad D. Pedro Nogués en 1608.—Uno de los lados de este mismo patio lo ocupa la escalera, de sillería, primorosamente trabajada, de un solo tramo, con su pasamano de la misma piedra: la bóveda ó arco que sostiene esta escalera se halla ligeramente apoyada en el centro por una preciosa columna de pórfito rojo de Alejandria... En el dintel de la puerta, al

(1) Carta del P. Gregorio Folch á D. Teodoro Creus.—Folletín de *La Renaixensa* de 1891, pág. 516.

(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 35.

(3) Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 35.

(4) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 73.

(5) Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 35.

(6) Obra citada. Tomo XX, págs. 133 y 134.

comenzar á subir, hay dos ángeles de gran relieve que sostienen el escudo de Aragón: á la mitad de la escalera, encima del pasamano y perpendicular á la columna de pórfido, se levanta otra de piedra del país, la cual á conveniente altura lleva un capitel con lindas esculturas, de donde parten dos arcos que con mucha gracia sostienen la galería superior ó del primer piso. Corre alrededor de este patio, y en los tres costados restantes de él, un pasadizo... con su barandilla ó antepecho de piedra bien labrada: este pasadizo está sostenido por tres bóvedas de arco escarzano... Encima del pasamano de este antepecho y de los arcos de la escalera, se levantan airosas once delicadísimas columnitas de una sola pieza con sus correspondientes capiteles, que sostienen otras tantas ojivas formando una galería que corre por los cuatro costados del patio, con pinturas de la época... El aspecto total de este patio, escalera y galería, tiene, en menores proporciones, una gran semejanza con el patio gótico de la Audiencia de Barcelona... El pavimento del recibidor por donde entramos, es un enlosado compuesto de azulejos exagonales prolongados, blancos, con inscripciones góticas azules que no es posible leer á causa de estar muy deteriorados por el roce...» (1). La índole de este mi pobre libro no me permite seguir al autor de las anteriores líneas en la minuciosa descripción de las demás piezas de este palacio.

El dormitorio del monasterio, menor y menos ornado que el de Poblet, guarda, sin embargo, su misma disposición y forma. Hállase en el piso primero alto, mide 46 metros de longitud por 11 de anchura, y sostienen su techumbre de dos vertientes once grandes arcos transversales ojivales. Hasta que en 1870 se instaló en Santas Creus el presidio de Tarragona, se mostraba allí, íntacta como en tiempo de su habitante, la angosta

y mezquinísima celda de San Bernardo Calvó, después obispo de Vich, del siglo XIII. En dicho año, ¡mal pecado!, fué destruída miserablemente, cuando antes los monjes, considerándola preciada reliquia, la abrían y mostraban sólo á personas notables.

«Al lado de la puerta de la sacristía (*en la iglesia*) hay una escalera grande y descubierta que ocupa una buena parte del crucero, por la cual se sube al dormitorio común, obra que se comenzó en 1191. En esta pieza se halla el archivo» (2). Es decir, por esta pieza se entraba al archivo, que estaba colocado sobre los ábsides del crucero del lado de la Epístola, y por una escalera de dos tramos simétricos, colocados en la testera de dicho crucero, que venían á confluír en la puerta de la biblioteca, se llegaba á ella. Era una sala rectangular de 11'45 metros por 7'26, notable por el hermosísimo artesanado de yeso que la cobija y el friso del pie de él. La biblioteca (sus libros) «es de lo más precioso de este monasterio, y merece un lugar distinguido entre las de la nación... Mas la hermosura que presentan sus libros encuadernados de nuevo (*en 1804*) es nada respecto de lo que ellos son. Descuellan entre todos una porción de manuscritos en número de 262, con la limpieza que pudieran desear sus mismos autores. Sería molesto dar un catálogo de todos ellos; bástete saber que lo más despreciable que en esta clase suele reputarse, que son los sermonarios, abunda aquí muy poco. También son pocos los libros de teología, expositores y decretalistas. Diré de algunos otros, aunque sólo sea el título, los cuales todos son del siglo XIV y XV, y algunos pocos anteriores; deteniéndome más en los que por su materia, lenguaje ó autor, merecieren la atención de los literatos» (3). El de éstos que desee conocerlos, acuda á Villanueva, cuyas son las palabras copiadas, que yo no puedo seguirle en la prolija

(1) Buenaventura Hernández. Obra citada, páginas 36, 37 y 38.

(2) Villanueva. Obra citada. Tomo XX, pág. 120.

(3) Villanueva. Obra citada. Tomo XX, págs. 121 y 122.

copia de títulos y explicaciones referentes á estos códices. Por lo que toca á su fondo, baste decir que tratan de diversas é interesantes materias, como de milagros, de Política, de Astronomía, etc., y hasta de Cirujía y del juego del ajedrez; que unos están escritos en latín, otros en griego y otros en catalán. Entre los últimos se contaba el *Llibre de las donas y la vida de Cristo*, del célebre Fr. Francisco Eximeniz. Y por lo que dice á la forma ó exquisito valor artístico, he aquí lo que, después de haber por sus ojos examinado 149 de estos códices, guardados en la biblioteca provincial de Tarragona, escribe D. Teodoro Creus: «muchos de ellos (*son*) notables por lo escogido de materias que contienen, la corrección y limpieza de la escritura, la finura de la las vitela de que están formados, y algunos, además, por las preciosísimas iluminaciones que presentan en sus portadas y cabezales.—Entre estos últimos llaman especialmente la atención una *Historia Eclesiástica de Eusebio de Cesaréa*; una traducción catalana de las obras de San Gregorio Papa; las obras de Sto. Tomás; y sobre todos ellos una *Historia scholastica* de Pedro Comestor y las Epístolas de San Pablo.—El primero de estos dos últimos códices contiene una larga serie genealógica, cuyas casillas ó círculos en colores rojo y azul, tanto por la brillantez de tales colores, como por la exactitud y limpieza de las líneas... desafían los mejores trabajos que se efectúan hoy mecánicamente por medio de la cromolitografía.—Y el segundo de dichos códices, sobre las mismas excelencias que hemos reconocido en los demás, ofrece la circunstancia especial de que, debiendo ser una misma la letra cabezal de las catorce epístolas del *Apóstol de las gentes*, que comprende,... las catorce PP. cabezales, que dicho códice presenta, son todas diferentes, y á cual más brillante y armoniosa de color y elegancia de entrelazos y cintas, no faltando en algunas de ellas figuritas miniadas de la más admirable ejecución.—Y los tales colores se

conservan de una manera tan perfecta, lo mismo los rojos y azules que los verdes y violados, y los dorados también, que más parecen obra de artistas contemporáneos, que salidas de los *scriptoria* de los siglos XIII, XIV y XV, á los que generalmente pertenecen...»

«Forman parte de estos códices, á más de las dichas, obras de Hesiodo, de Hipócrates, Aristóteles, Ateneo, Apiano, Herodoto, Demóstenes, Eurípides, Homero, Píndaro, Teophanes, Schilo y otros semejantes; de S. Agustín, S. Anselmo, S. Crisóstomo; de S. Bernardo, S. Egidio y S. Isidoro; de S. Cipriano, S. Calixto papa, S. Paciano y S. Raimundo de Peñafort; de Aldobrandini, y del cardenal Portuense (1); de...» etc.

«Viniendo ahora á los libros latinos y castellanos de varias facultades, añade Villanueva, baste saber que los hay exquisitos en todas ellas, y que honran bien la mano que los adquirió para el monasterio. En la clase de humanidades ó filológicos y poéticos, acaso no cederá este monasterio á muchas bibliotecas, aunque los que posee son antiguos. Ediciones del siglo XV tendrá más de 150» (*¡150 incunables muchas de cuyas hojas servirían en 1835 para envolver tocino!*) «y entre las extranjeras merecen particular lugar las obras en fol. de Pedro de Ayllac, que están sin nota de año ni impresor, pero por la semejanza con los mss. me parecen de los primeros ensayos de la tipografía. También son notables unos rudimentos de gramática en exámetros... A lo que entiendo será del 1470, pero de lo mejor impreso de aquel tiempo... De ediciones españolas he escogido por muestra las siguientes: un vol. fol. que empieza así: *Comença lo libre appellat VISIO DELECTABLE...* Al fin se lee: *Impresa en la ciutat de Barcelona á despeses de Mathieu Vendrell... lo disabte sanct de Pasqua á XVII del mes de abril lany de nostra salut mil é CCCC.LXXXIII.* La segunda muestra es del libro impreso en

(1) Obra citada, págs. 109 y 110.

Tortosa en 1477...» (1). El monasterio, como es natural, destinaba un Padre apto para su cargo á la biblioteca (2).

La riqueza y buen orden del archivo no iba en zaga al de la librería, como se deduce de las siguientes palabras de Creus. «También existen en la citada biblioteca provincial (*de Tarragona*) muchos otros manuscritos procedentes del monasterio de Santas Creus, entre ellos gran número de escrituras de donaciones hechas al mismo en diferentes épocas por Reyes y particulares, lo propio que de compras, ventas, arrendamientos, etcétera, etc.» (3). Se deduce igualmente del volumen del mismo archivo llamado *Libro de Pedret*, en el cual con gran orden y extensión se narra la historia del monasterio, se explican sus privilegios eclesiásticos y civiles, sus propiedades, rentas y fundaciones (4). Se deduce de la existencia del precioso cartulario del mismo monasterio de nombre *Lo llibre blanch*, cuyo título dice: «*Hic liber continet diversa instrumenta in favorem hujus Regii monasterii, cujus titulum vulgariter nuncupatum est Lo llibre blanch*» (5). Se deduce del *Inventario de los fondos ó procedencias del archivo histórico nacional*, impreso oficialmente en Madrid en 1871, en el que, á pág. 8 y núm. 179, se lee que dicho archivo posee 940 documentos de Santas Creus. Se deduce, en fin, del hecho de que el monasterio nombrara otro Padre para el régimen del archivo (6).

En gracia á la brevedad, omito la descripción de otras dependencias y partes de este suntuoso cenobio, tales como el cementerio, situado detrás de los ábsides; la enfermería, edificio asentado al S. de este cementerio; el reloj, que descansaba sobre el techo del dormitorio; su elevada torre cuadrada erguida entre la sacristía

y el próximo ábside; el octogonal cimborio del gusto del renacimiento; aunque gracioso; las muy sonoras campanas en él suspendidas; la farmacia encajada en parte del piso bajo de la abadía; el molino del aceite en la plaza de San Bernardo, y la carpintería y hospital de pobres, que caen al N. de las casas de los jubilados de la misma plaza con entrada por ella (7).

No desmentía á la magnificencia de esta casa el número y cuantía de sus bienes. Al E. de la enfermería y edificios contiguos, aun hoy se ven los restos de jardines; «así como en las partes del Mediodía huertos, y un grandísimo estanque ó depósito, muy sólidamente construido, en donde se recogen todavía las aguas pluviales del recinto del monasterio y las procedentes de la mina que viene del bosque vecino, las cuales después de satisfacer las necesidades domésticas de los habitantes de aquél, sirven para regar los huertos que hay dentro del gran cercado que rodeaba dicho recinto y otros en nivel inferior colocados, y para dar movimiento» (8) á los dos molinos harineros del mismo monasterio llamados uno *de dalt* y el otro *de baix*.

1.º Estas huertas y el terreno que rodeaba el cenobio, formaban su mejor hacienda; la que, al decir de un viejo aldeano de aquel vecindario (9), abarcaba una extensión de media hora de arriba abajo del río, y cinco cuartos de Oriente á Poniente, poblada de bosques, viñas, olivares, avellanedas y regadíos, con un delicioso paseo situado sobre una loma, frente del monasterio de la otra parte del río. Esta tierra sumaba 1242 jornales, que el monasterio los cultivaba por su cuenta directamente (10).

(7) Estas noticias las adquirí ó por mi propia inspección ó por explicaciones de antiguos habitantes de Santas Creus.

(8) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 78.

(9) D. Jaime Barril, hostelero de Santas Creus. Me lo dijo en Santas Creus á los 13 de junio de 1888.

(10) He aquí cómo reseña por partes esta finca el anuncio de la subasta por el Estado en 1821. «Item las fincas siguientes sitas en el término de Aigua Murcia y Poblas

(1) Villanueva. Obra citada. Tomo XX, págs. 128 y 129.

(2) Relación del religioso de esta casa D. Francisco Figuerola, hecha en Tarragona en 13 de agosto de 1880.

(3) Obra citada, pág. 111.

(4) D. Teodoro Creus. Obra citada, págs. 97, 98 y 99.

(5) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 117.

(6) Relación ya citada del monje Figuerola.

2.º Poseía otra hacienda, llamada la Granja de Ancosa, «sita en el término de la Llacuna, que contiene (*la pieza*) 65 jornales de tierra campá, 3 de viña, y 2848 de montaña» (1).

3.º «Item una casa castillo con sus graneros sito en el lugar de Pontons. Item un molino drapero sito en el pueblo de Pont de la Armentera» (2).

que componen el dicho monasterio, y tierras del mismo, divididas para su tasación en el modo siguiente: Un huerto cerrado que contiene 7 jornales con medio de viña, tasado en ...: Item una pieza de tierra campá, parte regadio y parte secana de 33 jornales nombrada la Plana del molino, tasada...: Otra pieza plantada de olivos de 35 jornales, nombrada la Plana de San Pedro, ...: Otra pieza campá con un poco de regadio en la misma partida de tenida 25 jornales...: Otra pieza de viña en dicha partida de cabida 8 jornales...: Otra pieza campá con un poco de regadio dicha del campo *dels Corrats*, de cabida de 9 medio jornales...: Otra nombrada *la era de San Bernat* viña de 2 jornales...: Otra pieza de bosque de tenida de 75 jornales llamada el bosque de San Pedro...: Otra pieza encinar sita debajo la Plana de San Pedro, de tenida de un jornal. : Otra pieza de bosque inmediata á la plana del molino, de 2 jornales de tierra...: Otra pieza campá al secano con un poco de regadio dicha *dels Noguers* de cabida 9 medio jornales...: Otra pieza huerta inmediata á la antecedente de un jornal...: Otra pieza campá con parte de regadio llamada el campo de delante el cementerio, de 7 medio jornales...: Otra pieza llamada *los Hortets* de 7 medio jornales...: Otra pieza campá al secano de 10 jornales dicha *lo camp dels Admetllers*...: Otra parte de viña, y parte yerma llamada de San Sebastián, de cabida de 38 jornales...: Otra pieza dicha *los Avellaners*, de 28 jornales...: Otra pieza campá, viña y yerma, de 48 jornales, nombrada *la viña closa*...: Otra pieza nombrada *la viña Nueva*, de 56 jornales...: Otra pieza con olivos, dicha la Mayola de 16 jornales...: Otra pieza viña con olivos dicha del P. Magín, de 2 jornales...: Otra pieza regadio dicha *del Portalé*, de 2 medio jornales...: Otra pieza campá con olivos dicha del *Esgarrapat*, de 7 jornales...: Otra pieza campá con olivos de 6 medio jornales sita á la otra parte del molino...: Otra pieza con olivos de 2 jornales dicha *la Feixa teixidora*...: Otra pieza campá con olivos dicha *comellá den Baura*, de 4 medio jornales...: Otra pieza campá con olivos llamada *lo comellá del Polvoer*, de 5 medio jornales...: Otra pieza campá con olivos inmediata al redil de la Boal, de 25 jornales...: Otra pieza dicha *la Canonada*, de 2 jornales...: Otra pieza dicha *los Hortets de Solivella*, de 1 jornal...: Otra pieza viña de 2 jornales dicha *la Tuta*...: Otra pieza bosque nombrada *la Boal*, de tenida de 600 jornales...: Otra pieza de bosque dicha *la Cabreria*, de 40 jornales...: Otra pieza bosque llamada de San Sebastián, de 27 jornales...: Otra pieza bosque dicha *lo coll de las Forcas*, de 90 jornales...: Otra pieza regadio contigua al molino harinero, de 1 medio jornales...: Otra pieza bosque de 4 jornales dicha *la Alurada*...: De la suma de los jornales de estas piezas resulta el total dicho de 1242 jornales. (*Diario de Barcelona* del 9 de abril de 1821, págs. 519, 520 y 521.)

(1) Anuncio de subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona*, del 9 de abril de 1821, pág. 519.

(2) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona*, del 9 de abril del 1821, pág. 519.

4.º «Un molino harinero con su huerto en él contiguo, de tenida un jornal, sito en el término de la Granja del Codony, partida de dicha ciudad (*de Tarragona*)» (3).

5.º «Una hacienda llamada *la Tallada*, con su casa, lagares, oficina de aguar-diente y prensa, de tenida 112 jornales,... entre sembradura, viña, hiermo, bosque y garriga, sita en el término del lugar de Semita» (4).

6.º Poseía «otra hacienda con casa llamada *el Castillo*, de tenida 60 $\frac{3}{4}$ jornales entre sembradura, viña, hierma, bosque y garriga, sita en el término de Garidells...» (5).

7.º En el lugar de Conesa tenía el monasterio «el castillo derribado, con su casa, graneros, lagar y corral unido: una pieza de tierra huerta, contigua á dicho castillo, de un cuarto de jornal: un pedazo de tierra de labor contiguo, llamado el *Terriginal*, de medio cuartán de sembradura: una pieza de tierra de labor y maleza, muy inferior, su cabida de unos 24 jornales... en la partida de *las Planas* ó *Juncá*: otra pieza, toda de matorrales, sita en la partida *del solans*, de un jornal» (6).

8.º «En el lugar de Forés:—Un castillo algo destruido» (7).

9.º «En el lugar de Fonoll:—Una pieza de tierra de 24 jornales, en 3 trozos, 2 de bosque y pinos y lo demás de maleza» (8).

10.º Poseía dos casas en Tarragona, una de las cuales sería sin duda de procuración; ambas en la calle de Granada (9). La casa de Vilafranca del Panadés, donde murió Pedro III (10). Cinco casas

(3) Anuncio de la subasta por el Estado, inserto en el *Diario de Barcelona* del domingo 6 de mayo de 1821, pág. 980.

(4) El mismo anuncio de la finca anterior.

(5) El mismo anuncio de la finca anterior.

(6) *Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 13 de abril de 1821, pág. 516.

(7) El mismo anuncio de la finca anterior.

(8) Anuncio de la subasta en el *Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 13 de abril de 1821, pág. 516.

(9) Anuncio de la subasta, inserto en el *Diario de Barcelona* del 15 de febrero de 1821, pág. 413.

(10) Me lo dijo un vecino de Vilafranca.

en la calle de San Bernardo, de la misma villa, señaladas en 1844 con los números 18, 19, 20, 21 y 22 (1). Una casa en Valls (2).

11.º La casa-procura, ó de procuración, de Barcelona, estaba situada en el extremo NO. de la Riera de San Juan, en el solar de la esquina con la calle de las Magdalenas, marcado hoy con el número 41 en la primera de dichas calles (3). Al pie de la escalera de esta casa de procuración veíanse hasta después de 1835 dos antiquísimas estatuas, á saber: la del célebre penitente de Montserrat, Fr. Juan Garín, de piedra, y la del ama de leche y el niño que se dice habló á Garín, de madera. Todo curioso puede hoy examinarlas en el Museo provincial de antigüedades de Barcelona (4).

12.º Finalmente, el monasterio tenía diezmos en los pueblos de Aiguamurcia, Poblas, Lasordres, Pont de Armentera, Santas Creus y Montagut (5), con varios centros de muy poca monta, radicados en distintos pueblos (6).

Las distinciones así eclesiásticas como civiles de que gozaba el monasterio y su Abad, no eran ni pocas ni menguadas. En lo eclesiástico estaba, como *vere nullius*, exento del poder de todo obispo. Uno de sus monjes, sin sujeción á otro prelado que á su abad, ejercía la cura de

almas sobre su término de Aiguamurcia y Poblas (7). El Abad intervenía en el gobierno de la Orden de Montesa, hija de este monasterio, y la visitaba (8). «Era asimismo abad de dos monasterios, el de Valldigna en el mismo reino (*de Valencia*) y el de Altofonte en Sicilia como hijos del de Santas Creus... Proveía el priorato de Elna en Perpiñán» (9). Gozaba de precedencia sobre el de Poblet (10) y además del título y cargo de capellán mayor perpetuo del Rey de Aragón (11). Tenía el uso de pontificales, y tanto él como su monasterio y monjes gozaban de otras muchas exenciones y privilegios, así reales como personales (12). Por esto, y como natural consecuencia de su dignidad, el Abad usaba coche propio, cuya cochería ocupaba parte del piso bajo de su palacio.

Según testimonio de un testigo presencial (13), el culto de Santas Creus vestía mucha solemnidad; y de la hermosura de su canto litúrgico responden los varios sacerdotes de Tarragona que después del 1835 oyeron y admiraron en la iglesia del Puerto de dicha ciudad á algunos exclaustrados de este monasterio, que cantaban por los mismos libros de él, según ya indiqué en el capítulo de Poblet.

He aquí en qué empleaba el monasterio sus rentas, es decir, en la suntuosidad de la casa del Señor y de su culto, sin empero olvidar el alivio de las necesidades del menesteroso y el bien de la comarca. Según palabra del Sr. Hernández Sanahuja, autor nada entusiasta por los monjes, el monasterio cotidianamente daba limosna á dos mil pobres (14), les acogía en su hospital en los días de en-

(1) Escritura de venta por el Estado ante el notario de Hacienda, D. Manuel Clavillart, en Barcelona, á los 29 de abril de 1844.

(2) Carta del Prior del monasterio á D. Joaquín Orosio García, de 9 de junio de 1835. Inédita.

(3) En la escritura pública, otorgada ante D. José Ribas y Granés, en 16 de diciembre de 1791, por la que se da en enfiteusis la casa de la Riera de San Juan, esquina á la Alta de San Pedro, se dice que las casas de enfrente son «del Monestir de Santas Creus dit de las Hermitas.» Y así otras escrituras posteriores. El monasterio vendió parte de estas casas, quedándose la dicha de la esquina de Magdalenas, para procuración.—Anuncio de la subasta en el *Diario de Barcelona* del martes 24 de abril de 1821, pág. 911. — Pi y Arimón. *Barcelona Antigua y Moderna*. Tomo I, pág. 556.

(4) Antonio Elías de Molins. *Catálogo del Museo. Barcelona, 1888*, págs. 233 y 234.—Florez. *España Sagrada*. Tomo XXVIII, pág. 40.

(5) Anuncio del arriendo para el Estado, inserta en el *Diario de Barcelona* del 25 de junio de 1836.

(6) Anuncios de subastas por el Estado, insertos en el *Diario de Barcelona* del 12 de mayo de 1838, pág. 1053.

(7) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 80.

(8) Villanueva. Obra citada. Tomo XX, pág. 142. Don Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 63, etc.

(9) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 63.

(10) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 79.

(11) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 154.

(12) De la pág. 81 á 85, los reseña D. Teodoro Creus en la obra citada.

(13) D. Félix Barba, respetabilísimo abogado de Villanueva, sobrino del abad de su apellido. Me lo explicó en esta de Barcelona á 29 de abril de 1891.

(14) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 6.

fermedad y realizaba obras tan útiles como la construcción del hermoso puente que allí mismo cruza el Gayá (1).

El primer monasterio que habitó la Comunidad que después debía llamarse de Santas Creus, se fundó en Valldaura, en el término de Cerdañola, no lejos de Barcelona, por el «gran senescal de Cataluña y Aragón D. Guillén Ramón de Moncada... en 15 de febrero de 1151, haciendo al efecto venir de Francia algunos religiosos con autorización de San Bernardo, á los que concedieron el competente territorio y los fondos necesarios para la creación del monasterio. Algunos, con Tarafa, quieren que ayudasen á Moncada, Galcerán de Pinós, Ponce vizconde de Cabrera y Ramón de Alemany. Por causas que no se citan... hubo de trasladarse el monasterio de Valldaura á Ancoosa,... de donde por falta de agua potable se trasladó al punto que hoy ocupa en el territorio de Aiguamurcia, bajo la invocación de la SS. Trinidad» (2). Efectuóse este último cambio de lugar á fines de 1162 y principios de 1163 (3). Empezó la fábrica del templo actual en 1174, continuando en los siguientes años (4) hasta 1225 en que terminó (5).

Rigióse la casa siempre por abades vitalicios hasta la formación de la Congregación cisterciense de esta región en 1617, año en que, adaptándose Santas Creus al régimen de aquélla, tuvo abades cuadriennales, por privilegio pontificio de elección de la Comunidad (6).

Esta, en 1835, se componía de unos cuarenta monjes, ocupados, con el Abad al frente, en el coro, por tiempo de siete á ocho horas al día, en el confesonario, el estudio y los cargos de la casa. Todo el rezo, exceptuados sólo los maitines de los días ordinarios, se cantaba, y esto en

canto llano, prohibido allí el figurado, y sólo el oficio parvo de la Virgen se semitonaba. Los monjes vivían vida común en habitaciones alrededor del claustro y con alimento igualmente común en el refectorio, excepto los jubilados ó ancianos, que habitaban las casas de la plaza de San Bernardo y recibían en ellas su alimento (7). Todos diariamente acudían al palacio abacial, donde eran bendecidos del prelado (8). Brillaba por el rigor el noviciado, en el que se observaba estrecho silencio y reclusión (9). La división política del presente siglo saltó las cercas de este cenobio y se introdujo en él; y si bien no llegó, ni con mucho, al punto de Poblet, no favoreció á la observancia, como es natural. Sin embargo, sus efectos en nada alteraron la buena conducta de sacerdotes y religiosos sesudos y morigerados que constantemente observaron sus individuos. Y para asegurarlo así, descanso en el testimonio incontrastable de un antiguo y respetable párroco de Puigpelat, lugar vecino al monasterio, quien trató primero con las gentes de todos los pueblos de la redonda del cenobio, y oyó sus historias, relaciones y consejos, y después familiarmente con algunos exclaustrados de Santas Creus, los cuales en los ratos de alegre expansión referían todas las escenas de su claustro (10).

Del hábito de estos monjes no hay que hablar, descrito ya en el anterior artículo de Poblet; sólo me resta notar que un sobrino del Abad Barba me ponderaba la majestad de los indumentos corales del Abad, con mitra, báculo y holgadísima cogulla de lana blanca con larga cola.

Los abades que gobernaron este cenobio en mi siglo XIX fueron los siguientes: D. José Bassa, que entró en 1800, y escri-

(1) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 47, y D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 198.

(2) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 63. — Villanueva. Obra citada. Tomo XX, págs. 134, 135 y 136.

(3) D. Buenaventura Hernández. Obra citada, pág. 73.

(4) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 15.

(5) Villanueva. Obra citada. Tomo XX, pág. 110.

(6) D. Teodoro Creus. Obra citada, pág. 80.

(7) Consta por mil conductos.

(8) Me lo dijo D. Félix Barba, que lo vió. Me lo dijo en Barcelona á los 29 de abril de 1891.

(9) Relación del monje D. Francisco Figuerola, hecha á mí en Tarragona á los 13 de agosto de 1880.

(10) El Rdo. D. José Morlá. En Barcelona á los 2 de junio y 7 de julio de 1894.

bió varias obras polémicas, especialmente contra la reforma de los regulares, intentada por los doceanistas (1); D. Bernardo Morató, en 1804; D. Juan Barba, en 1808, del cual he leído impreso un sermón de muy buen gusto, pronunciado en Villafraña en 1.º de septiembre de 1799, con motivo de la inauguración de la Junta de caridad (2); D. José Roca, en 1812; D. Benito Vives, en 1816, quien gobernó hasta 1825; D. Matías Balart, que entró en 1825; D. Pedro Carrera, en 1829, y rigió la casa hasta 1833 (3), quedando después á lo que parece vacante la mitra, sin duda por razón de las circunstancias de los tiempos.

Pongamos fin á este artículo con una carcajada. Uno de los cicerones que en estos tiempos mostraba el cenobio á los visitantes, al llegar á cierta sala decía que aquella era la pieza donde los presos del monasterio eran atormentados «por medio de la caída continua de la gota serena» de agua sobre el atormentado. Nunca el monasterio torturó á nadie, que si un día en los tribunales se empleó, por efecto de preocupaciones de los tiempos, la tortura, lo efectuaron los tribunales y no los monjes. Ni nunca se empleó en los tribunales la caída de una gota continua. Y, aquí viene la carcajada, nunca la enfermedad de la vista, llamada vulgarmente *gota serena*, que no es otra que la ceguera debida á una afección del fondo del ojo, pudo caer del techo continuamente sobre la cabeza de un torturado, como no sea sobre el estúpido cerebro del mentado cicerone.

ARTÍCULO TERCERO

SANTA MARÍA DE LAVAIX

Apunté arriba que en Cataluña el Cister contaba con cuatro monasterios, á

(1) D. Antonio Elías de Molins, *Diccionario de escritores y artistas. Barcelona 1889*. Tomo I, pág. 261.

(2) «*Se da á luz á beneficio de las Escuelas gratuitas de la Junta. — Con permiso de los superiores. — Villafraña del Panadés, por Francisco Vilalta.*»

(3) Carta del P. Gregorio Folch á D. Teodoro Creus, ya citada.

saber: Poblet, Santas Creus, Lavaix y Escarpe; y así, descritos ya los dos primeros, grandiosos y célebres, deben entrar aquí en postrer lugar los dos menores en importancia aunque no en antigüedad. «El Real monasterio de Santa María de Lavax (*Lavaix*) fué desde su origen de la Orden de San Benito. La primera memoria que se halla de su existencia es del año 771 que es el III de Carlo Magno...» (4). Los benitos continuaron en él hasta mediados del siglo XI, época en la que fueron substituidos allí por los canónigos aquisgranenses; mas «la relajación de la vida canonical paró en la reforma de la Orden cisterciense, que se introdujo aquí en 1223» (5). Este antiquísimo cenobio hállase en el partido judicial de Tremp, junto á la provincia de Huesca, escondido en un valle entre muy ásperos y helados montes pirenaicos sobre la confluencia del río Noguera de Tor y el torrente Peranera, á tres kilómetros al S. de Pont de Suert.

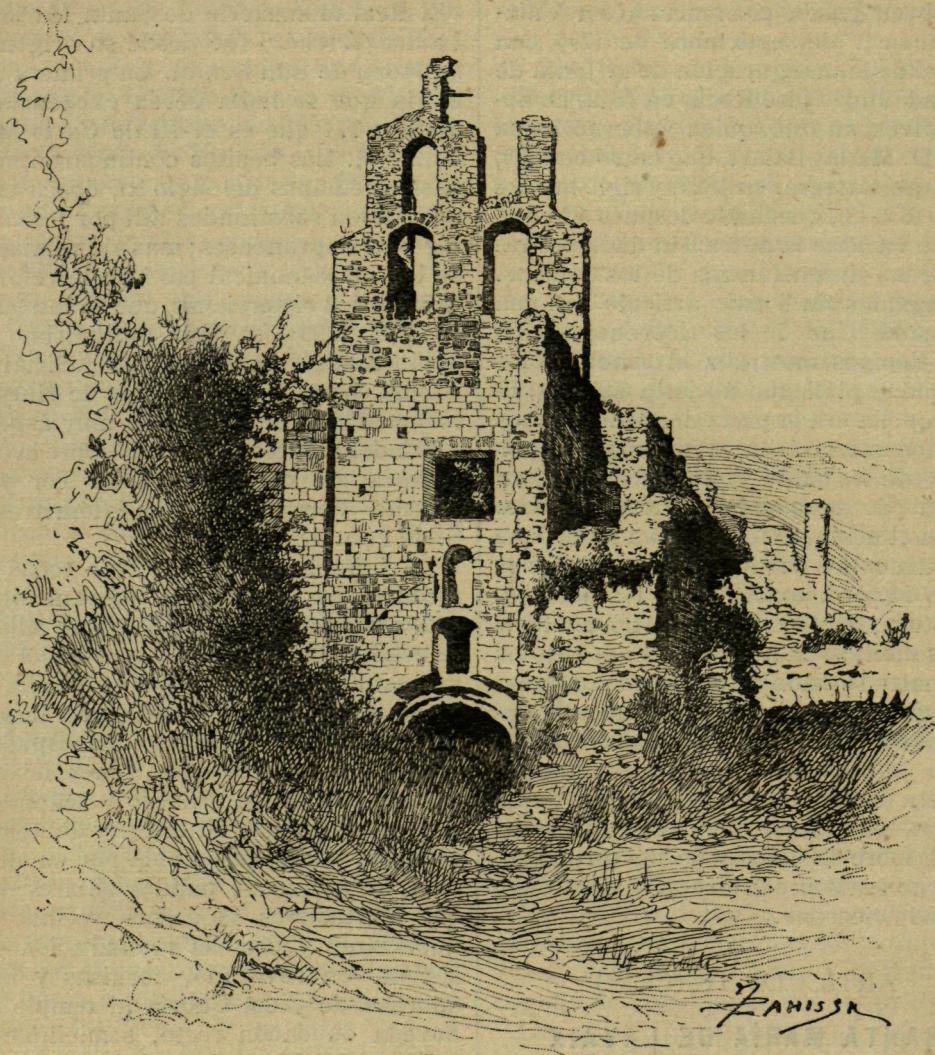
La iglesia, orientada como todas las medioevales, pertenecía plenamente al orden románico. La fachada, de sillares de piedra, presentaba la puerta del mismo estilo románico; sobre de ella un nicho moderno que tendría una imagen y terminaba en alto por una espadaña de tres órdenes ó pisos de vanos, de éstos dos en cada orden primero y segundo, y uno en el tercero. El interior del templo formaba una nave notable por su elevación, de muros de pulidos sillares, bien que en tiempos modernos recibió una importante y costosa restauración consistente en revocado, cornisas y otros adornos de yeso. Cubría al templo una bóveda de cañón recto, semicilíndrica, también de sillares labrados. Además del ábside de planta semicircular que de sí forma compartimiento aparte, estaban divididas en tres la nave y la bóveda. Marcaban esta división unas columnas ó

(4) Villanueva. *Viaje literario*. Tomo XVII, pág. 111.

(5) Villanueva. Obra citada. Tomo XVII, páginas 115 y 117.

baquetones, que, adheridas á los muros, subían del suelo hasta el arranque de bóveda; donde, mediante unos achatados

«El altar mayor tiene buenas pinturas, á saber: de la Anunciación y Visitación de nuestra Señora, obra de unas señoras



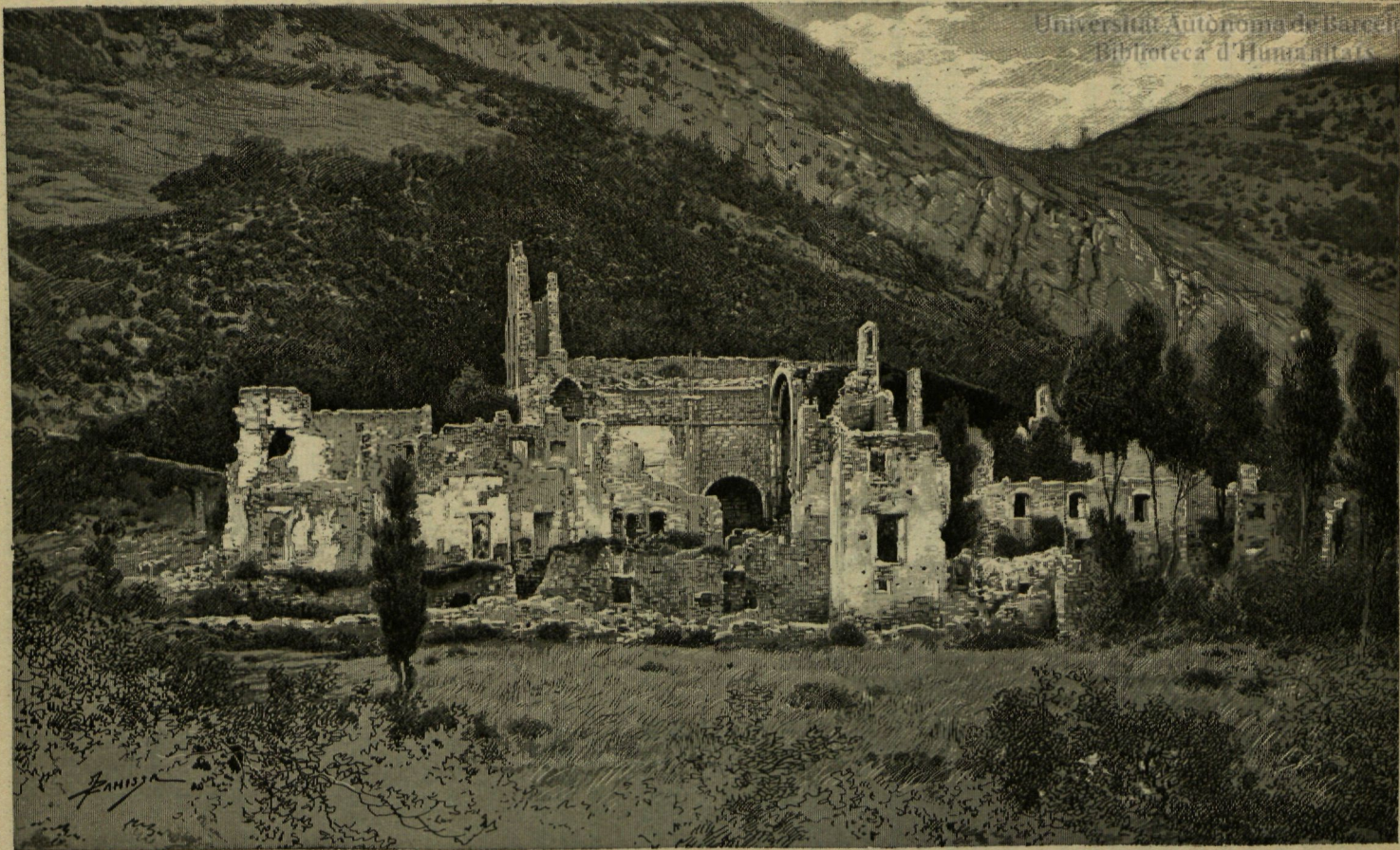
FACHADA DEL TEMPLO DEL MONASTERIO DE LAVAIX

capiteles, apeaban los arcos transversales que dividían la bóveda en los dichos compartimientos. La primitiva construcción carecía de capillas laterales; pero la mentada moderna restauración las abrió en el muro y les puso retablos.

profesoras de Zaragoza» (1), circunstancias que indican época de moderno renacimiento.

Al S. del templo, junto á su nave, apa-

(1) Villanueva. Obra citada. Tomo XVII, pág. 120.



RUÍNAS DEL MONASTERIO DE LAVAIX

recen las ruínas, montón de escombros y deshechos, hoy preso de espontánea vegetación y sabandijas, que fueron el claustro. «Los claustritos y capitulo de este monasterio, con columnas viejas, son sin duda del siglo xi.» Efectivamente, en una casa del próximo pueblo de Pont de Suert, existen, empleados en sostener una galería, y otros usos, diez y seis capiteles románicos y algunos fustes de este claustrito, cuya inspección certifica de la verdad de la anterior opinión respecto de la época y gusto de estas partes del cenobio. «En el claustro se halla un sepulcro con la siguiente inscripción: *In isto vaso requiescit Dnus. Poncius Deril, et Dna. Ermesen. uxor sua cum Petro ejusdem fratre... necne Marina... (Marina murió en 1173)... re ecclae sanctae Mariae. Et propter hoc seniores ejusdem ecclae.*

consensere hoc opus facere: et alio die dedicationis faciant memoriam ejusdem» (1). ¿Serían los Eril los que construyeron la obra? Tenían su palacio muy cercano al monasterio. De la inspección de los actuales restos se deduce la extremada sencillez del claustro, y por lo mismo que quizá no llegó íntegro al 1835 el románico, y que aquellas «columnitas viejas», acaso de época anterior al siglo xi, serían colocadas en el moderno, al que en su acre y desesperante laconismo describe el visitante Villanueva, cuyas son las palabras copiadas.

«En la sacristía vi las reliquias siguientes (*continúa el mismo testigo*): un trozo de las parrillas de San Lorenzo, de pal-

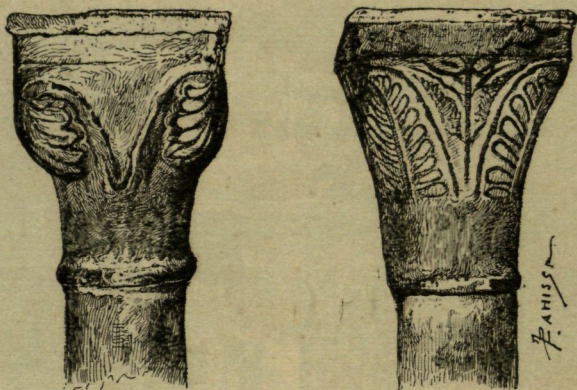
mo y medio de alto y cuatro (*omite aquí dedos*) de ancho: una cinta de la Virgen, tejida y estrecha, y dos espinas de la corona del Señor» (2).

Alrededor del claustro y tras del ábside numerosos paredones, perforados por puertas y ventanas, indican el lugar de las habitaciones y dependencias monacales, cuya profunda quietud oíase sólo interrumpida por el murmullo de los vientos en la vecina arboleda, el correr de la próxima corriente y el religioso tañido de la campana.

Que Lavaix tuvo archivo, nos lo atestigua su riquísimo cartulario á cada paso citado por Villanueva, ya que, como todos los volúmenes de este nombre, estaba formado por la copia de las escrituras de aquél. Y los documentos debíanse de elevar á muy remota antigüedad, pues este car-

tulario los inserta del siglo viii. Ignoro, empero, si todos estos añejos escritos llegaron á nuestro siglo, ó si ya antes perecieron; pero consta de todos modos que «poseía un muy rico archivo de pergaminos» (3). Que guardaba los documentos modernos referentes á sus intereses y rentas, nos lo certifica el hecho de que aún hoy hay quien asegura poseer algunos de éstos.

Igualmente cuando los viejos de la tierra nos cuentan el incendio de la biblioteca, perpetrado en la época de la revolución, dan innegable testimonio de la existencia de ella; al modo que Madoz, al



CAPITELES DEL CLAUSTRO DE LAVAIX

(1) Villanueva. Obra citada. Tomo XVII, pág. 120.

(2) Obra citada. Tomo XVII, pág. 120.

(3) D. Pascual Madoz. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*. Madrid, 1847. Tomo X, pág. 8.

estampar en su diccionario (1) que desaparecieron ó fueron deterioradas «todas sus antigüedades y bellezas artísticas» presuponie la existencia de ellas, de algunas de las cuales paladinamente habla Villanueva al estampar que «también hay otras pinturas buenas de varios asuntos en el hospicio, ó entrada á la celda abacial» (2).

Respecto á rentas, dice el citado Madoz, que esta casa las «gozaba pingües» (3), y un anciano del país me escribe que «poseía bastantes tierras para trigo, prados y una extensión de monte y pasto para ganados, grandiosa, llamada Eurrens, y que cobraba el diezmo y muchos censales.» Mas el Estado, usurpador de los bienes monacales, al sacarlos á la subasta pública nos reseña los de esta casa en los términos siguientes:

1.º «El pajar, gallinero, palomar y cuadra, con el patio, sitios á la parte exterior y junto al monasterio: la era, pajar y demás edificios del monasterio: el patio que forma la plaza.»

2.º «La casa llamada la Torre, sita en la villa del Pont de Suert.»

3.º «El molino harinero, y casa habitación para el molinero, con sus 2 mulas, aparejos y demás anejo, sito dentro de la expresada villa.»

4.º «La cuadra (*es decir, tierras*) del propio monasterio, sita en las inmediaciones del mismo, esto es, el monte con inclusión de los campos de labranza» de extensión de unos 75 jornales (4).

5.º «La cuadra rural llamada Eurrens, que consiste en una casa, era y pajar con algunas tierras blancas y un bosque que sirve para leña y pasto, sito dentro de los confines de los pueblos de Aulet, Adons, Día de Llelata, Montiberri y Suert del Puente de Suert.»

6.º «La cuadra llamada de San Guines, sita en el término de Laren, de media hora de circunferencia, cuyo término sirve para pasto» (5).

El monasterio nombraba el párroco del pueblo de Malpás (6).

«Estos PP., continua el mismo anciano de arriba, vecino de Pont de Suert, servian el pasto espiritual al pueblo de Montiverri y Latorre de Biure, y en medio casi de su término de Eurrens tenían una iglesia donde hay una casa llamada Trepadus, en la que celebraban la Misa. Se dedicaban á la vida contemplativa, daban la sopa á los pobres diariamente, favorecían al país prestando trigo y dinero sin interés por una temporada, por ejemplo, entregando el trigo en el tiempo de la siembra para recobrarlo en el de la cosecha, ó si se trataba de dinero para cobrarlo dentro del año.»

La Comunidad, en sus últimos momentos se componía de trece monjes de coro y tres legos, siendo el postrer abad fray Antonio Gelabert, fallecido en Barcelona en 12 de noviembre de 1861 (7).

ARTÍCULO CUARTO

SANTA MARÍA DE ESCARPE

En la orilla derecha del Segre, en el punto donde éste confunde sus aguas con las del Cinca, y por lo mismo en la raya de Aragón, y de él separado sólo por la

—*Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 23 de junio de 1821, pág. 961.

(5) El mismo anuncio de la misma *Gaceta*, ó mejor, *Suplemento*.

(6) Archivo episcopal de Barcelona. *Avellá. Correspondencia de oficio*. Tomo III, documento 485.

(7) *Boletín oficial eclesiástico* de dicho año, pág. 752. Número del 23 del mismo mes.

(1) Lugar citado.

(2) Obra citada. Tomo XII, pág. 120.

(3) Lugar citado.

(4) He aquí el pormenor de esta cuadra: «El campo llamado *Grande*, sito en la misma cuadra, de extensión 20 jornales de labranza: El campo llamado del Galápat, sito en su misma cuadra, su cabida 4 jornales: El campo llamado de Sta. Lucía, sito en la misma cuadra, de 4 jornales: El prado, llamado Prado Grande, sito en la misma cuadra, de 23 jornales... con los árboles que lo cercan: El prado llamado de Carbonera, sito en la misma cuadra, de 12 jornales, sin desmontar: El campo llamado de la Canal, sito dentro de la misma cuadra, de cabida 2 fanegas: El otro campo pequeño con un nogal y 2 álamos negros, de cabida 1 jornal, en la misma cuadra: El Jarrasqual, de cabida 1 jornal, sito en la misma cuadra: El Prado Nuevo, sito en la misma cuadra, de 2 jornales: El prado, llamado las Treadas, sito en la misma cuadra, de 2 jornales y un cuarto: El huerto» de extensión de 2 jornales y algo más.º

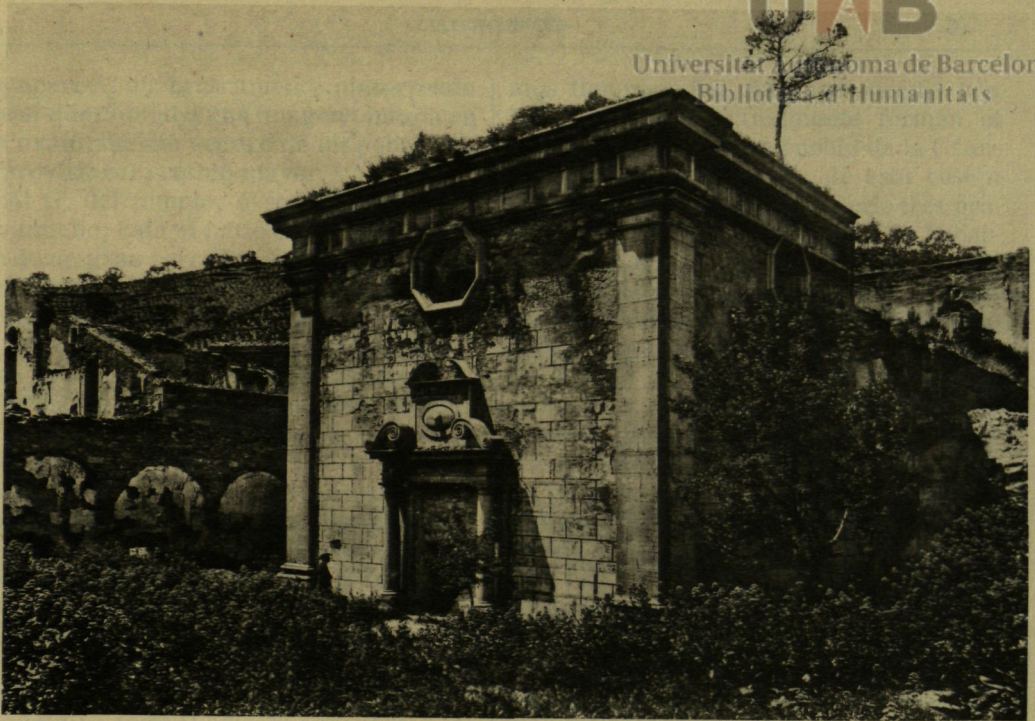
madre del último río, aparecen las grandes ruinas que un día fueron el renombrado monasterio de Nuestra Señora de Escarpe. Triste aspecto ofrece allí la tierra, llana en grande extensión, desprovista de caminos, de caseríos y de árboles hasta en las márgenes de las caudalosas corrientes, terminando el cuadro por O. las áridas y alineadas sierras aragonesas de allende el Cinca, y por S. las no muy mejores de las Garrigas de allende el Segre. Sin embargo, del otro lado de éste, frente del monasterio, vese el lugar de la Granja, en comunicación ambos sólo por una barca. Allí, en aquella melancólica llanura, las dichas ruinas yacen solitarias como olvidado cadáver de rico señor, del que entre las malezas sólo queda el sucio esqueleto, cubierto aún en alguna de sus partes por ennegrecidas y apergamina-das carnes y por girones de hermosa vestimenta. En los informes rimeros de materiales derruidos por ningún lado aparecen ni bajos relieves, ni columnas, ni capiteles, ni aristones de pasadas edades: todos los restos fueron labrados y colocados en su lugar por manos del siglo XIX, que situada la casa en punto tan estratégico, fué mil veces convertida en fuerte, y por lo mismo otras tantas arrasada, y después reedificada por el celo de sus dueños.

Forma, pues, un gran edificio aislado, rodeado por las cuatro caras de un ancho espacio, que sería huerta, cercado de una tapia. La iglesia ocupa el lado oriental, teniendo, á Poniente, el patio, á cuyo derredor gira el convento. La fachada principal, así del templo como del monasterio, mira al río hacia SE. La completa destrucción de la de aquél, impide formarse de ella idea ni siquiera aproximada, apareciendo para mal indicio en el ángulo E. del mismo frontis el feo campanario, hoy intacto. En su piso bajo la sección de este es cuadrada: en la que supera al techo de la iglesia ochavada. Termina en lo alto por línea recta horizontal, y así resulta en su todo achatado y pesado.

Tres elevadas naves formaban el tem-

plo. De arquitectura greco-romana parecíase no poco á la catedral nueva de Lérida, bien que deducida la grandiosidad y magnificencia de ésta, ó quizá mejor á San Miguel del Puerto de Barcelona, aunque con menor área y mayor altura de techo. A cada lado una línea de elevados pilares de sección cuadrada, graciosamente achaflanados, terminados en lo alto por una cornisa, un friso liso y sobre de él otra mayor cornisa con dentillones, separan la nave central de las laterales; sosteniendo los cinco arcos de medio punto que en uno y otro lado dan comunicación entre dichas naves. De las indicadas cornisas, que en los pilares ocupan el lugar de capiteles, parten los arcos transversales que dividen en otros tantos compartimientos las tres naves, apoyándose en la parte que mira al muro exterior en medios pilares, ó sea antas, iguales á los descritos. Las bóvedas estaban dispuestas por arista cruzada. El ábside guarda en su sección ó planta la forma curva achatada, y sobre sus cornisas, que también á su derredor se prolongan las de los pilares, se apoya la concha, allí verdadera concha con sus grandes estrias en disposición de abanico. El coro, á juzgar por los residuos adheridos á los pilares, ocupaba en el plano del templo el espacio de la nave central entre los dos primeros y dos segundos pilares, comprendidos ambos. Todo en esta construcción se compone de cal y canto y ladrillo, revocado y con los adornos de yeso; y aunque á tiro de ballesta aparece en ella la mano del siglo XIX, debió ser hermosa por los adornados elementos arquitectónicos que la formaban, la altura de sus pilares y bóvedas, y la esbeltez de sus líneas generales. He aquí sus dimensiones: longitud total metros 23'65, anchura total 12'70, de los cuales pertenecen 3'25 á la de cada una de las naves laterales, incluyendo en esta medida el grosor de los pilares.

Del número, forma y título de los retablos nada absolutamente puede el visitante rastrear. Sólo en el fondo del ábsi-



SAGRARIO DE «SCALA DEI».—1894

(Fotografia del autor).



IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE ESCARPE.—1898

(Fotografia del autor).

de aparece un bruscamente pintorreado dosel que cobijaba una imagen pintada en un óvalo, indicio seguro de un pobrísimo y provisional retablo mayor.

Al O. del templo, ó sea á su lado del Evangelio, caía el patio cerrado y rodeado de un gran corredor á guisa de galería de claustro, substituídos aquí empero los arcos de comunicación entre el patio y la galería de los claustros, por una pared con ventanas. Cobijan á estas galerías, bóvedas por arista cruzada, divididas por arcos transversales en siete compartimientos las dos que corren de E. á O., y en cinco las restantes. Miden las primeras 22 metros, y 16'50 las postreras. En el lado N. de este patio claustro, ábrese la puerta del aula capitular, hermosa sala con bóveda dividida en tres compartimientos por adornados arcos transversales, y con un luneto en cada cabo de aquéllos. Al rededor de este patio gira, según dije, todo el edificio convento, convertido hoy en lo alto en fragmentos de cuarteados paredones y rajadas bóvedas, y en lo bajo en un montón inmenso de ruínas, que en algunos puntos llegan al arranque de dichas bóvedas, y por entre las cuales, con no poco peligro, y no menor dificultad, anduve examinando y tomando medidas. Y cierto que al efectuarlo la escena fué triste, pues, al deplorable aspecto de las ruínas, juntábase la completa soledad del lugar, la melancolía de la tierra, el cielo obscurecido por las nubes y un viento huracanado que aumentaba el peligro de los desprendimientos. De Oriente á Poniente mide el edificio total 60 pasos, y 42 en la dirección opuesta (1).

Respecto á bienes territoriales, se repite en este monasterio lo que en todos los muy antiguos, esto es, que primitivamente, cuando la comarca estaba inculta, el cenobio adquirió, sin duda por donación real, grande extensión de ellos. Diólos muy luego á la roturación y al cultivo de los aldeanos mediante una módica prestación anual, que subsistió hasta los últi-

mos tiempos. Así, sabemos sucedió con las tierras que actualmente forman el término del inmediato pueblo de la Granja de Escarpe. Después de esta cesión quedaban todavía al monasterio tres propiedades, llamadas el Término de Escarpe, el Molino de la Granja y el *Sot de Escarp*, este de unos 200 jornales. Mas como posteriormente el Molino fuese vendido á Gigó de Lérida y el *Sot* á Quer de Aytona (2), los bienes del cenobio se redujeron al Término de Escarpe. «El terreno, dice Madoz, es llano y de muy buena calidad, habiendo bastante plantío de olivares en la parte comprensiva al término, que ant. poseía como independiente que se extendía $\frac{3}{4}$ de hora de N. á S. y 1 de E. á O.; constando las $\frac{3}{4}$ partes de dehesas de pastos que se hallan al N. y al O. del monast.» (3).

Mas para conocer los bienes de este cenobio y conocerlos de modo fijo, dejemos los dichos verbales y al diccionario, y vengamos á la reseña que de ellos, ó quizá de parte de ellos, tejió el Estado cuando en 1821 los puso en pública subasta. Enumeró los siguientes:

1.º «Un molino aceitero situado en el lugar de Masalcoreig» (4).

2.º «Una casa en el mismo lugar de Masalcoreig, y calle Mayor» (5).

3.º «Ocho piezas de tierras sitas en el dicho término de Masalcoreig, pueblo asentado al N. del monasterio, y con cuyo término confina; de las cuales unas sumaban por junto la extensión de 6 jornales, y las restantes, por junto también, 15 cuarteras y 3 cuartanes de sembradura» (6).

(2) La persona del país que me dió estas noticias, me dice que estas propiedades fueron vendidas á principios del siglo XVIII, y por el Estado. Opino que la noticia está equivocada, ya que en aquella época el Estado no disponía de las fincas monacales; y por lo mismo, ó no se vendieron en el siglo XVIII, ó no las vendió el Estado. No las vendería éste.

(3) *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* por Pascual Madoz. Madrid, 1847. Tomo VII, p. 523.

(4) *Suplemento á la Gaceta de Madrid* de 1 de mayo de 1821, pág. 622.

(5) *Suplemento á la Gaceta de Madrid* de 3 de abril de 1821, pág. 457.

(6) He aquí la relación por menor de estas piezas: «Una suerte de tierra, conocida con el nombre *dels Bancals* de

(1) Visité estas ruinas en 22 de junio de 1898.

4.º «En el término del pueblo de Escarpe un soto con árboles y olivos, de 60 jornales de extensión» (1).

5.º «En id. una tierra, plantada de olivos, su cabida 20 jornales» (2).

De la fundación de esta casa religiosa escribe el continuador de Flores: «Manrique (*el historiador de la Orden cisterciense*) no acierta á señalar con seguridad el fundador de este monasterio, y

la Villa, plantada de olivos, de 8 cuarteras de sembradura, sita en el término y huerta del lugar de Masalcoreig:—Otra en el mismo término, conocida con el de *Desempenat*, de 5 jornales y 4 porcas, plantada de olivos:—Otra idem., conocida con el nombre de *Canaret*, de 2 cuarteras y 6 cortanes ó 1 jornal y 8 porcas:—Otra idem., nombrada *la Pala*, plantada de olivos, de 9 cortanes, ó 3 porcas:—Otra idem., nombrada *la Feixa de la Iglesia*, de 2 cuarteras, 6 quartanes de sembradura:—Otra idem., conocida con el nombre de *Perralet*, plantada de olivos, de 1 cuartera, 6 cortanes de sembradura:—Otra idem., nombrada del *Olivar cremat*, de 8 porcas de extensión:—Otra conocida con el nombre del *Secano*, de 4 porcas.—*Suplemento á la Gaceta de Madrid* del 3 de abril de 1821, pág. 457.

(1) *Suplemento á la Gaceta de Madrid* de 6 de agosto de 1821, pág. 1197.

(2) El mismo anuncio anterior.

dice que unos designan á Don Pedro el Católico, y otros á su hijo Don Jaime el Conquistador, que concluyó la obra comenzada por su padre. La Iglesia estaba dedicada á la Santísima Virgen, como sucede comunmente con todas las de esta orden. En ella se mandó enterrar el primero de aquellos dos Monarcas, lo que no se verificó, pues tiene su sepultura en Sigena» (3).

Con tanta antigüedad y bienes, no podía este monasterio carecer de archivo más ó menos mermado por las guerras; y de ello evidentemente nos certifica la existencia actual de 114 documentos de él en el *histórico nacional* de Madrid (4), salvados del naufragio de 1835, en el que es justo presumir perecieran muchos más.

En sus últimos días, la comunidad se componía de doce monjes de coro y algunos legos.

(3) *España Sagrada*. Tomo LXXXV, págs. 230 y 231.

(4) *Inventario de los fondos ó procedencias del archivo histórico-nacional*. Madrid, 1871. Pág. 5.